

# **PASAPORTE ESPAÑOL**

**La historia  
de un  
migrante**

*Una Europa es la de los turistas  
aquella de descanso y derroche,  
pero otra muy diferente es la de  
los migrantes aquella de trabajo  
y ahorro.*

*En su rostro se dibujaba el asombro  
al saber que en un solo lugar existe  
costa, sierra y oriente, que cerca de  
ahí existen unas islas llamadas  
Galápagos, donde habitan especies  
únicas en el mundo, todo esto en un  
solo lugar que se llama Ecuador.*

# CONTENIDO

Prólogo 00

---

**Contenido bold,** autor

Contenido normal 00

Contenido normal 00

Contenido normal 00

Contenido normal línea 00

---

**Contenido bold,** autor

Contenido normal 00

Contenido normal 00

Contenido normal 00

Contenido normal línea 00

---

**Contenido bold,** autor

Contenido normal 00

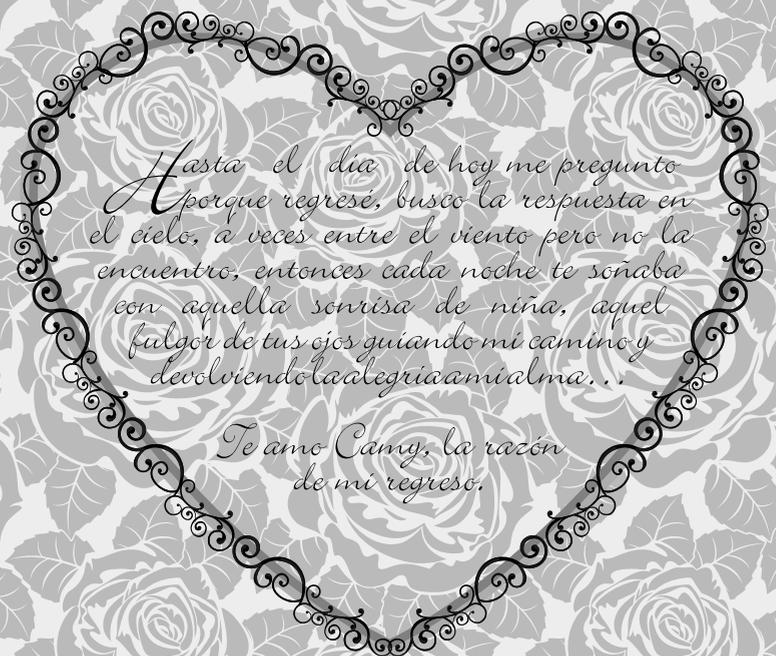
Contenido normal 00

Contenido normal 00

Contenido normal línea 00

---

**Contenido bold,** autor



*Hasta el día de hoy me pregunto  
por qué regresé, busco la respuesta en  
el cielo, a veces entre el viento pero no la  
encuentro, entonces cada noche te soñaba  
con aquella sonrisa de niña, aquel  
fulgor de tus ojos guiando mi camino y  
devolviendo la alegría a mi alma...*

*Te amo Camy, la razón  
de mi regreso.*

## *Dedicatoria*

*Este libro está dedicado a todos los  
Emigrantes del mundo, aquellos que  
dejan su país y emprenden largos viajes,  
incluso arriesgando su vida en busca de  
un futuro mejor para su familia.*

## Agradecimiento

Agradezco a Dios por la oportunidad que me brinda de poder contar esta historia, a mi familia por su apoyo y motivación; a toda la gente que conocí en el viejo continente, que me extendió su mano en los momentos de apremio; a los ciudadanos británicos que, a pesar de saber mi situación, nunca me negaron su ayuda porque comprendían que lo único que deseaba era trabajar; y, a toda Europa, por permitirme disfrutar de sus paisajes y encanto.

An aerial, black and white photograph of a city built on a hillside. The city is densely packed with buildings, and a prominent statue stands on the peak of the hill. The sky is cloudy, and the overall scene is a panoramic view of the urban landscape.

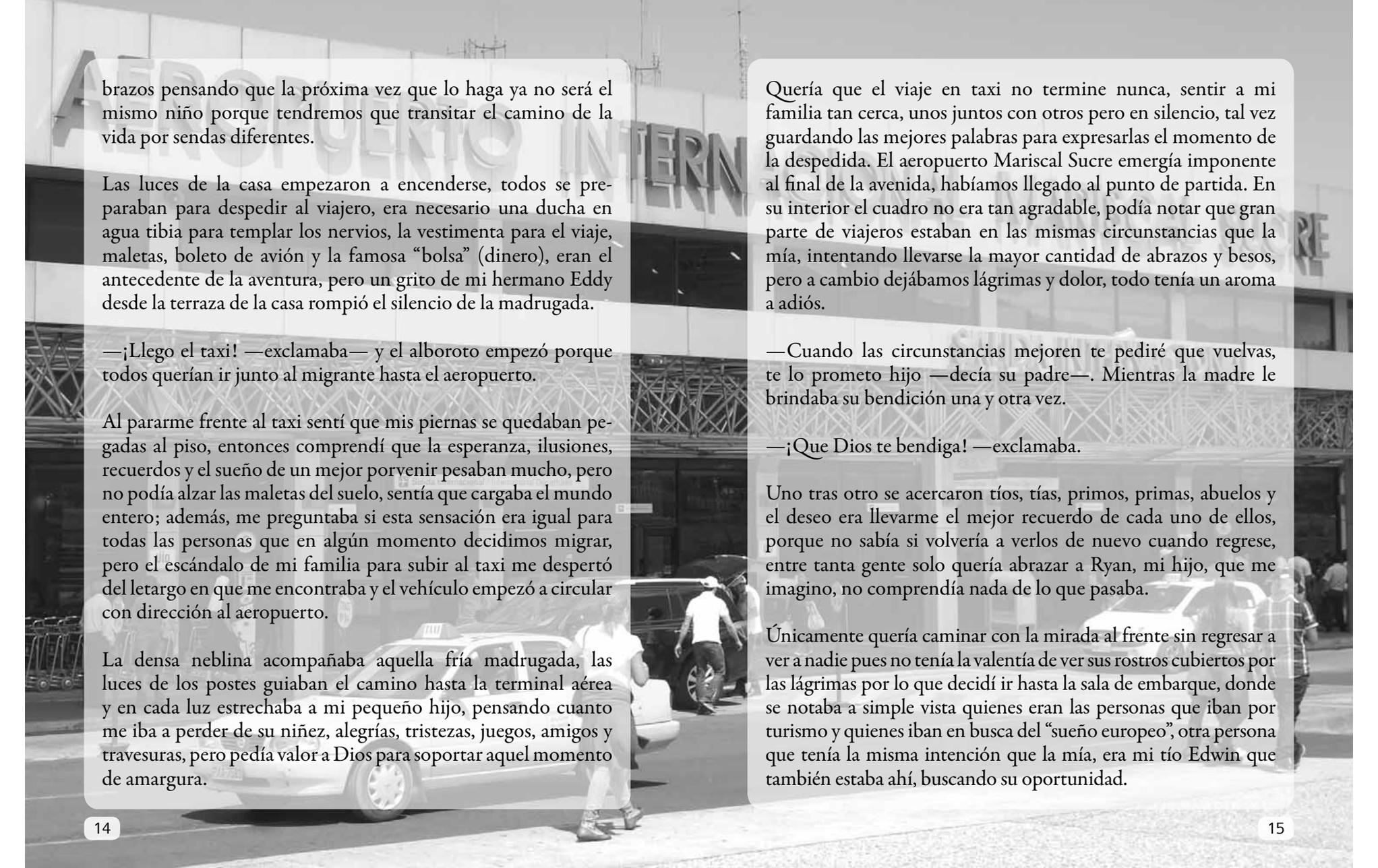
## Capítulo 1

# El inicio de un gran sueño

**A**quel día cuando abrí mis ojos, tuve una sensación diferente y no pude dejar de pensar en lo que vendría por delante, estaba a escasas horas de embarcarme en una aventura que pocos somos capaces de vivirla. Miles de ideas vagaban por mi mente y aún me preguntaba si era una buena decisión, aunque al decir la verdad ya no tenía otra opción, todo estaba listo, no quería levantarme de la cama pues era una suerte de adivinanza acertar donde amanecería al siguiente día.

La partida era inminente, contemplaba cada detalle que había alrededor del dormitorio para guardarlos y llevarlos conmigo en la memoria, pero la alarma del reloj apostada sobre el velador sonó con insistencia indicando que era el momento de levantarme. Sentí que el frío del amanecer recorría mi cuerpo, solo el destino sabría si volveré a este mismo lugar algún día, por lo que me encomendé con mucha fe mediante una oración a Dios pidiendo que me acompañe en este evento.

Para evitar que rechinen las duelas del piso, caminé con los pies descalzos hasta el dormitorio de mi hijo y lo estreché entre mis



brazos pensando que la próxima vez que lo haga ya no será el mismo niño porque tendremos que transitar el camino de la vida por sendas diferentes.

Las luces de la casa empezaron a encenderse, todos se preparaban para despedir al viajero, era necesario una ducha en agua tibia para templar los nervios, la vestimenta para el viaje, maletas, boleto de avión y la famosa “bolsa” (dinero), eran el antecedente de la aventura, pero un grito de mi hermano Eddy desde la terraza de la casa rompió el silencio de la madrugada.

—¡Llego el taxi! —exclamaba— y el alboroto empezó porque todos querían ir junto al migrante hasta el aeropuerto.

Al pararme frente al taxi sentí que mis piernas se quedaban pegadas al piso, entonces comprendí que la esperanza, ilusiones, recuerdos y el sueño de un mejor porvenir pesaban mucho, pero no podía alzar las maletas del suelo, sentía que cargaba el mundo entero; además, me preguntaba si esta sensación era igual para todas las personas que en algún momento decidimos migrar, pero el escándalo de mi familia para subir al taxi me despertó del letargo en que me encontraba y el vehículo empezó a circular con dirección al aeropuerto.

La densa neblina acompañaba aquella fría madrugada, las luces de los postes guiaban el camino hasta la terminal aérea y en cada luz estrechaba a mi pequeño hijo, pensando cuanto me iba a perder de su niñez, alegrías, tristezas, juegos, amigos y travesuras, pero pedía valor a Dios para soportar aquel momento de amargura.

Quería que el viaje en taxi no termine nunca, sentir a mi familia tan cerca, unos juntos con otros pero en silencio, tal vez guardando las mejores palabras para expresarlas el momento de la despedida. El aeropuerto Mariscal Sucre emergía imponente al final de la avenida, habíamos llegado al punto de partida. En su interior el cuadro no era tan agradable, podía notar que gran parte de viajeros estaban en las mismas circunstancias que la mía, intentando llevarse la mayor cantidad de abrazos y besos, pero a cambio dejábamos lágrimas y dolor, todo tenía un aroma a adiós.

—Cuando las circunstancias mejoren te pediré que vuelvas, te lo prometo hijo —decía su padre—. Mientras la madre le brindaba su bendición una y otra vez.

—¡Que Dios te bendiga! —exclamaba.

Uno tras otro se acercaron tíos, tías, primos, primas, abuelos y el deseo era llevarme el mejor recuerdo de cada uno de ellos, porque no sabía si volvería a verlos de nuevo cuando regrese, entre tanta gente solo quería abrazar a Ryan, mi hijo, que me imagino, no comprendía nada de lo que pasaba.

Únicamente quería caminar con la mirada al frente sin regresar a ver a nadie pues no tenía la valentía de ver sus rostros cubiertos por las lágrimas por lo que decidí ir hasta la sala de embarque, donde se notaba a simple vista quienes eran las personas que iban por turismo y quienes iban en busca del “sueño europeo”, otra persona que tenía la misma intención que la mía, era mi tío Edwin que también estaba ahí, buscando su oportunidad.

—¿Estamos listos para partir? —preguntó.

—Yo creo que uno nunca está listo para esto —respondí.

No tenía deseos de continuar con la conversación y decidí brindarle un gran abrazo de “buena suerte”. En ese entonces una voz interrumpió nuestro momento de mutuo respaldo indicándonos que era tiempo de subir al avión, que para mí fue una experiencia nueva, ya que por primera vez lo hacía y en cierta manera esta expectativa ayudó a atenuar mi tristeza.

Los gestos de amabilidad y cortesía por parte del comandante y la tripulación del avión era el preludio de un buen viaje, a cada paso se podía escuchar.

—Bienvenidos. —Gracias por preferirnos.

Todo esto contrastaba con la dificultad que tenía para encontrar el asiento que me habían asignado al interior del avión porque no tenía experiencia en esto, pero mi tío era como un niño con juguete nuevo.

—“Quiero a la ventana, quiero a la ventana” —repetía.

Cada uno de los pasajeros tomaba su ubicación dentro de la aeronave, la azafata brindaba las indicaciones necesarias en caso de emergencia mientras el piloto dirigía lentamente el avión para tomar pista y despegar. Dejando atrás a mi hijo, familia, amigos y la linda ciudad de Quito, pero la fortuna me dio la oportunidad de mirar a Ryan que estaba a un costado del aeropuerto junto

a mi padre, moviendo su manita de un lado al otro en señal de despedida. Ese fue mi último recuerdo.

Cuando el avión empezó a tomar altura, sentí un fuerte hormigueo en el estomago, mientras mi tío dejaba escapar una lágrima por su mejilla, así expresaba la amargura que sentía su corazón al dejar a su esposa e hijo en Ecuador.

Estar por primera vez en el aire es una sensación increíble, desde arriba todo se ve maravilloso y pequeño, se percibe el amor con que Dios diseñó las cosas, cada detalle hecho a la perfección con una funcionalidad increíble, las montañas, ríos, nubes, el perfil de la costa, la amplitud y belleza del océano, un horizonte infinito de color celeste.

Todo esto fue un gran apoyo para entretener la mente y sosegar el dolor, un momento que parecía un suspiro porque podía deleitar a mis ojos con la belleza que me brindaban los paisajes, era una felicidad poder viajar en avión. Al estar cerca de Miami-EEUU, nuestro primer destino, el piloto solicitó a todas las personas tomar asiento y que se abrochen el cinturón de seguridad.

La inquietud se hizo de nuevo evidente, el panorama que se podía observar por la pequeña ventana del avión era impactante, avenidas que parecían carreteras, gigantescos centros comerciales y el aeropuerto que parecía una ciudad completa. El golpe del tren de aterrizaje contra el asfalto del “Miami International Airport” fue la señal de que estábamos en suelo norteamericano, una voz por los parlantes nos dio la bienvenida y nos indicaba que era el momento de bajar del avión.



Las impresiones del llamado “primer mundo” empezaron porque todo lo que miraba y hasta donde alcanzaba a observar, eran aviones de muchos tamaños, pequeños, medianos, grandes, inmensos. Aeronaves que en mi niñez y juventud jamás había visto en el aeropuerto de mi querido Quito, luego hizo su aparición un “trolebús” dentro del aeropuerto.

—Esto sí es cosa de locos —no paraba de mencionar mi tío.

—Creo que tendrá que irse acostumbrando porque en Europa debe ser igual —comentaba con él.

No sabía si yo tenía una cara de asombro o de felicidad, me imagino que mi tío estaba igual. Todos los pasajeros, respetando el orden, bajaban de las escaleras del avión se embarcaban en el bus, el cual empezó a rodar por un largo trayecto hasta llegar a las oficinas de migración, fue aquí cuando empecé a considerar la discriminación que sentían mis paisanos que iban en busca del sueño americano.

Un agente de migración indicaba el camino por donde debíamos continuar las personas que no teníamos visa americana y con un fuerte tono de voz solicitaba:

—Por favor, continuar por el costado izquierdo.

Podía notar que las personas que circulábamos por el pasillo izquierdo éramos los mismos para quienes fue difícil la despedida en el aeropuerto de Quito, mientras que por el lado derecho todo era felicidad.

Junto a mi tío paseábamos por un gran andén cubierto de inmensos vitrales e ingresamos a un área donde había locales comerciales, restaurantes y baños, pero no podíamos salir de ahí puesto que en cada puerta de acceso había agentes de migración custodiando el lugar, el consuelo fue que desde ahí se podía observar la belleza que brinda la ciudad de Miami.

Después de algunas horas de espera, cuando la tarde empezó a caer, la voz del aeropuerto anunciaba.

—Las personas con rumbo a Madrid-España, por favor ingresar por la puerta 13.

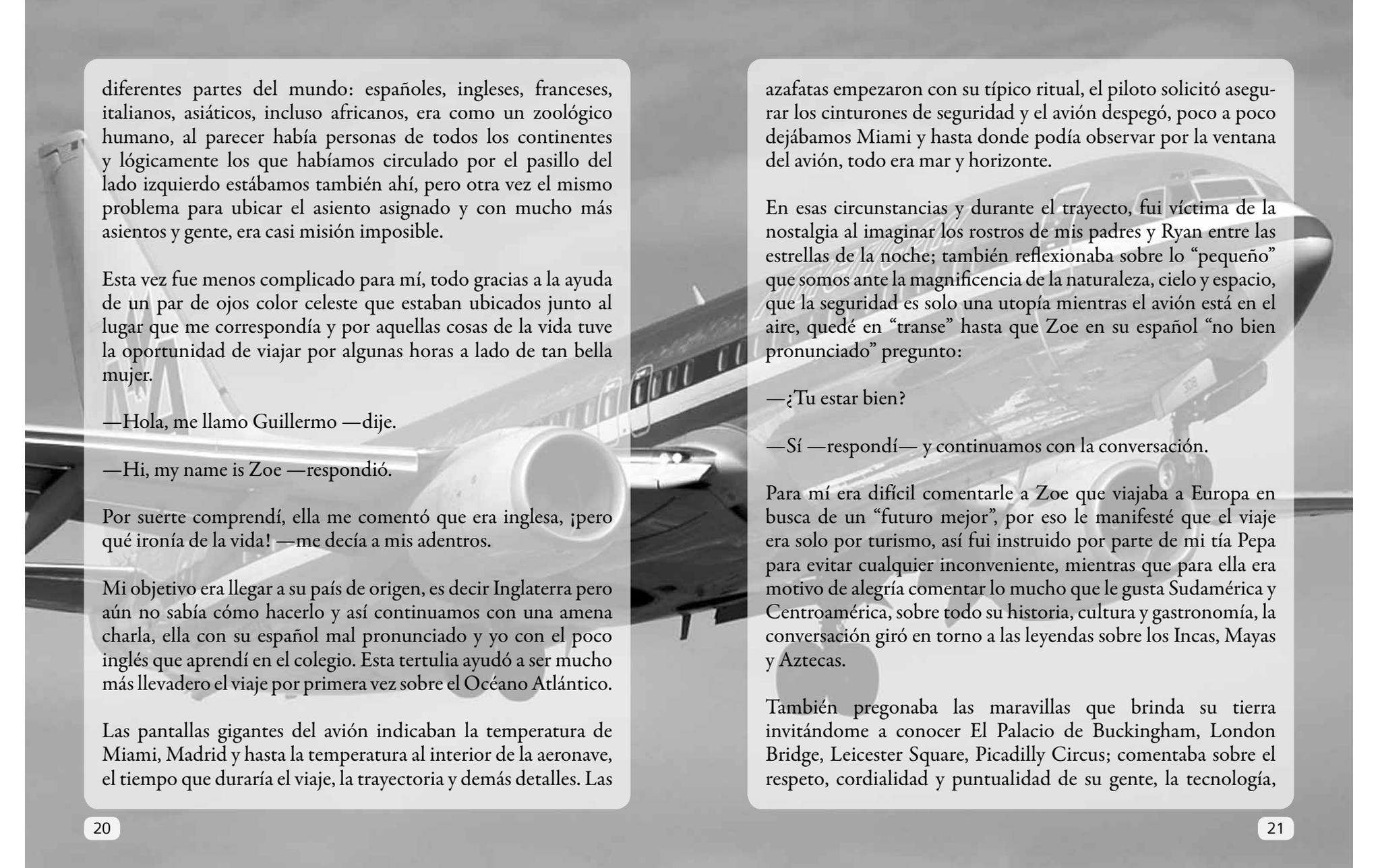
Emprendimos la caminata hasta la sala de embarque pero a mi parecer demasiada gente se dirigía hacia la misma puerta.

—¿Cómo vamos a entrar todos en el avión? —pregunté a mi tío.

—No tengo idea —respondió.

Después de observar el avión donde nos embarcaríamos comprendí que allí entrábamos todos cómodamente, era uno de aquellos aviones llamados “transatlánticos” que por sus dimensiones sería imposible que algún día aterrice uno de estos en mi querida ciudad, tal vez porque es un aeropuerto pequeño y no puede albergar uno de estos gigantes que surcan los cielos.

La vista que ofrecía el avión en su interior era fantástica dos pasillos, tres columnas de asientos, pantallas gigantes, muchas azafatas pero lo que más me llamó la atención fue gente de



diferentes partes del mundo: españoles, ingleses, franceses, italianos, asiáticos, incluso africanos, era como un zoológico humano, al parecer había personas de todos los continentes y lógicamente los que habíamos circulado por el pasillo del lado izquierdo estábamos también ahí, pero otra vez el mismo problema para ubicar el asiento asignado y con mucho más asientos y gente, era casi misión imposible.

Esta vez fue menos complicado para mí, todo gracias a la ayuda de un par de ojos color celeste que estaban ubicados junto al lugar que me correspondía y por aquellas cosas de la vida tuve la oportunidad de viajar por algunas horas a lado de tan bella mujer.

—Hola, me llamo Guillermo —dije.

—Hi, my name is Zoe —respondió.

Por suerte comprendí, ella me comentó que era inglesa, ¡pero qué ironía de la vida! —me decía a mis adentros.

Mi objetivo era llegar a su país de origen, es decir Inglaterra pero aún no sabía cómo hacerlo y así continuamos con una amena charla, ella con su español mal pronunciado y yo con el poco inglés que aprendí en el colegio. Esta tertulia ayudó a ser mucho más llevadero el viaje por primera vez sobre el Océano Atlántico.

Las pantallas gigantes del avión indicaban la temperatura de Miami, Madrid y hasta la temperatura al interior de la aeronave, el tiempo que duraría el viaje, la trayectoria y demás detalles. Las

azafatas empezaron con su típico ritual, el piloto solicitó asegurar los cinturones de seguridad y el avión despegó, poco a poco dejábamos Miami y hasta donde podía observar por la ventana del avión, todo era mar y horizonte.

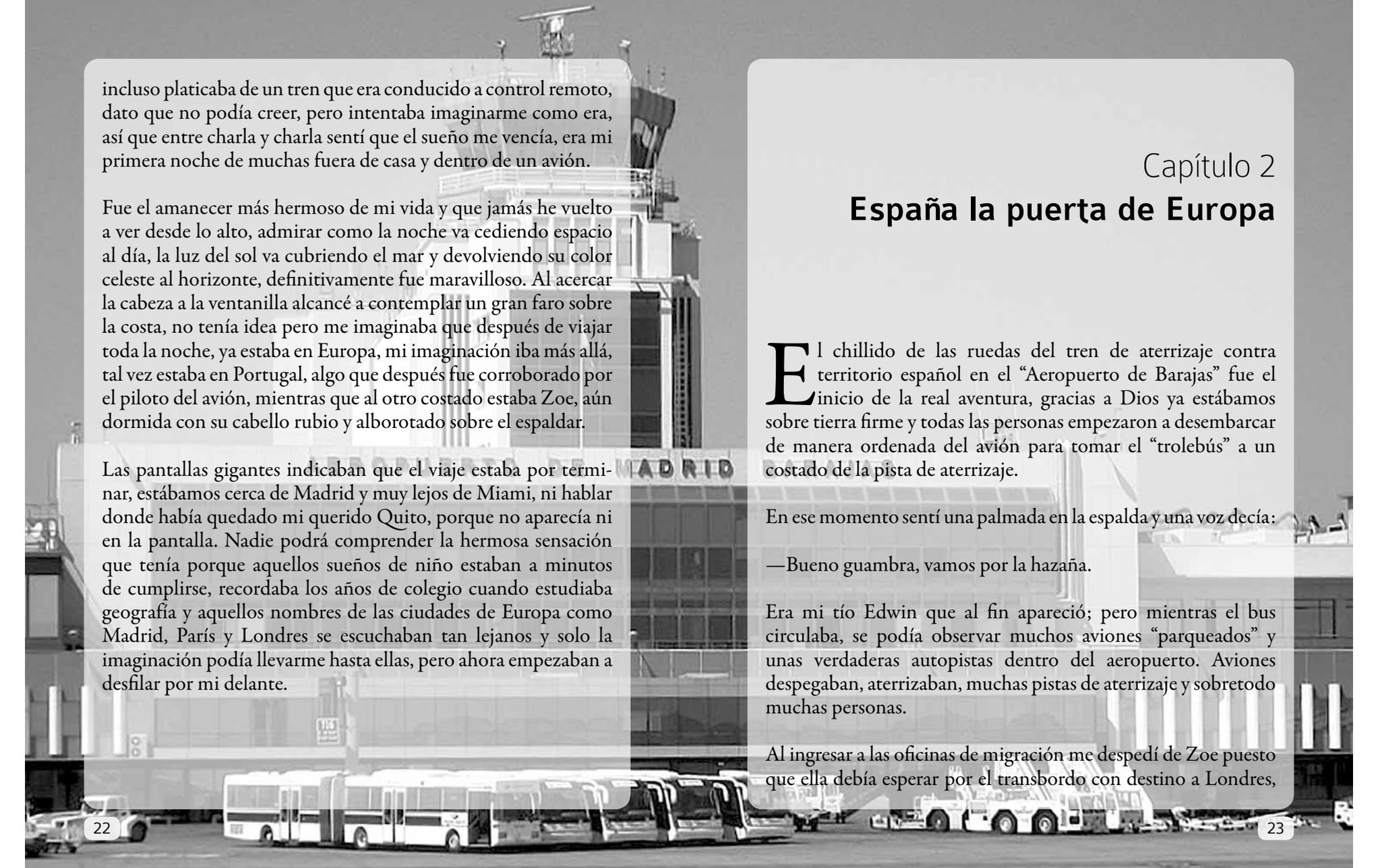
En esas circunstancias y durante el trayecto, fui víctima de la nostalgia al imaginar los rostros de mis padres y Ryan entre las estrellas de la noche; también reflexionaba sobre lo “pequeño” que somos ante la magnificencia de la naturaleza, cielo y espacio, que la seguridad es solo una utopía mientras el avión está en el aire, quedé en “transe” hasta que Zoe en su español “no bien pronunciado” preguntó:

—¿Tu estar bien?

—Sí —respondí— y continuamos con la conversación.

Para mí era difícil comentarle a Zoe que viajaba a Europa en busca de un “futuro mejor”, por eso le manifesté que el viaje era solo por turismo, así fui instruido por parte de mi tía Pepa para evitar cualquier inconveniente, mientras que para ella era motivo de alegría comentar lo mucho que le gusta Sudamérica y Centroamérica, sobre todo su historia, cultura y gastronomía, la conversación giró en torno a las leyendas sobre los Incas, Mayas y Aztecas.

También pregonaba las maravillas que brinda su tierra invitándome a conocer El Palacio de Buckingham, London Bridge, Leicester Square, Picadilly Circus; comentaba sobre el respeto, cordialidad y puntualidad de su gente, la tecnología,



incluso platicaba de un tren que era conducido a control remoto, dato que no podía creer, pero intentaba imaginarme como era, así que entre charla y charla sentí que el sueño me vencía, era mi primera noche de muchas fuera de casa y dentro de un avión.

Fue el amanecer más hermoso de mi vida y que jamás he vuelto a ver desde lo alto, admirar como la noche va cediendo espacio al día, la luz del sol va cubriendo el mar y devolviendo su color celeste al horizonte, definitivamente fue maravilloso. Al acercar la cabeza a la ventanilla alcancé a contemplar un gran faro sobre la costa, no tenía idea pero me imaginaba que después de viajar toda la noche, ya estaba en Europa, mi imaginación iba más allá, tal vez estaba en Portugal, algo que después fue corroborado por el piloto del avión, mientras que al otro costado estaba Zoe, aún dormida con su cabello rubio y alborotado sobre el espaldar.

Las pantallas gigantes indicaban que el viaje estaba por terminar, estábamos cerca de Madrid y muy lejos de Miami, ni hablar donde había quedado mi querido Quito, porque no aparecía ni en la pantalla. Nadie podrá comprender la hermosa sensación que tenía porque aquellos sueños de niño estaban a minutos de cumplirse, recordaba los años de colegio cuando estudiaba geografía y aquellos nombres de las ciudades de Europa como Madrid, París y Londres se escuchaban tan lejanos y solo la imaginación podía llevarme hasta ellas, pero ahora empezaban a desfilarse por mi delante.

## Capítulo 2

# España la puerta de Europa

**E**l chillido de las ruedas del tren de aterrizaje contra territorio español en el “Aeropuerto de Barajas” fue el inicio de la real aventura, gracias a Dios ya estábamos sobre tierra firme y todas las personas empezaron a desembarcar de manera ordenada del avión para tomar el “trolebús” a un costado de la pista de aterrizaje.

En ese momento sentí una palmada en la espalda y una voz decía:

—Bueno guambra, vamos por la hazaña.

Era mi tío Edwin que al fin apareció; pero mientras el bus circulaba, se podía observar muchos aviones “parqueados” y unas verdaderas autopistas dentro del aeropuerto. Aviones despegaban, aterrizaban, muchas pistas de aterrizaje y sobretodo muchas personas.

Al ingresar a las oficinas de migración me despedí de Zoe puesto que ella debía esperar por el transbordo con destino a Londres,

sentía la ansiedad de pedirle que me lleve y evitarme todos los inconvenientes que estaba por experimentar, no obstante lo último que pude escuchar de sus labios fue un “bye” para luego desaparecer entre la multitud que caminaba por el gigante aeropuerto.

En el área de arribos internacionales, por donde tuvimos la oportunidad de ingresar, un piso eléctrico nos brindó la bienvenida, este se deslizaba sobre el suelo cual grada eléctrica pero plana, me imagino que era para la comodidad de quienes no deseaban caminar hasta el área de migración un poco lejana, pero como todo era novedoso para mi tío y para mi, decidimos ir por ahí. Por cualquier lado que nos dirigíamos a migración la columna de gente era impresionante y tocaba esperar el turno bajo la atenta mirada de los agentes de migración.

Al llegar mi turno, el agente de migración exclamó.

—Pasaporte, por favor.

Pero con tantas cosas que tenía en las manos era difícil encontrar aquel documento entre los bolsillos de la chaqueta; además, la sensación de nerviosismo empezaba a recorrer por mi cuerpo. El agente empezó a preguntar:

—¿Motivo de su viaje?

—Por turismo —respondí.

—¿Qué tiempo permanecerá en el país?

—Quince días —indique.

—¿Tiene parientes aquí?

—No, para nada —manifesté.

—¿Con quien viaja?

—Solo —agregué.

Era un acto imposible recordar todo el cuestionario, pero la pregunta más importante, porque fue en la que más hincapié hizo fue:

—¿Trae dinero para hacer turismo?

—Pero obvio que tengo dinero, mil dólares en cada bolsillo del pantalón que llevo puesto —confesé.

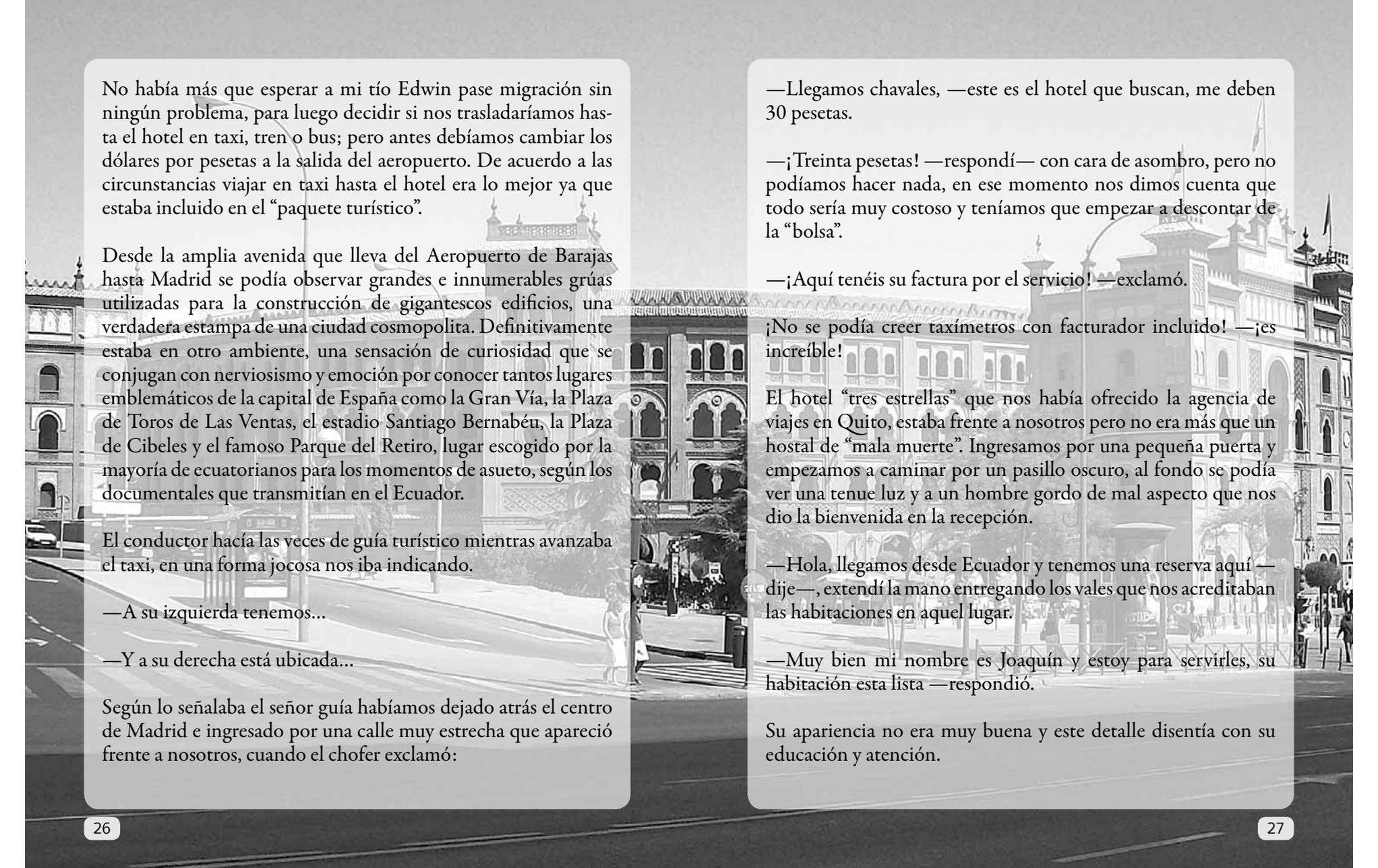
Solo faltaba que el agente solicite que le enseñe, pero por la cantidad de gente en la columna, no se animó a decírmelo.

El agente tomó el pasaporte entre sus manos, puso el sello en una de las hojas y dijo:

—“Bienvenido a España, puerta de Europa”.

Escuchar esta frase era un alivio, entonces me pregunté:

—¿Y ahora qué?



No había más que esperar a mi tío Edwin pase migración sin ningún problema, para luego decidir si nos trasladaríamos hasta el hotel en taxi, tren o bus; pero antes debíamos cambiar los dólares por pesetas a la salida del aeropuerto. De acuerdo a las circunstancias viajar en taxi hasta el hotel era lo mejor ya que estaba incluido en el “paquete turístico”.

Desde la amplia avenida que lleva del Aeropuerto de Barajas hasta Madrid se podía observar grandes e innumerables grúas utilizadas para la construcción de gigantescos edificios, una verdadera estampa de una ciudad cosmopolita. Definitivamente estaba en otro ambiente, una sensación de curiosidad que se conjugan con nerviosismo y emoción por conocer tantos lugares emblemáticos de la capital de España como la Gran Vía, la Plaza de Toros de Las Ventas, el estadio Santiago Bernabéu, la Plaza de Cibeles y el famoso Parque del Retiro, lugar escogido por la mayoría de ecuatorianos para los momentos de asueto, según los documentales que transmitían en el Ecuador.

El conductor hacía las veces de guía turístico mientras avanzaba el taxi, en una forma jocosa nos iba indicando.

—A su izquierda tenemos...

—Y a su derecha está ubicada...

Según lo señalaba el señor guía habíamos dejado atrás el centro de Madrid e ingresado por una calle muy estrecha que apareció frente a nosotros, cuando el chofer exclamó:

—Llegamos chavales, —este es el hotel que buscan, me deben 30 pesetas.

—¡Treinta pesetas! —respondí— con cara de asombro, pero no podíamos hacer nada, en ese momento nos dimos cuenta que todo sería muy costoso y teníamos que empezar a descontar de la “bolsa”.

—¡Aquí tenéis su factura por el servicio! —exclamó.

¡No se podía creer taxímetros con facturador incluido! —¡es increíble!

El hotel “tres estrellas” que nos había ofrecido la agencia de viajes en Quito, estaba frente a nosotros pero no era más que un hostel de “mala muerte”. Ingresamos por una pequeña puerta y empezamos a caminar por un pasillo oscuro, al fondo se podía ver una tenue luz y a un hombre gordo de mal aspecto que nos dio la bienvenida en la recepción.

—Hola, llegamos desde Ecuador y tenemos una reserva aquí —dije—, extendí la mano entregando los vales que nos acreditaban las habitaciones en aquel lugar.

—Muy bien mi nombre es Joaquín y estoy para servirles, su habitación esta lista —respondió.

Su apariencia no era muy buena y este detalle disentía con su educación y atención.

—Vengan conmigo por favor, que su habitación está por este lado —indicó.

Mientras avanzábamos, un fuerte olor a humedad se podía oler en el ambiente.

—Estábamos esperándolos y me imagino que por el tráfico se retrasaron —exclamó.

Ante tanta amabilidad era imposible no corresponder y así mantuvimos una larga conversación. De no ser porque debíamos estar en esa habitación solo por dos noches y cancelado el pago, seguro que hubiese salido corriendo pero no había más opciones, después de tan largo viaje quería una cama. Al recostarme sobre ella sentí que cada hueso de mi cuerpo se ubicó en el lugar que le correspondía, descansar era la prioridad en ese momento y sentí que al acomodarme en aquel lecho, los recuerdos, palabras y comentarios se esfumaron porque quedé sumido en un profundo sueño, también consideré que el sentido del tiempo lo perdimos y me sentía desubicado por la sensación de hambre, sueño, cansancio, entonces comprendí que el reloj biológico había colapsado.

Al despertar de aquel profundo letargo en que me encontraba sumido y sin atinar que más hacer en ese momento, mi tío Edwin sugirió irnos a dar una vuelta por Madrid.

—Me parece una buena idea y así aprovechamos el tiempo —respondí—, al tiempo que mi tío fue a la recepción a preguntar cómo llamar a Ecuador para informar que llegamos sin novedad.

Mientras me colocaba encima toda la ropa que había llevado en la maleta por el frío que sentía, a los pocos minutos regresó mi tío con la tristeza sobre su rostro.

—¡Sobrino..., sobrino! —exclamaba de una manera agitada—, no podemos salir porque la noche está muy avanzada.

No pude soportar la carcajada y me reí.

—Pero tío son las seis de la tarde y por lo regular el sol se va a las seis y media, —respondí.

Así que no le creí y continúe con lo que estaba haciendo, pero la sorpresa fue mayúscula al salir del hotel porque todo estaba oscuro y se notaba peligroso.

En ese momento Joaquín preguntó:

—¿Es su primera vez en Europa? —Y no me digan que no, porque se nota —se respondió el mismo—. ¡Chavales...! en el invierno europeo la noche llega más temprano de lo común y al siguiente día el sol aparece algo tarde, así que deben acostumbrarse —acoto con tono irónico.

En ese momento comprendí que Joaquín tenía muy claro que nuestra estadía en Madrid no sería solo por tres días, por instantes pensaba que para él era normal ver “desfilan” a tantos ecuatorianos por las habitaciones del hotel en que trabajaba, así que lo mejor era regresar a la habitación a descansar.



Pero el descansar era solo una quimera, habíamos dormido toda la tarde, pero fue necesario volver a dormir para “coger el horario”, el reloj biológico empezó a “igualarse”, era un requisito necesario para ubicarse en el viejo continente, que sería mi casa en los próximos años.

Al siguiente día decidimos salir a pasear por Madrid pero el frío que hacía me recordó a Quito, estábamos convencidos que habíamos llegado a Europa para “otra cosa”, pero no podíamos perder la oportunidad de hacer turismo. Mientras caminábamos, mi tío apuraba a estirar su brazo a cada bus que pasaba en señal que se detenga para abordar, pero todo intento fue en vano. Cansados de caminar decidimos sentarnos sobre unas bancas que había sobre la acera y sin haber hecho ningún gesto, un bus de detuvo frente a nosotros y el conductor nos invito a subir.

—¿Y ahora para donde vamos? —preguntó mi tío.

—Vamos hasta la última parada —respondí.

Como si esto fuera un juego de niños el día se nos pasó entre bus y bus, además aprendimos que los buses solo se detienen en las paradas asignadas. De esta forma pudimos observar las más bellas postales de la ciudad de Madrid, todo estaba de maravilla hasta que mi tío dijo:

—Sobrino, ya siento hambre.

Decidimos bajar del bus en el Parque de los Castillos, donde había locales de comida rápida y bares, pero la búsqueda por

saborear algo diferente nos llevó hasta unas grandes vitrinas donde se mostraba gran variedad de carnes, embutidos y peces, entonces decidimos experimentar con algo que jamás hemos probado. Aquellos peces pequeños junto a la ensalada fueron una muy mala elección porque al primer mordisco nos quedamos sin cena y sin dinero.

De regreso al hotel recibimos una llamada telefónica de mi tía Pepa, quien estaba en Londres–Inglaterra, desde hace algún tiempo atrás y nos brindaría su ayuda para llegar hasta ese lugar.

Mientras mi tío hablaba con ella, aproveché para llamar a mi familia para saber cómo están y sobretodo Ryan. Al escucharlo tan lejano con sus cortas frases y su balbuceo “papá ven” sentí que se me cortaba la respiración y apretaban el pecho por lo que decidí colgar y envolverme en mi lamento.

Entonces recordé a Ely, una amiga de la juventud con quien compartí muchas cosas, una sonrisa, un suspiro, una cama, incluso el amor y que por más de una vez me había invitado a España para estar juntos pero nunca me decidí a aceptar la propuesta.

Al marcar el número de teléfono escuché:

—Diga —con un acento español que por un momento me confundió.

—Hola Ely, soy Guillermo —respondí al instante.

—Guillermo... ¿el de Ecuador? —preguntó con duda y asombro.

—Sí, estoy en Madrid —respondí.

Ella ya no era la misma, lo podía sentir en su voz, tal vez Europa le cambió.

—Por favor disculpa, no debería conversar contigo, pues me he casado y mi esposo está por llegar a casa —respondió.

Me imaginé que por esta razón, cada una de sus respuestas eran de manera presurosa y apremiante.

—Disculpa Guillermo pero tu oportunidad pasó. Lo siento —sentenció y nunca más volví a saber de ella.

A lo lejos escuché que mi tío gritaba —¡sobrino..., sobrino!, tengo buenas noticias—, que para mí en ese momento era como un bálsamo.

—Recoge las cosas que nos vamos del hotel —dijo.

Pepa me indica que una señora de nombre Lolita nos espera en un centro comercial, al sur de Madrid.

Luego de tomar las maletas del hotel y con un “buena suerte y eviten meterse en problemas” por parte de Joaquín, salimos en un taxi con rumbo a nuestro destino, luego de circular por algunos minutos, el taxista —dijo:

—Aquí es el “Centro Comercial Islas Azules”.

Un lugar enorme, donde encontrar un teléfono público no fue tarea difícil porque a cada paso se hallaba uno, así pudimos ubicar a Lolita que nos esperaba en el parqueadero. Imposible no poder identificar a Lolita, una mujer trigueña, gorda, de baja estatura y un típico acento “pastuso” de la provincia del Carchi, quién nos invito a dejar nuestras maletas en su vehículo.

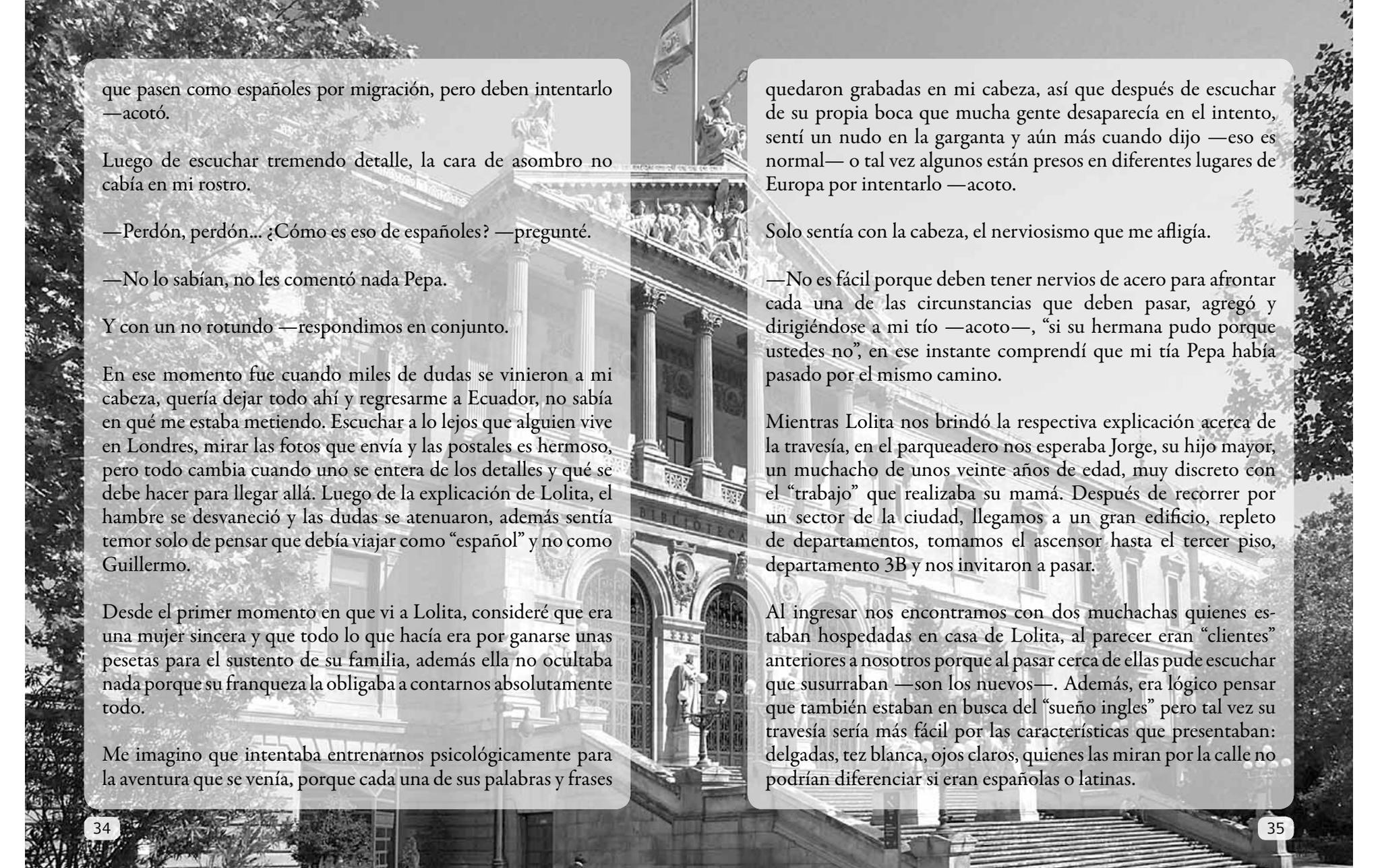
—Me imagino que deben tener hambre —dijo.

Y sin esperar la respuesta nos invito a pasar a un gran restaurante buffet al interior del centro comercial, entonces como dos desesperados que no habían probado un buen bocado en días, mi tío y yo llenamos el plato con lo que encontrábamos por nuestro delante, mientras ella lo hacía con mesura.

—Hace tres días que no tenía la oportunidad de comer bien —comenté.

Pero mi tío no prestaba atención a mis acotaciones puesto que los postres captaban todo su esmero, Lolita nos pidió que le siguiéramos hasta la última mesa del comedor como previniendo que algún detalle pudiera escucharse y a la vez ocultándose de los demás, nos invitó a tomar asiento. Con un tono sutil de voz dijo:

—Hablé con Pepa, se hospedarán en mi casa hasta que Fátima encuentre la manera de cruzarles hasta Londres, será una tarea difícil por sus características pero no imposible, ser trigueño acá es una desventaja para “pasarles” hasta Inglaterra, es complicado



que pasen como españoles por migración, pero deben intentarlo —acotó.

Luego de escuchar tremendo detalle, la cara de asombro no cabía en mi rostro.

—Perdón, perdón... ¿Cómo es eso de españoles? —pregunté.

—No lo sabían, no les comentó nada Pepa.

Y con un no rotundo —respondimos en conjunto.

En ese momento fue cuando miles de dudas se vinieron a mi cabeza, quería dejar todo ahí y regresar a Ecuador, no sabía en qué me estaba metiendo. Escuchar a lo lejos que alguien vive en Londres, mirar las fotos que envía y las postales es hermoso, pero todo cambia cuando uno se entera de los detalles y qué se debe hacer para llegar allá. Luego de la explicación de Lolita, el hambre se desvaneció y las dudas se atenuaron, además sentía temor solo de pensar que debía viajar como “español” y no como Guillermo.

Desde el primer momento en que vi a Lolita, consideré que era una mujer sincera y que todo lo que hacía era por ganarse unas pesetas para el sustento de su familia, además ella no ocultaba nada porque su franqueza la obligaba a contarnos absolutamente todo.

Me imagino que intentaba entrenarnos psicológicamente para la aventura que se venía, porque cada una de sus palabras y frases

quedaron grabadas en mi cabeza, así que después de escuchar de su propia boca que mucha gente desaparecía en el intento, sentí un nudo en la garganta y aún más cuando dijo —eso es normal— o tal vez algunos están presos en diferentes lugares de Europa por intentarlo —acoto.

Solo sentía con la cabeza, el nerviosismo que me afligía.

—No es fácil porque deben tener nervios de acero para afrontar cada una de las circunstancias que deben pasar, agregé y dirigiéndose a mi tío —acoto—, “si su hermana pudo porque ustedes no”, en ese instante comprendí que mi tía Pepa había pasado por el mismo camino.

Mientras Lolita nos brindó la respectiva explicación acerca de la travesía, en el parqueadero nos esperaba Jorge, su hijo mayor, un muchacho de unos veinte años de edad, muy discreto con el “trabajo” que realizaba su mamá. Después de recorrer por un sector de la ciudad, llegamos a un gran edificio, repleto de departamentos, tomamos el ascensor hasta el tercer piso, departamento 3B y nos invitaron a pasar.

Al ingresar nos encontramos con dos muchachas quienes estaban hospedadas en casa de Lolita, al parecer eran “clientes” anteriores a nosotros porque al pasar cerca de ellas pude escuchar que susurraban —son los nuevos—. Además, era lógico pensar que también estaban en busca del “sueño inglés” pero tal vez su travesía sería más fácil por las características que presentaban: delgadas, tez blanca, ojos claros, quienes las miran por la calle no podrían diferenciar si eran españolas o latinas.

Sin preludios Lolita nos presentó.

—Ellas son Tania y Natalia —dijo—. Y ellos son Edwin y Guillermo.

Luego abandonó el salón dejándonos a los cuatro, sin comprender cuál era su finalidad.

—Somos de Loja y queremos llegar a Londres para encontrarnos con nuestros padres —exclamó Tania la mayor—. ¿Y ustedes tienen familia allá? —preguntó.

—Sí —respondió mi tío—, allá está mi hermana Pepa.

Tenía muchas preguntas por hacer, pero consideré que no era el momento oportuno a Natalia se la notaba algo tímida, buscaba refugio en su hermana, que momento más difícil. Reflexionaba sobre el deseo que ellas tenían de volver a estar junto a sus padres, sentirse en familia, palpar la sensación de un abrazo y un te amo.

Del otro lado del departamento Lolita nos llamó.

—Vengan que tengo que hablar con ustedes —dijo.

Refiriéndose a mi tío y a mí, nos encerramos en un cuarto.

—Mientras estén aquí, este será su dormitorio pero antes deben abonar trescientas pesetas cada uno, así que nuevamente echamos mano de la “bolsa” para cancelar lo solicitado por ella, por favor traigan sus cosas y acomódense aquí —manifestó.

Mientras nos daba algunas indicaciones, sonó su teléfono móvil, era Fátima, por lo que Lolita se encerró en su alcoba, pegué mi oreja a la pared para intentar escuchar algún dato pero quedó en el intento porque hablaba en voz baja y solo se podía escuchar murmullos, así que no había otra que mantenerse en vigilia.

Con la llegada de la noche, el frío era incesante y decidimos prender la calefacción de la sala y juntarnos a mirar televisión, pero a Jorge se le ocurrió una mejor idea.

—¡Juguemos cuarenta! —exclamó—. Un juego de cartas típico de la ciudad de Quito.

Nos sentamos alrededor de la mesa y empezamos a jugar, entre chistes, risas y alegría se prendió el ambiente, un poco de música nacional, pero de aquella alegre como la que canta Héctor Jaramillo, que a la distancia se escuchaba diferente.

Entre juego y juego nos olvidamos por un momento que estábamos allí, nuestra tristeza desapareció y hasta nos olvidamos de recordar a nuestra familia, pero todo llega a su fin y el juego terminó, entonces cada uno se retiró a sus respectivos dormitorios.

—La pasé muy bien, sí que lo disfruté —dijo mi tío.

—¿Y vos guambra? —preguntó.

No tuve más remedio que decir que sí, pero me sentía muy triste porque extrañaba a mi hijo, la necesidad por abrazarlo, mirarle a los ojos y decirle lo mucho que lo amo.

Regresé a la cocina, necesitaba un vaso de agua de urgencia pero por aquellas coincidencias de la vida encontré a Tania. Pensé entonces que era el momento oportuno para conversar.

—¿Hace que tiempo estas aquí? —pregunté.

—Llegamos hace dos semanas junto con mi hermana.

—¿Y cuando parten para Londres?

—Mañana —acotó.

—¿Sientes temor?

—Sí —respondió—, pero quiero volver a ver a mis padres.

—Mañana salimos desde la estación de Atocha con destino a Cherburg—Francia, intentaremos pasar en ferry —concluyó.

Pero la verdad no tenía ni la menor idea en que parte del mapamundi estaba ubicado Cherburg, ni que era un ferry.

—Fátima dice que por allí será más fácil —acotó.

Volví a escuchar este nombre por lo que empezó a causarme intriga, y pregunte:

—¿Tú conoces a Fátima?

—Nadie conoce a Fátima, además ella facilita los pasaportes españoles, rutas, horarios, fechas. Es decir, ella es el “cerebro” de todo esto, decide cuando, como y donde empieza el evento —añadió.

—Lolita es su colaboradora —acotó.

—Comprendo mi estimada amiga entonces te deseo un buen viaje, espero que todo salga bien y que puedas estar junto a tus padres —respondí y me despedí—, necesitaba comentarle esto a mi tío pero ya se había dormido.

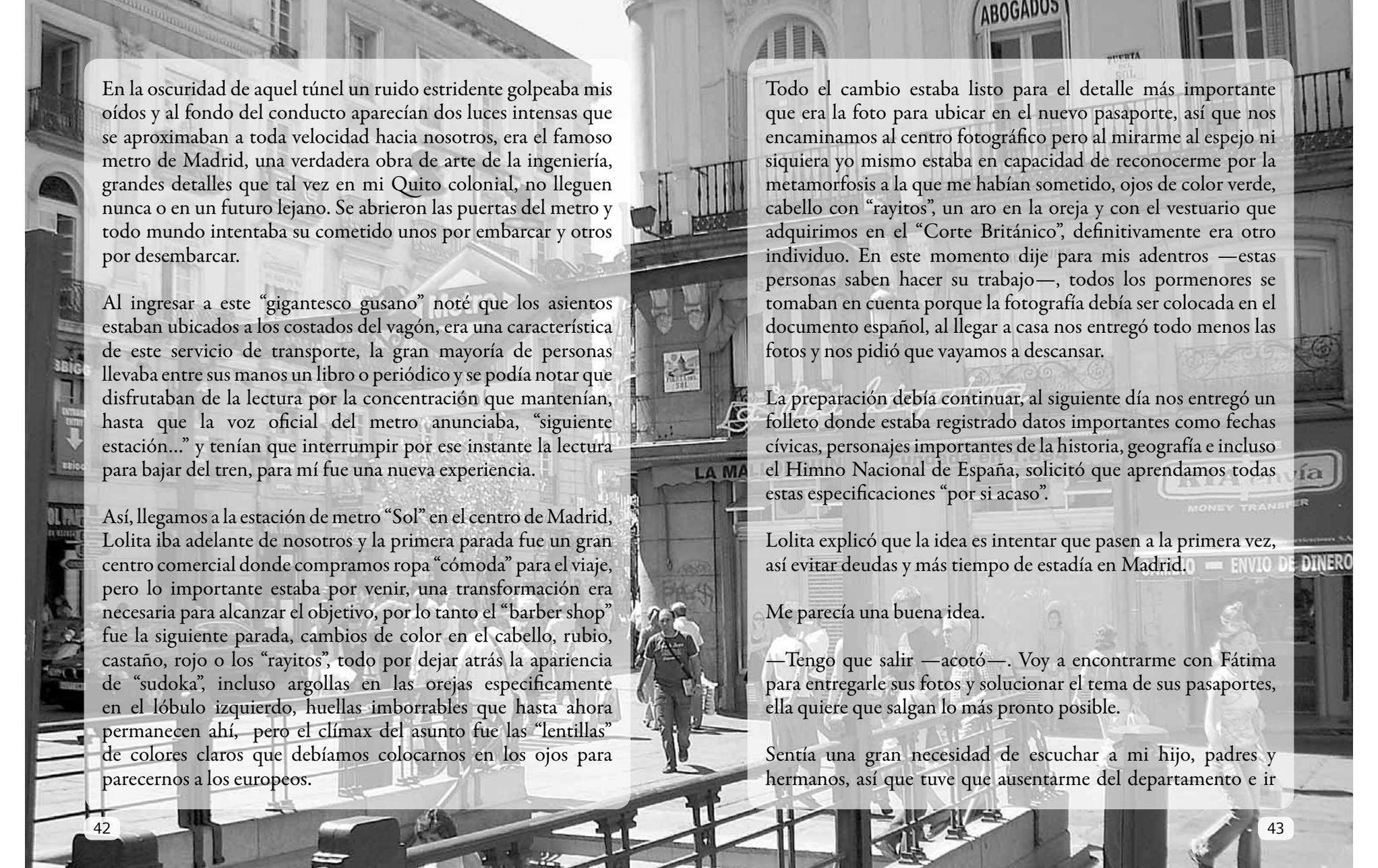
## Capítulo 3

### El pasaporte español

**A**l siguiente día, muy temprano Lolita pidió que nos apresuremos porque había muchas cosas que hacer, teníamos que empezar a preparar todo. Así, salimos de su casa, caminamos unos doscientos metros e ingresamos a la primera estación de metro que encontramos, muchas personas salían y otras entraban por aquel hoyo que llevaba al interior de la tierra.

Ahí los pasillos se cruzaban entre sí por debajo de las grandes avenidas que hay en la superficie, podía escuchar el eco de un grupo de personas que interpretaban música con instrumentos andinos a cambio de algunas pesetas, pero los transeúntes no se detenían a escuchar las canciones, simplemente a “la pasada” lanzaban una moneda al estuche de la guitarra tendido sobre el piso, por sus características presumí que eran otavaleños.

Más adelante una muchacha pintaba sus cuadros en miniatura, la exposición era abierta a todo el público y un mago con sus trucos cerraba el circuito de arte subterráneo, para estas personas no hacía falta un teatro o coliseo para demostrar su creatividad.



En la oscuridad de aquel túnel un ruido estridente golpeaba mis oídos y al fondo del conducto aparecían dos luces intensas que se aproximaban a toda velocidad hacia nosotros, era el famoso metro de Madrid, una verdadera obra de arte de la ingeniería, grandes detalles que tal vez en mi Quito colonial, no lleguen nunca o en un futuro lejano. Se abrieron las puertas del metro y todo mundo intentaba su cometido unos por embarcar y otros por desembarcar.

Al ingresar a este “gigantesco gusano” noté que los asientos estaban ubicados a los costados del vagón, era una característica de este servicio de transporte, la gran mayoría de personas llevaba entre sus manos un libro o periódico y se podía notar que disfrutaban de la lectura por la concentración que mantenían, hasta que la voz oficial del metro anunciaba, “siguiente estación...” y tenían que interrumpir por ese instante la lectura para bajar del tren, para mí fue una nueva experiencia.

Así, llegamos a la estación de metro “Sol” en el centro de Madrid, Lolita iba adelante de nosotros y la primera parada fue un gran centro comercial donde compramos ropa “cómoda” para el viaje, pero lo importante estaba por venir, una transformación era necesaria para alcanzar el objetivo, por lo tanto el “barber shop” fue la siguiente parada, cambios de color en el cabello, rubio, castaño, rojo o los “rayitos”, todo por dejar atrás la apariencia de “sudoka”, incluso argollas en las orejas específicamente en el lóbulo izquierdo, huellas imborrables que hasta ahora permanecen ahí, pero el clímax del asunto fue las “lentillas” de colores claros que debíamos colocarnos en los ojos para parecernos a los europeos.

Todo el cambio estaba listo para el detalle más importante que era la foto para ubicar en el nuevo pasaporte, así que nos encaminamos al centro fotográfico pero al mirarme al espejo ni siquiera yo mismo estaba en capacidad de reconocermé por la metamorfosis a la que me habían sometido, ojos de color verde, cabello con “rayitos”, un aro en la oreja y con el vestuario que adquirimos en el “Corte Británico”, definitivamente era otro individuo. En este momento dije para mis adentros —estas personas saben hacer su trabajo—, todos los pormenores se tomaban en cuenta porque la fotografía debía ser colocada en el documento español, al llegar a casa nos entregó todo menos las fotos y nos pidió que vayamos a descansar.

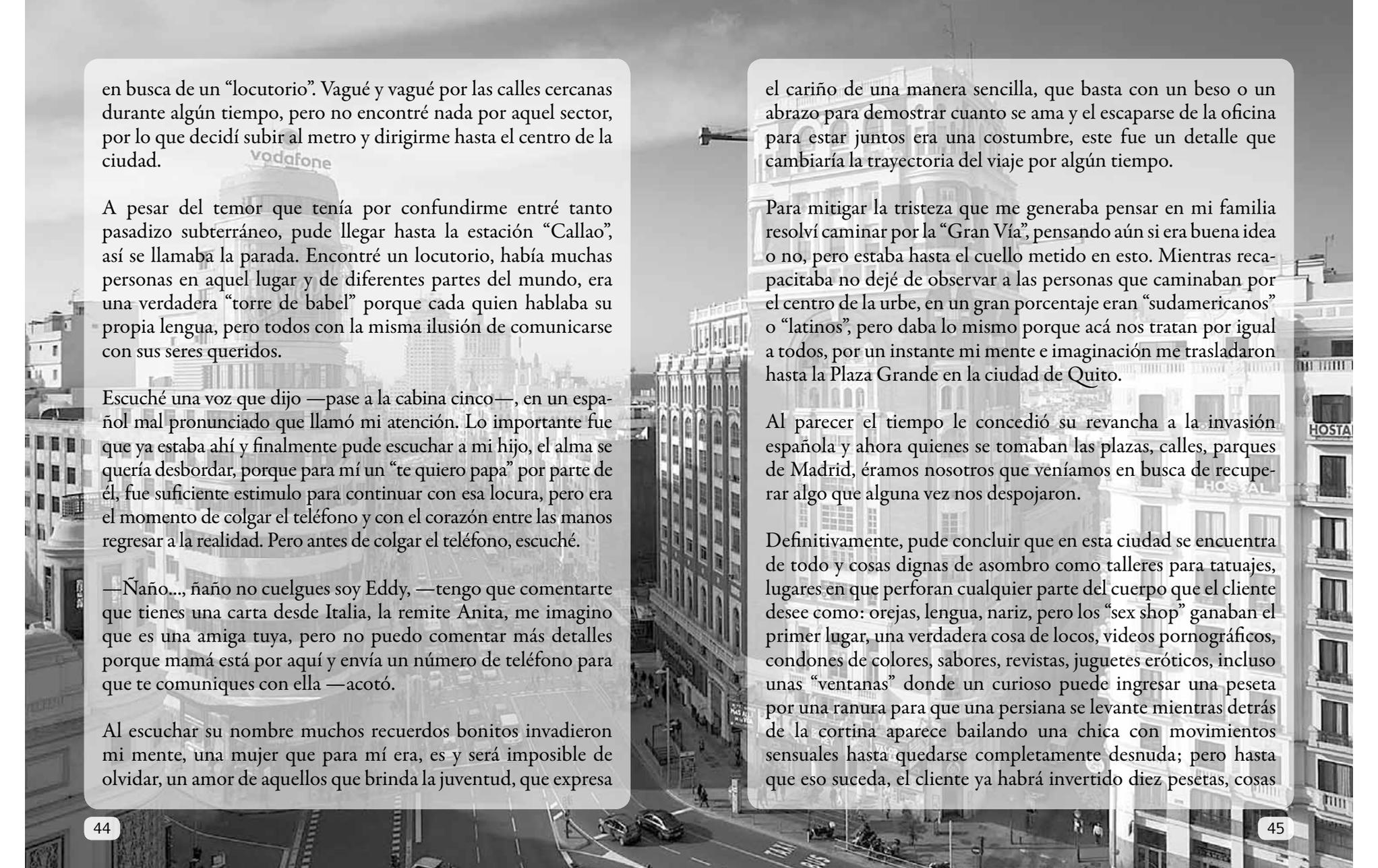
La preparación debía continuar, al siguiente día nos entregó un folleto donde estaba registrado datos importantes como fechas cívicas, personajes importantes de la historia, geografía e incluso el Himno Nacional de España, solicitó que aprendamos todas estas especificaciones “por si acaso”.

Lolita explicó que la idea es intentar que pasen a la primera vez, así evitar deudas y más tiempo de estadía en Madrid.

Me parecía una buena idea.

—Tengo que salir —acotó—. Voy a encontrarme con Fátima para entregarle sus fotos y solucionar el tema de sus pasaportes, ella quiere que salgan lo más pronto posible.

Sentía una gran necesidad de escuchar a mi hijo, padres y hermanos, así que tuve que ausentarme del departamento e ir



en busca de un “locutorio”. Vagué y vagué por las calles cercanas durante algún tiempo, pero no encontré nada por aquel sector, por lo que decidí subir al metro y dirigirme hasta el centro de la ciudad.

A pesar del temor que tenía por confundirme entré tanto pasadizo subterráneo, pude llegar hasta la estación “Callao”, así se llamaba la parada. Encontré un locutorio, había muchas personas en aquel lugar y de diferentes partes del mundo, era una verdadera “torre de babel” porque cada quien hablaba su propia lengua, pero todos con la misma ilusión de comunicarse con sus seres queridos.

Escuché una voz que dijo —pase a la cabina cinco—, en un español mal pronunciado que llamó mi atención. Lo importante fue que ya estaba ahí y finalmente pude escuchar a mi hijo, el alma se quería desbordar, porque para mí un “te quiero papa” por parte de él, fue suficiente estímulo para continuar con esa locura, pero era el momento de colgar el teléfono y con el corazón entre las manos regresar a la realidad. Pero antes de colgar el teléfono, escuché.

—Ñño..., ñño no cuelgues soy Eddy, —tengo que comentarte que tienes una carta desde Italia, la remite Anita, me imagino que es una amiga tuya, pero no puedo comentar más detalles porque mamá está por aquí y envía un número de teléfono para que te comuniques con ella —acotó.

Al escuchar su nombre muchos recuerdos bonitos invadieron mi mente, una mujer que para mí era, es y será imposible de olvidar, un amor de aquellos que brinda la juventud, que expresa

el cariño de una manera sencilla, que basta con un beso o un abrazo para demostrar cuanto se ama y el escaparse de la oficina para estar juntos era una costumbre, este fue un detalle que cambiaría la trayectoria del viaje por algún tiempo.

Para mitigar la tristeza que me generaba pensar en mi familia resolví caminar por la “Gran Vía”, pensando aún si era buena idea o no, pero estaba hasta el cuello metido en esto. Mientras recapacitaba no dejé de observar a las personas que caminaban por el centro de la urbe, en un gran porcentaje eran “sudamericanos” o “latinos”, pero daba lo mismo porque acá nos tratan por igual a todos, por un instante mi mente e imaginación me trasladaron hasta la Plaza Grande en la ciudad de Quito.

Al parecer el tiempo le concedió su revancha a la invasión española y ahora quienes se tomaban las plazas, calles, parques de Madrid, éramos nosotros que veníamos en busca de recuperar algo que alguna vez nos despojaron.

Definitivamente, pude concluir que en esta ciudad se encuentra de todo y cosas dignas de asombro como talleres para tatuajes, lugares en que perforan cualquier parte del cuerpo que el cliente desee como: orejas, lengua, nariz, pero los “sex shop” ganaban el primer lugar, una verdadera cosa de locos, videos pornográficos, condones de colores, sabores, revistas, juguetes eróticos, incluso unas “ventanas” donde un curioso puede ingresar una peseta por una ranura para que una persiana se levante mientras detrás de la cortina aparece bailando una chica con movimientos sensuales hasta quedarse completamente desnuda; pero hasta que eso suceda, el cliente ya habrá invertido diez pesetas, cosas

que en Quito jamás, tal vez, por el sentido conservador que aún guardamos y ni hablar de aquellas “maquinitas” en forma de huevo.

Por estar en la novelería me había ganado la tarde, así que salí presuroso hacia la primera estación de metro que se cruzó por delante, pero esto era una verdadera caja de sorpresas, al embarcarme en el tren, lo primero que escuché fue “buenas tardes... damitas y caballeros, permítanme interpretar unos temitas del folclore andino y espero que sea de su completo agrado”, no lo podía creer, era Oscar, mi amigo de la infancia, aquel con quien en esas añoradas noches frías de serenata, amanecíamos junto a las guitarras, quenas y el bombo, pero no quería perderme semejante espectáculo por lo que presté atención a su presentación y apenas terminó, llamé su atención con un pequeño silbido y nos brindamos un fuerte abrazo de amistad.

—¿Cómo estás? —¿Qué haces aquí? —¿Cuando llegaste? —preguntó—.

Así que por obvias razones decidí no comentarle nada sobre el pasaporte español y la loca idea que rondaba por mi cabeza para llegar a Londres.

—Llegué a Madrid hace algunos días y estoy buscando trabajo —respondí—. Sin más comentarios me ofreció su guitarra.

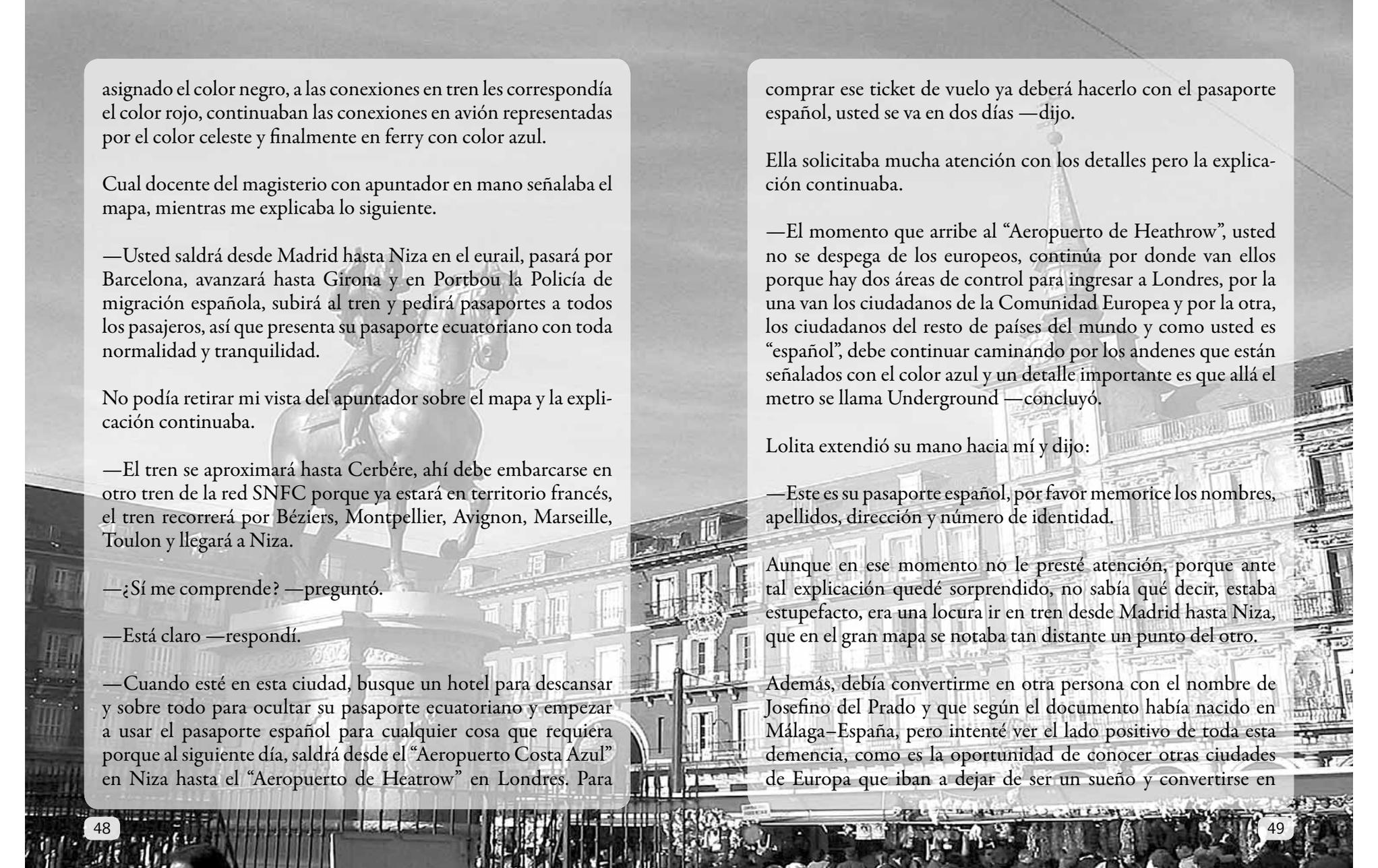
—Vamos a cantar amigo, no se gana mucho pero salva de necesidades.

Canto tras canto y peseta tras peseta el estuche de la guitarra se encontraba “pesado”, así terminamos en la casa de Oscar que me invitó a pasar a su “piso”, pero al entrar tuve una nueva sorpresa porque él se había casado con Margarita, una amiga de la adolescencia y se habían encontrado en Madrid.

Me imagino que la sorpresa fue para los dos por la cara de asombro que puso ella en el instante que me vio, en el mismo lugar también vivían su hermana, hermano, primos y mamá, toda la familia vivía en un pequeño departamento o piso como lo llaman, fue grato reunirme con tantos conocidos de la juventud que vivíamos en el recordado barrio de las Cinco Esquinas al sur de la ciudad de Quito.

Por suerte Oscar se ofreció a dejarme cerca del lugar donde vivía, pero al llegar a casa, todos se encontraban preocupados porque me había “desaparecido” todo el día, mi tío Edwin estaba enfurecido y Lolita no quería ni verme, una situación algo difícil en “casa ajena”, por esta razón mejor decidí ofrecer una disculpa y retirarme al dormitorio. Pero entre los inconvenientes había buenas noticias, Tania y Natalia habían llegado a Londres y se encontraban junto a sus padres; la otra buena nueva, fue que los pasaportes, rutas y horarios estaban listos para mi tío y para mí.

Al siguiente día mi tío me comentó que definitivamente, debíamos viajar por sendas distintas, por lo tanto la expresión —hasta aquí nos trajo el viaje— caló perfecto en nosotros. Lolita nos llamó por separado al salón donde había un gran mapa del tamaño de la pared con diferentes rutas internacionales que conectan a las distintas ciudades de Europa. Para conexiones en bus estaba



asignado el color negro, a las conexiones en tren les correspondía el color rojo, continuaban las conexiones en avión representadas por el color celeste y finalmente en ferry con color azul.

Cual docente del magisterio con apuntador en mano señalaba el mapa, mientras me explicaba lo siguiente.

—Usted saldrá desde Madrid hasta Niza en el eurail, pasará por Barcelona, avanzará hasta Girona y en Portbou la Policía de migración española, subirá al tren y pedirá pasaportes a todos los pasajeros, así que presenta su pasaporte ecuatoriano con toda normalidad y tranquilidad.

No podía retirar mi vista del apuntador sobre el mapa y la explicación continuaba.

—El tren se aproximará hasta Cerbére, ahí debe embarcarse en otro tren de la red SNFC porque ya estará en territorio francés, el tren recorrerá por Béziers, Montpellier, Avignon, Marseille, Toulon y llegará a Niza.

—¿Sí me comprende? —preguntó.

—Está claro —respondí.

—Cuando esté en esta ciudad, busque un hotel para descansar y sobre todo para ocultar su pasaporte ecuatoriano y empezar a usar el pasaporte español para cualquier cosa que requiera porque al siguiente día, saldrá desde el “Aeropuerto Costa Azul” en Niza hasta el “Aeropuerto de Heathrow” en Londres. Para

comprar ese ticket de vuelo ya deberá hacerlo con el pasaporte español, usted se va en dos días —dijo.

Ella solicitaba mucha atención con los detalles pero la explicación continuaba.

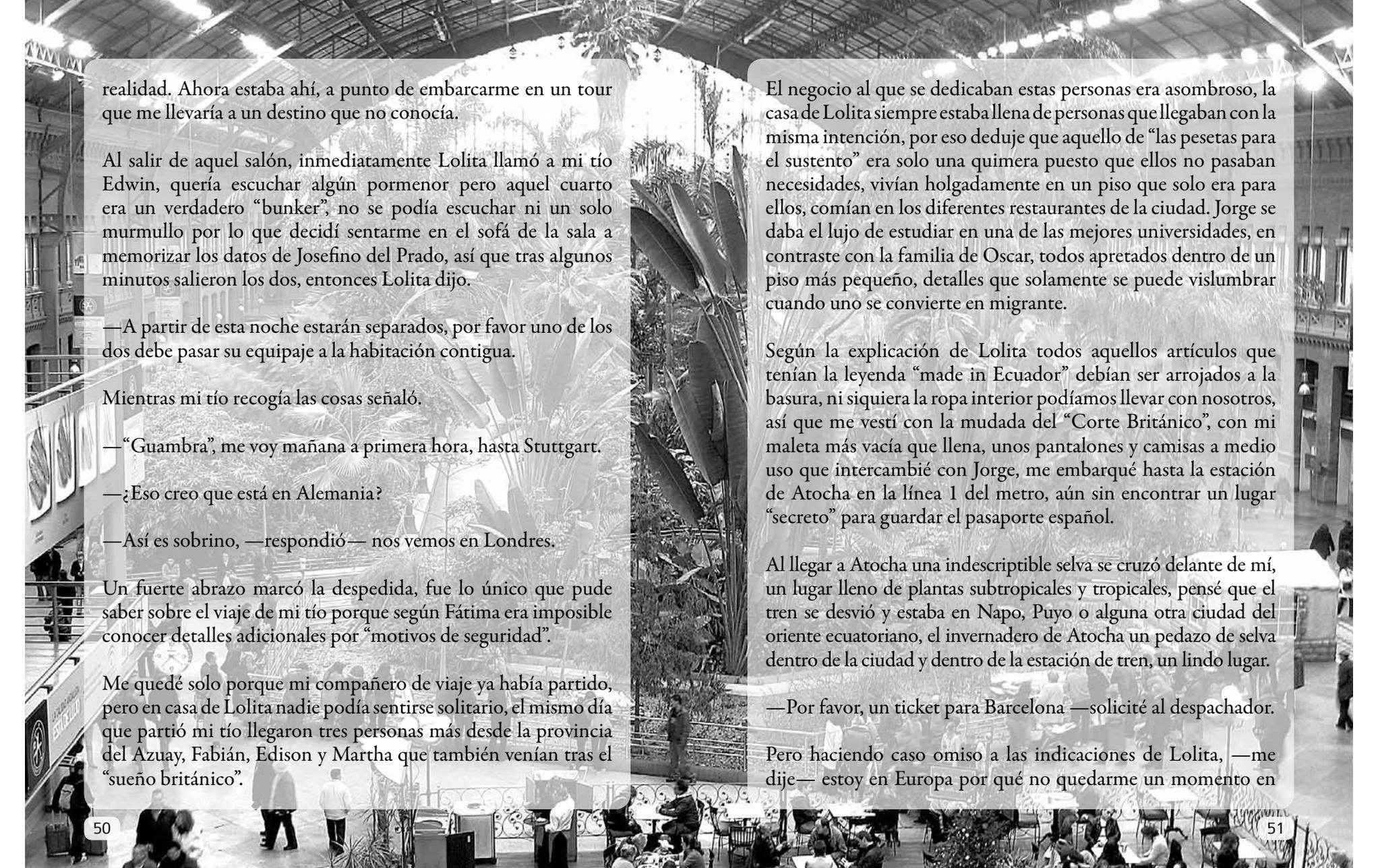
—El momento que arribe al “Aeropuerto de Heathrow”, usted no se despega de los europeos, continúa por donde van ellos porque hay dos áreas de control para ingresar a Londres, por la una van los ciudadanos de la Comunidad Europea y por la otra, los ciudadanos del resto de países del mundo y como usted es “español”, debe continuar caminando por los andenes que están señalados con el color azul y un detalle importante es que allá el metro se llama Underground —concluyó.

Lolita extendió su mano hacia mí y dijo:

—Este es su pasaporte español, por favor memorice los nombres, apellidos, dirección y número de identidad.

Aunque en ese momento no le presté atención, porque ante tal explicación quedé sorprendido, no sabía qué decir, estaba estupefacto, era una locura ir en tren desde Madrid hasta Niza, que en el gran mapa se notaba tan distante un punto del otro.

Además, debía convertirme en otra persona con el nombre de Josefino del Prado y que según el documento había nacido en Málaga-España, pero intenté ver el lado positivo de toda esta demencia, como es la oportunidad de conocer otras ciudades de Europa que iban a dejar de ser un sueño y convertirse en



realidad. Ahora estaba ahí, a punto de embarcarme en un tour que me llevaría a un destino que no conocía.

Al salir de aquel salón, inmediatamente Lolita llamó a mi tío Edwin, quería escuchar algún pormenor pero aquel cuarto era un verdadero “bunker”, no se podía escuchar ni un solo murmullo por lo que decidí sentarme en el sofá de la sala a memorizar los datos de Josefino del Prado, así que tras algunos minutos salieron los dos, entonces Lolita dijo.

—A partir de esta noche estarán separados, por favor uno de los dos debe pasar su equipaje a la habitación contigua.

Mientras mi tío recogía las cosas señaló.

—“Guambra”, me voy mañana a primera hora, hasta Stuttgart.

—¿Eso creo que está en Alemania?

—Así es sobrino, —respondió— nos vemos en Londres.

Un fuerte abrazo marcó la despedida, fue lo único que pude saber sobre el viaje de mi tío porque según Fátima era imposible conocer detalles adicionales por “motivos de seguridad”.

Me quedé solo porque mi compañero de viaje ya había partido, pero en casa de Lolita nadie podía sentirse solitario, el mismo día que partió mi tío llegaron tres personas más desde la provincia del Azuay, Fabián, Edison y Martha que también venían tras el “sueño británico”.

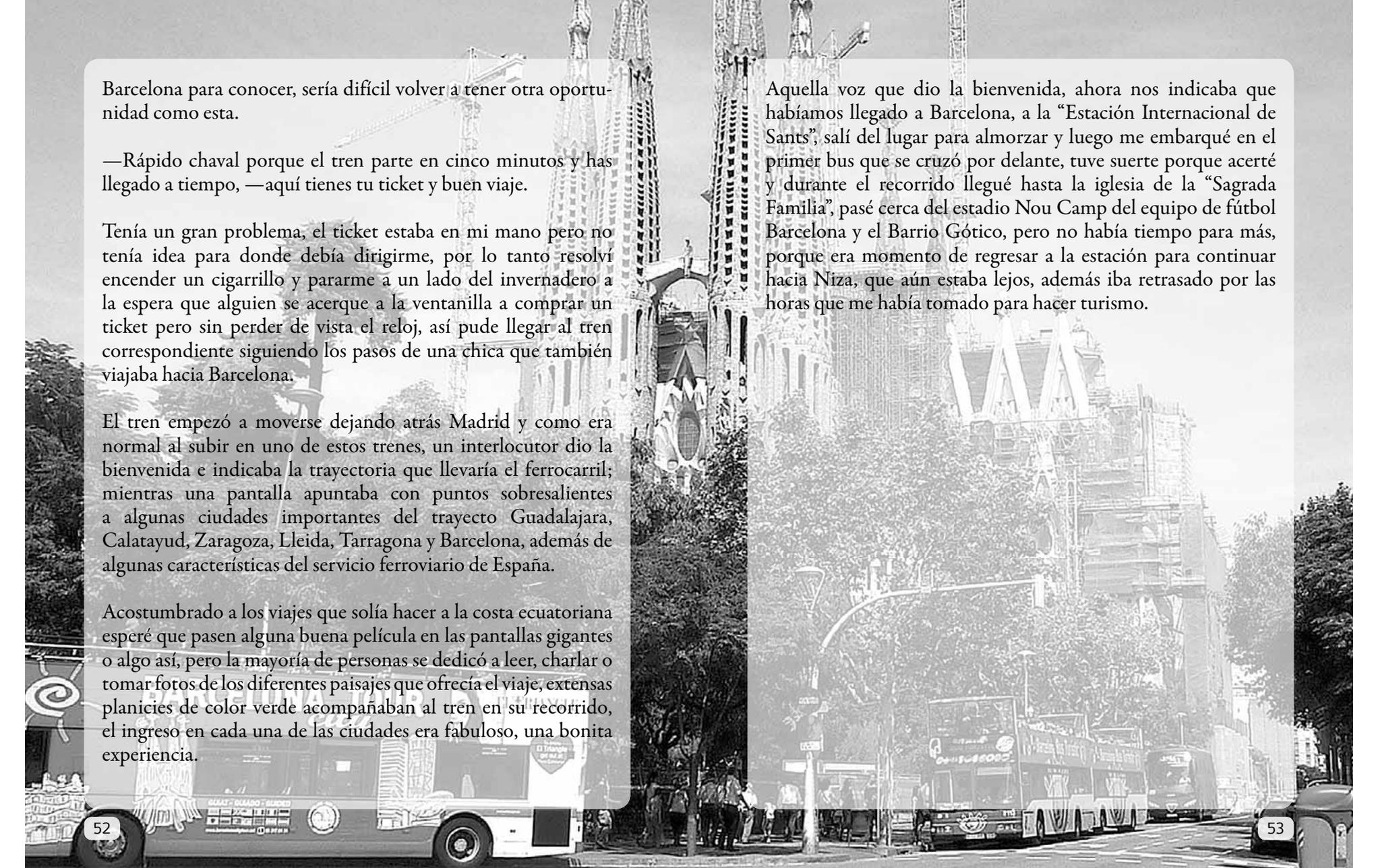
El negocio al que se dedicaban estas personas era asombroso, la casa de Lolita siempre estaba llena de personas que llegaban con la misma intención, por eso deduje que aquello de “las pesetas para el sustento” era solo una quimera puesto que ellos no pasaban necesidades, vivían holgadamente en un piso que solo era para ellos, comían en los diferentes restaurantes de la ciudad. Jorge se daba el lujo de estudiar en una de las mejores universidades, en contraste con la familia de Oscar, todos apretados dentro de un piso más pequeño, detalles que solamente se puede vislumbrar cuando uno se convierte en migrante.

Según la explicación de Lolita todos aquellos artículos que tenían la leyenda “made in Ecuador” debían ser arrojados a la basura, ni siquiera la ropa interior podíamos llevar con nosotros, así que me vestí con la mudada del “Corte Británico”, con mi maleta más vacía que llena, unos pantalones y camisas a medio uso que intercambié con Jorge, me embarqué hasta la estación de Atocha en la línea 1 del metro, aún sin encontrar un lugar “secreto” para guardar el pasaporte español.

Al llegar a Atocha una indescriptible selva se cruzó delante de mí, un lugar lleno de plantas subtropicales y tropicales, pensé que el tren se desvió y estaba en Napo, Puyo o alguna otra ciudad del oriente ecuatoriano, el invernadero de Atocha un pedazo de selva dentro de la ciudad y dentro de la estación de tren, un lindo lugar.

—Por favor, un ticket para Barcelona —solicité al despachador.

Pero haciendo caso omiso a las indicaciones de Lolita, —me dije— estoy en Europa por qué no quedarme un momento en



Barcelona para conocer, sería difícil volver a tener otra oportunidad como esta.

—Rápido chaval porque el tren parte en cinco minutos y has llegado a tiempo, —aquí tienes tu ticket y buen viaje.

Tenía un gran problema, el ticket estaba en mi mano pero no tenía idea para donde debía dirigirme, por lo tanto resolví encender un cigarrillo y pararme a un lado del invernadero a la espera que alguien se acerque a la ventanilla a comprar un ticket pero sin perder de vista el reloj, así pude llegar al tren correspondiente siguiendo los pasos de una chica que también viajaba hacia Barcelona.

El tren empezó a moverse dejando atrás Madrid y como era normal al subir en uno de estos trenes, un interlocutor dio la bienvenida e indicaba la trayectoria que llevaría el ferrocarril; mientras una pantalla apuntaba con puntos sobresalientes a algunas ciudades importantes del trayecto Guadalajara, Calatayud, Zaragoza, Lleida, Tarragona y Barcelona, además de algunas características del servicio ferroviario de España.

Acostumbrado a los viajes que solía hacer a la costa ecuatoriana esperé que pasen alguna buena película en las pantallas gigantes o algo así, pero la mayoría de personas se dedicó a leer, charlar o tomar fotos de los diferentes paisajes que ofrecía el viaje, extensas planicies de color verde acompañaban al tren en su recorrido, el ingreso en cada una de las ciudades era fabuloso, una bonita experiencia.

Aquella voz que dio la bienvenida, ahora nos indicaba que habíamos llegado a Barcelona, a la “Estación Internacional de Sants”, salí del lugar para almorzar y luego me embarqué en el primer bus que se cruzó por delante, tuve suerte porque acerté y durante el recorrido llegué hasta la iglesia de la “Sagrada Familia”, pasé cerca del estadio Nou Camp del equipo de fútbol Barcelona y el Barrio Gótico, pero no había tiempo para más, porque era momento de regresar a la estación para continuar hacia Niza, que aún estaba lejos, además iba retrasado por las horas que me había tomado para hacer turismo.



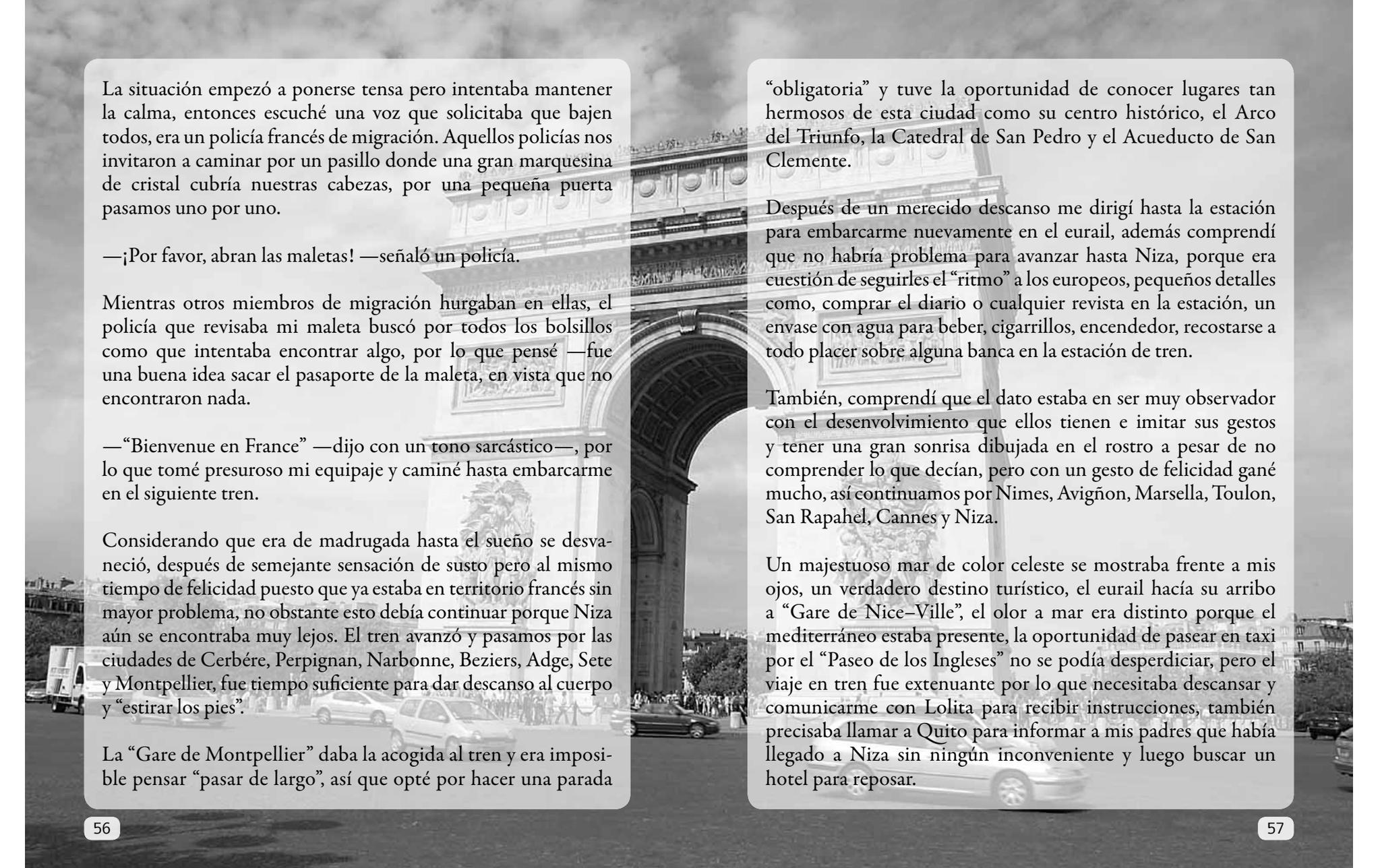
## Capítulo 4 Bienvenidos a Francia

La travesía en el eurail continuó por Mataró, Girona, Figueres y entrada la noche llegamos a Portbou, ciudad fronteriza entre España y Francia. Al llegar a este lugar tal como lo explicara Lolita, subió al tren un grupo de policías de migración española, solicitaron pasaportes a todos, entonces un oficial se acercó hacia mí y además de solicitar el documento, preguntó:

—¿Motivo de su viaje?

—Solo voy por turismo.

Revisó el pasaporte, me lo devolvió y sin más se alejó, comprendí que era el momento de poner en un lugar seguro al pasaporte de Josefino del Prado por lo que opté ir al baño para ponerlo entre mis genitales y el calzoncillo que llevaba puesto, en ese momento sentí que el tren continuó circulando despacio algunos metros más y luego se volvió a detener completamente.



La situación empezó a ponerse tensa pero intentaba mantener la calma, entonces escuché una voz que solicitaba que bajen todos, era un policía francés de migración. Aquellos policías nos invitaron a caminar por un pasillo donde una gran marquesina de cristal cubría nuestras cabezas, por una pequeña puerta pasamos uno por uno.

—¡Por favor, abran las maletas! —señaló un policía.

Mientras otros miembros de migración hurgaban en ellas, el policía que revisaba mi maleta buscó por todos los bolsillos como que intentaba encontrar algo, por lo que pensé —fue una buena idea sacar el pasaporte de la maleta, en vista que no encontraron nada.

—“Bienvenue en France” —dijo con un tono sarcástico—, por lo que tomé presuroso mi equipaje y caminé hasta embarcarme en el siguiente tren.

Considerando que era de madrugada hasta el sueño se desvaneció, después de semejante sensación de susto pero al mismo tiempo de felicidad puesto que ya estaba en territorio francés sin mayor problema, no obstante esto debía continuar porque Niza aún se encontraba muy lejos. El tren avanzó y pasamos por las ciudades de Cerbère, Perpignan, Narbonne, Beziers, Adge, Sete y Montpellier, fue tiempo suficiente para dar descanso al cuerpo y “estirar los pies”.

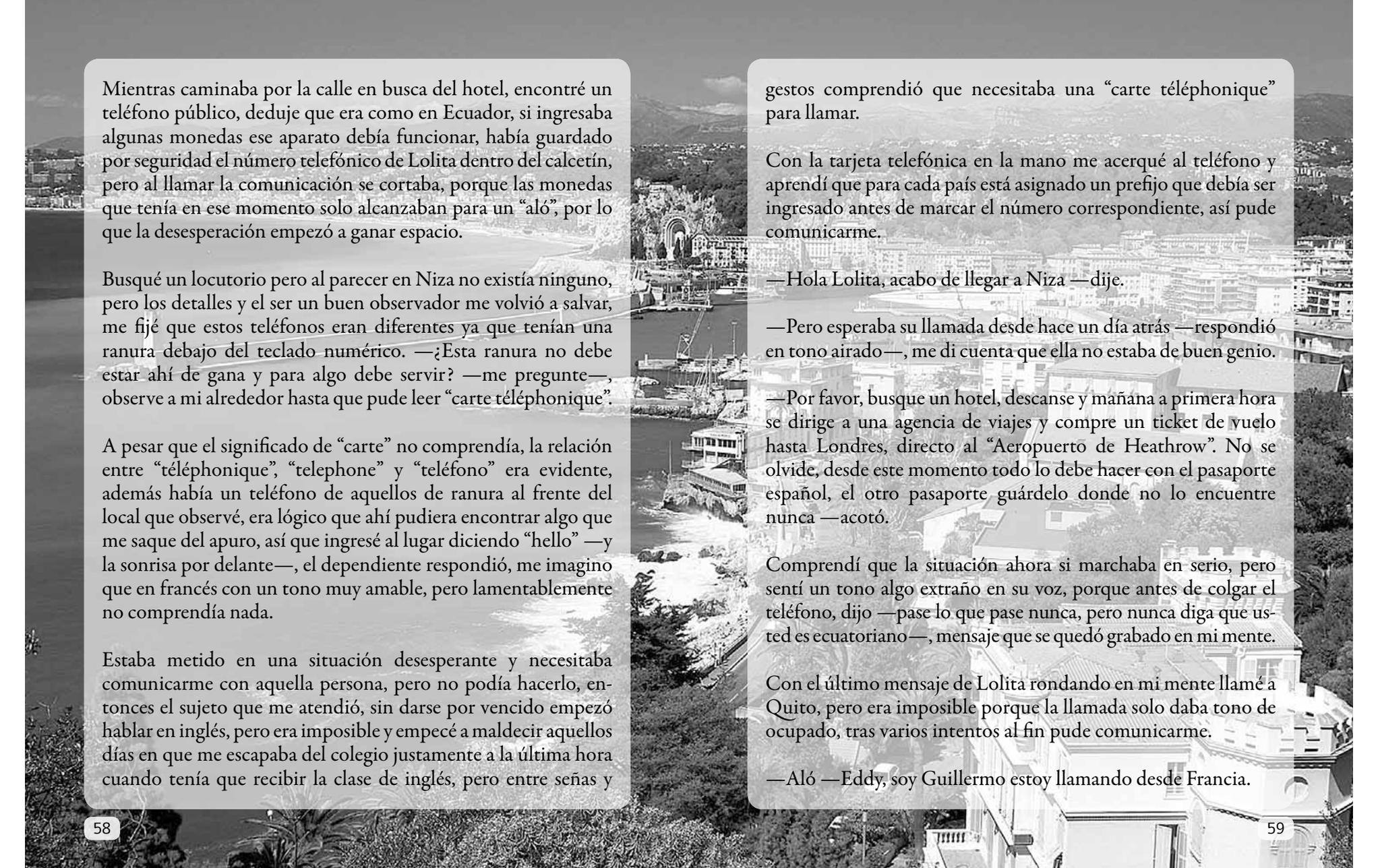
La “Gare de Montpellier” daba la acogida al tren y era imposible pensar “pasar de largo”, así que opté por hacer una parada

“obligatoria” y tuve la oportunidad de conocer lugares tan hermosos de esta ciudad como su centro histórico, el Arco del Triunfo, la Catedral de San Pedro y el Acueducto de San Clemente.

Después de un merecido descanso me dirigí hasta la estación para embarcarme nuevamente en el eurail, además comprendí que no habría problema para avanzar hasta Niza, porque era cuestión de seguirles el “ritmo” a los europeos, pequeños detalles como, comprar el diario o cualquier revista en la estación, un envase con agua para beber, cigarrillos, encendedor, recostarse a todo placer sobre alguna banca en la estación de tren.

También, comprendí que el dato estaba en ser muy observador con el desenvolvimiento que ellos tienen e imitar sus gestos y tener una gran sonrisa dibujada en el rostro a pesar de no comprender lo que decían, pero con un gesto de felicidad gané mucho, así continuamos por Nimes, Avignon, Marsella, Toulon, San Rapahel, Cannes y Niza.

Un majestuoso mar de color celeste se mostraba frente a mis ojos, un verdadero destino turístico, el eurail hacía su arribo a “Gare de Nice-Ville”, el olor a mar era distinto porque el mediterráneo estaba presente, la oportunidad de pasear en taxi por el “Paseo de los Ingleses” no se podía desperdiciar, pero el viaje en tren fue extenuante por lo que necesitaba descansar y comunicarme con Lolita para recibir instrucciones, también precisaba llamar a Quito para informar a mis padres que había llegado a Niza sin ningún inconveniente y luego buscar un hotel para reposar.



Mientras caminaba por la calle en busca del hotel, encontré un teléfono público, deduje que era como en Ecuador, si ingresaba algunas monedas ese aparato debía funcionar, había guardado por seguridad el número telefónico de Lolita dentro del calzetín, pero al llamar la comunicación se cortaba, porque las monedas que tenía en ese momento solo alcanzaban para un “aló”, por lo que la desesperación empezó a ganar espacio.

Busqué un locutorio pero al parecer en Niza no existía ninguno, pero los detalles y el ser un buen observador me volvió a salvar, me fijé que estos teléfonos eran diferentes ya que tenían una ranura debajo del teclado numérico. —¿Esta ranura no debe estar ahí de gana y para algo debe servir? —me pregunte—, observe a mi alrededor hasta que pude leer “carte téléphonique”.

A pesar que el significado de “carte” no comprendía, la relación entre “téléphonique”, “telephone” y “teléfono” era evidente, además había un teléfono de aquellos de ranura al frente del local que observé, era lógico que ahí pudiera encontrar algo que me saque del apuro, así que ingresé al lugar diciendo “hello” —y la sonrisa por delante—, el dependiente respondió, me imagino que en francés con un tono muy amable, pero lamentablemente no comprendía nada.

Estaba metido en una situación desesperante y necesitaba comunicarme con aquella persona, pero no podía hacerlo, entonces el sujeto que me atendió, sin darse por vencido empezó hablar en inglés, pero era imposible y empecé a maldecir aquellos días en que me escapaba del colegio justamente a la última hora cuando tenía que recibir la clase de inglés, pero entre señas y

gestos comprendió que necesitaba una “carte téléphonique” para llamar.

Con la tarjeta telefónica en la mano me acerqué al teléfono y aprendí que para cada país está asignado un prefijo que debía ser ingresado antes de marcar el número correspondiente, así pude comunicarme.

—Hola Lolita, acabo de llegar a Niza —dije.

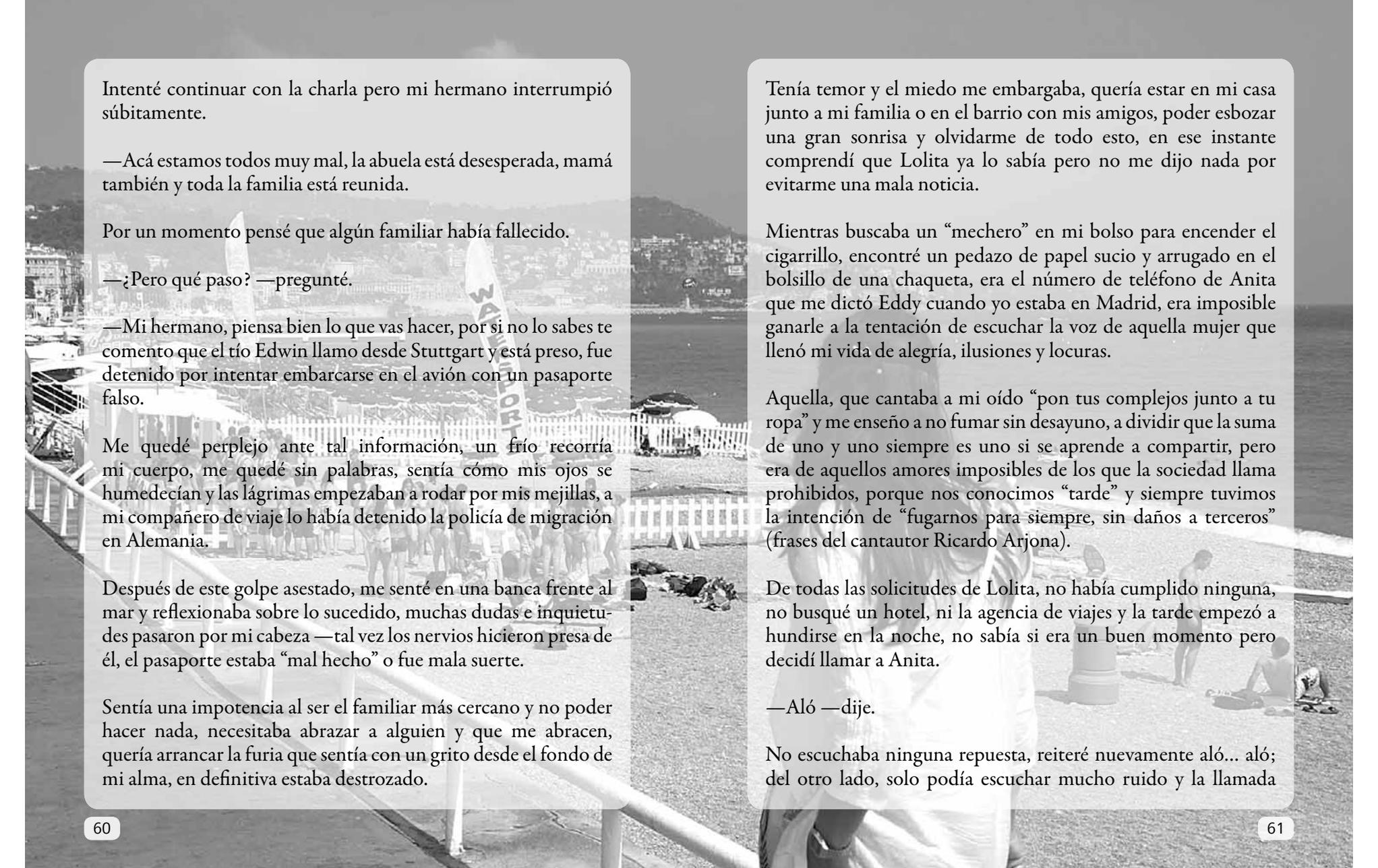
—Pero esperaba su llamada desde hace un día atrás —respondió en tono airado—, me di cuenta que ella no estaba de buen genio.

—Por favor, busque un hotel, descanse y mañana a primera hora se dirige a una agencia de viajes y compre un ticket de vuelo hasta Londres, directo al “Aeropuerto de Heathrow”. No se olvide, desde este momento todo lo debe hacer con el pasaporte español, el otro pasaporte guárdelo donde no lo encuentre nunca —acotó.

Comprendí que la situación ahora si marchaba en serio, pero sentí un tono algo extraño en su voz, porque antes de colgar el teléfono, dijo —pase lo que pase nunca, pero nunca diga que usted es ecuatoriano—, mensaje que se quedó grabado en mi mente.

Con el último mensaje de Lolita rondando en mi mente llamé a Quito, pero era imposible porque la llamada solo daba tono de ocupado, tras varios intentos al fin pude comunicarme.

—Aló —Eddy, soy Guillermo estoy llamando desde Francia.



Intenté continuar con la charla pero mi hermano interrumpió súbitamente.

—Acá estamos todos muy mal, la abuela está desesperada, mamá también y toda la familia está reunida.

Por un momento pensé que algún familiar había fallecido.

—¿Pero qué paso? —pregunté.

—Mi hermano, piensa bien lo que vas hacer, por si no lo sabes te comento que el tío Edwin llamo desde Stuttgart y está preso, fue detenido por intentar embarcarse en el avión con un pasaporte falso.

Me quedé perplejo ante tal información, un frío recorría mi cuerpo, me quedé sin palabras, sentía cómo mis ojos se humedecían y las lágrimas empezaban a rodar por mis mejillas, a mi compañero de viaje lo había detenido la policía de migración en Alemania.

Después de este golpe asestado, me senté en una banca frente al mar y reflexionaba sobre lo sucedido, muchas dudas e inquietudes pasaron por mi cabeza —tal vez los nervios hicieron presa de él, el pasaporte estaba “mal hecho” o fue mala suerte.

Sentía una impotencia al ser el familiar más cercano y no poder hacer nada, necesitaba abrazar a alguien y que me abracen, quería arrancar la furia que sentía con un grito desde el fondo de mi alma, en definitiva estaba destrozado.

Tenía temor y el miedo me embargaba, quería estar en mi casa junto a mi familia o en el barrio con mis amigos, poder esbozar una gran sonrisa y olvidarme de todo esto, en ese instante comprendí que Lolita ya lo sabía pero no me dijo nada por evitarme una mala noticia.

Mientras buscaba un “mechero” en mi bolso para encender el cigarrillo, encontré un pedazo de papel sucio y arrugado en el bolsillo de una chaqueta, era el número de teléfono de Anita que me dictó Eddy cuando yo estaba en Madrid, era imposible ganarle a la tentación de escuchar la voz de aquella mujer que llenó mi vida de alegría, ilusiones y locuras.

Aquella, que cantaba a mi oído “pon tus complejos junto a tu ropa” y me enseñó a no fumar sin desayuno, a dividir que la suma de uno y uno siempre es uno si se aprende a compartir, pero era de aquellos amores imposibles de los que la sociedad llama prohibidos, porque nos conocimos “tarde” y siempre tuvimos la intención de “fugarnos para siempre, sin daños a terceros” (frases del cantautor Ricardo Arjona).

De todas las solicitudes de Lolita, no había cumplido ninguna, no busqué un hotel, ni la agencia de viajes y la tarde empezó a hundirse en la noche, no sabía si era un buen momento pero decidí llamar a Anita.

—Aló —dije.

No escuchaba ninguna repuesta, reiteré nuevamente aló... aló; del otro lado, solo podía escuchar mucho ruido y la llamada

telefónica se cortó, entonces decidí marcar el número de teléfono por última vez y con un —“Ciao”— me dio la bienvenida.

Me parecía una utopía, llamaba a saludar y al escuchar “chao” me confundí, sentía que me despedía sin razón pero definitivamente era ella, su tono de voz empezó a recorrer por todo mi cuerpo y el corazón ya no encajaba en el pecho.

Ella estaba ahí, al otro lado del teléfono.

—¿Me puede escuchar? —soy Guillermo.

—¡Claro que puedo, pensé que nunca iba a llamar! —exclamó.

Aún no podía creerlo después de tanto tiempo estaba hablando con ella pero el típico cuestionario empezó.

—¿Cómo está?

—¿Dónde está?

—¿Cuándo llegó?

—¿Cuándo regresa a Ecuador o se queda por acá?

No atinaba a responder tanta pregunta a la vez y peor por teléfono, por lo que respondí.

—Estoy en la ciudad de Niza en Francia y la verdad estoy muy mal —respondí.

Entonces, ella preguntó de una “manera cómplice”.

—¿Y... está solo? —como conjugando la complicidad.

—Sí, estoy solo, —llegué con mi tío a Europa, pero ahora él está preso en Alemania.

Sin más cuestionamientos dijo:

—Tome un tren y venga para Bolzano.

—¿Bolzano, pero donde queda y como llego hasta allá?

Y con su típico buen humor y jocosidad respondió.

—Y cómo llegó desde Madrid a Niza pues mijito, —¡así igualito!

La respuesta fue evidente tenía que embarcarme de nuevo en el euraíl, había escuchado de otras ciudades de Europa pero Bolzano nunca, además ya no era importante saber si estaba cerca o lejos, lo importe es que ella vive ahí y me invitó a ir para aquel lugar. La decisión no era fácil, porque al siguiente día me embarcaría en avión para Londres o tomaría el tren a Bolzano, así que después del susto y la depresión que sentía por lo sucedido con mi tío Edwin, me decidí por la segunda opción.

En las primeras horas de la mañana partía el tren que me llevaría hacia mi destino, así que aproveché el tiempo en buscar un hotel para descansar, bañarme y dejar de pensar en la realidad de mi tío, aunque la conciencia me mataba por abandonarlo a su



suerte pero debía avanzar. Al día siguiente me embarqué rumbo a Bolzano para continuar con la aventura.

El Principado de Mónaco se vislumbraba a la lejos, una bella ciudad, la playa de color azul y su castillo son postales imborrables de mi memoria, pero solo pude observar desde el tren porque el tiempo fue corto.

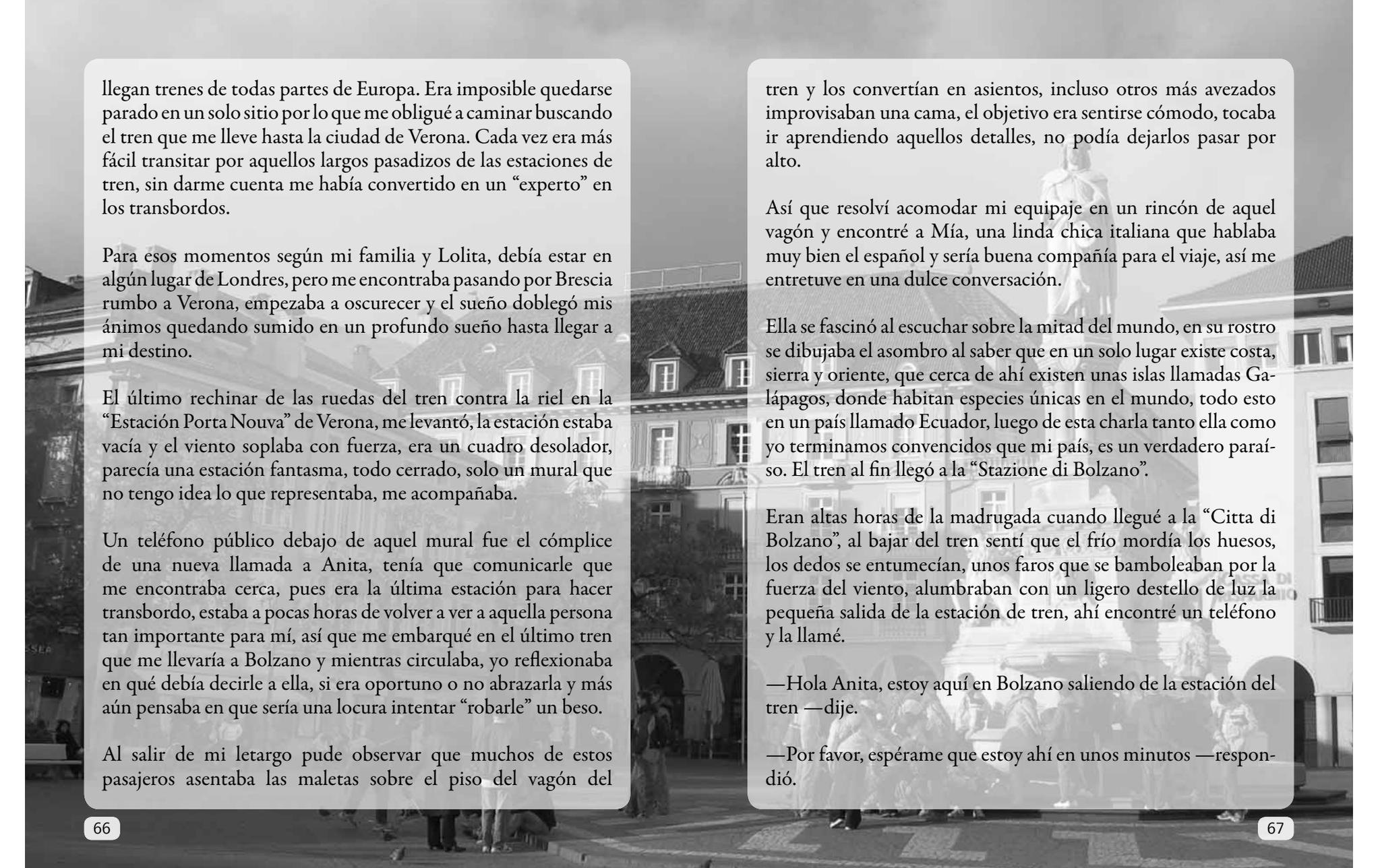
## Capítulo 5

### Italia parada obligada

**A**l llegar a Ventimiglia, la ciudad fronteriza entre Francia e Italia me sorprendí porque nadie paró el tren, tampoco revisaron documentos, nadie hizo requisas y lo mejor de todo, no hubo preguntas pero había una cantidad de “polizias” en las estaciones de tren, sin mucho esfuerzo ya estaba en territorio italiano.

El tren avanzó por San Remo, Savona y llegamos hasta Génova, una ciudad llena de historia, con características medievales y tecnología fusionados en un solo lugar, autopistas y castillos juntos en un mismo paisaje, faros y edificios compartiendo el mismo espacio aéreo, el medio evo podía sentirse en el ambiente, así que luego de un largo trayecto llegué hasta “Milano Centrale”, la estación del eurail en la ciudad de Milán, una de las más gigantes de Europa.

Al abandonar el tren se observa cientos de pasillos por todos lados, muchas plataformas de salida y arribo de trenes pero la concentración de la gente en un mismo lugar era sorprendente,



llegan trenes de todas partes de Europa. Era imposible quedarse parado en un solo sitio por lo que me obligué a caminar buscando el tren que me lleve hasta la ciudad de Verona. Cada vez era más fácil transitar por aquellos largos pasadizos de las estaciones de tren, sin darme cuenta me había convertido en un “experto” en los transbordos.

Para esos momentos según mi familia y Lolita, debía estar en algún lugar de Londres, pero me encontraba pasando por Brescia rumbo a Verona, empezaba a oscurecer y el sueño doblegó mis ánimos quedando sumido en un profundo sueño hasta llegar a mi destino.

El último rechinar de las ruedas del tren contra la riel en la “Estación Porta Nouva” de Verona, me levantó, la estación estaba vacía y el viento soplaba con fuerza, era un cuadro desolador, parecía una estación fantasma, todo cerrado, solo un mural que no tengo idea lo que representaba, me acompañaba.

Un teléfono público debajo de aquel mural fue el cómplice de una nueva llamada a Anita, tenía que comunicarle que me encontraba cerca, pues era la última estación para hacer transbordo, estaba a pocas horas de volver a ver a aquella persona tan importante para mí, así que me embarqué en el último tren que me llevaría a Bolzano y mientras circulaba, yo reflexionaba en qué debía decirle a ella, si era oportuno o no abrazarla y más aún pensaba en que sería una locura intentar “robarle” un beso.

Al salir de mi letargo pude observar que muchos de estos pasajeros asentaba las maletas sobre el piso del vagón del

tren y los convertían en asientos, incluso otros más avezados improvisaban una cama, el objetivo era sentirse cómodo, tocaba ir aprendiendo aquellos detalles, no podía dejarlos pasar por alto.

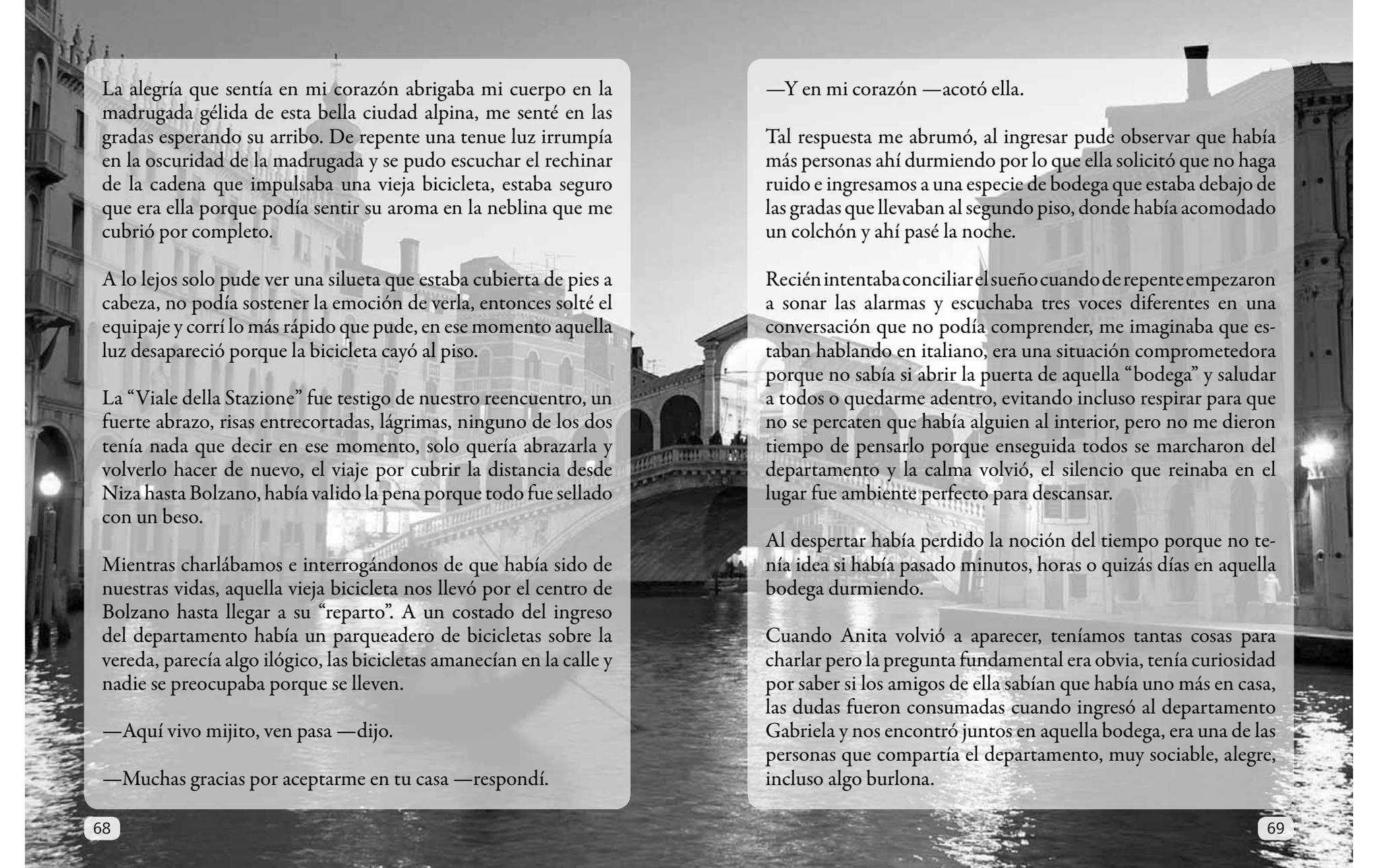
Así que resolví acomodar mi equipaje en un rincón de aquel vagón y encontré a Mía, una linda chica italiana que hablaba muy bien el español y sería buena compañía para el viaje, así me entretuve en una dulce conversación.

Ella se fascinó al escuchar sobre la mitad del mundo, en su rostro se dibujaba el asombro al saber que en un solo lugar existe costa, sierra y oriente, que cerca de ahí existen unas islas llamadas Galápagos, donde habitan especies únicas en el mundo, todo esto en un país llamado Ecuador, luego de esta charla tanto ella como yo terminamos convencidos que mi país, es un verdadero paraíso. El tren al fin llegó a la “Stazione di Bolzano”.

Eran altas horas de la madrugada cuando llegué a la “Citta di Bolzano”, al bajar del tren sentí que el frío mordía los huesos, los dedos se entumecían, unos faros que se bamboleaban por la fuerza del viento, alumbraban con un ligero destello de luz la pequeña salida de la estación de tren, ahí encontré un teléfono y la llamé.

—Hola Anita, estoy aquí en Bolzano saliendo de la estación del tren —dije.

—Por favor, espérame que estoy ahí en unos minutos —respondió.



La alegría que sentía en mi corazón abrigaba mi cuerpo en la madrugada gélida de esta bella ciudad alpina, me senté en las gradas esperando su arribo. De repente una tenue luz irrumpía en la oscuridad de la madrugada y se pudo escuchar el rechinar de la cadena que impulsaba una vieja bicicleta, estaba seguro que era ella porque podía sentir su aroma en la neblina que me cubrió por completo.

A lo lejos solo pude ver una silueta que estaba cubierta de pies a cabeza, no podía sostener la emoción de verla, entonces solté el equipaje y corrí lo más rápido que pude, en ese momento aquella luz desapareció porque la bicicleta cayó al piso.

La “Viale della Stazione” fue testigo de nuestro reencuentro, un fuerte abrazo, risas entrecortadas, lágrimas, ninguno de los dos tenía nada que decir en ese momento, solo quería abrazarla y volverlo hacer de nuevo, el viaje por cubrir la distancia desde Niza hasta Bolzano, había valido la pena porque todo fue sellado con un beso.

Mientras charlábamos e interrogándonos de que había sido de nuestras vidas, aquella vieja bicicleta nos llevó por el centro de Bolzano hasta llegar a su “reparto”. A un costado del ingreso del departamento había un parqueadero de bicicletas sobre la vereda, parecía algo ilógico, las bicicletas amanecían en la calle y nadie se preocupaba porque se lleven.

—Aquí vivo mijito, ven pasa —dijo.

—Muchas gracias por aceptarme en tu casa —respondí.

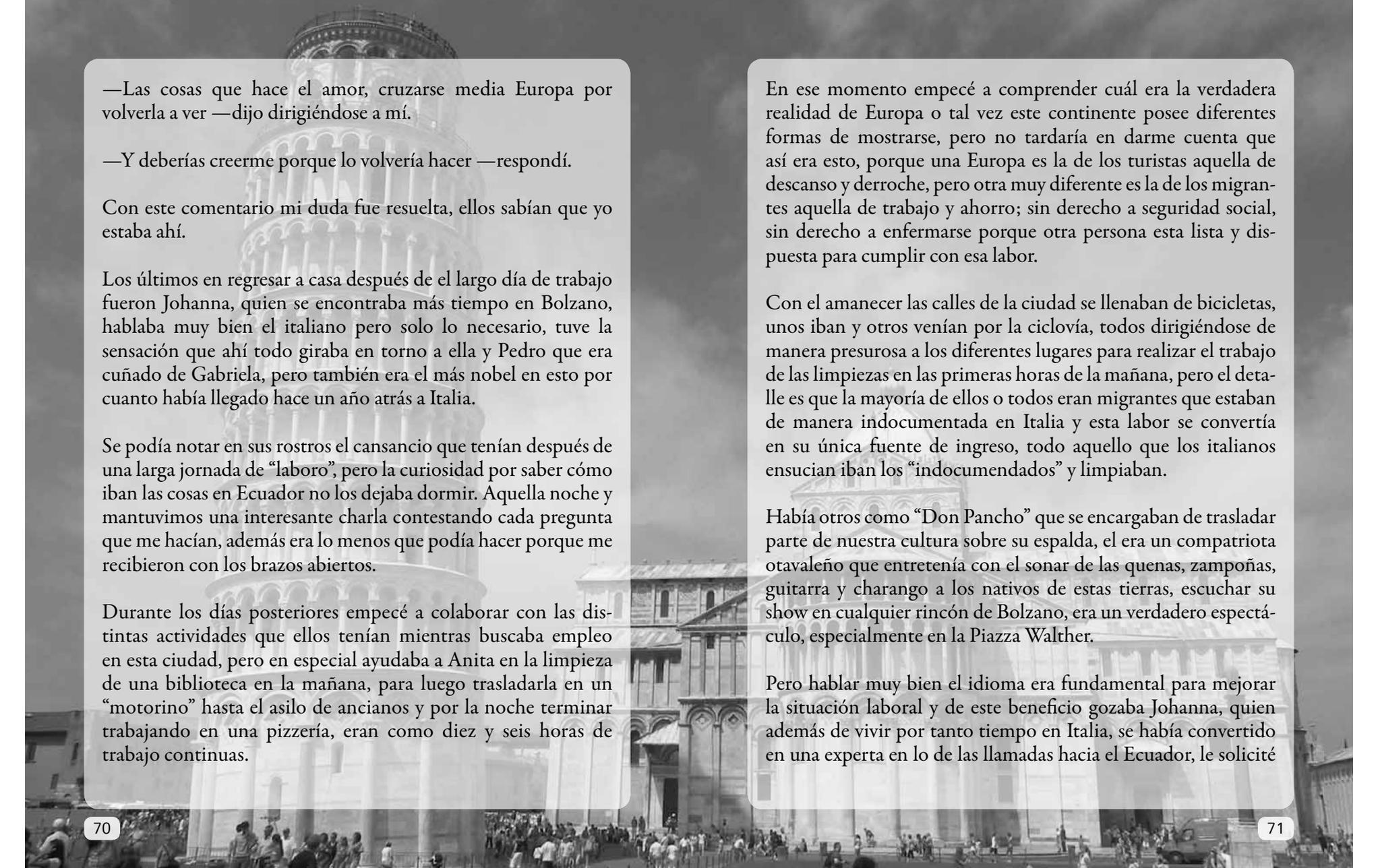
—Y en mi corazón —acotó ella.

Tal respuesta me abrumó, al ingresar pude observar que había más personas ahí durmiendo por lo que ella solicitó que no haga ruido e ingresamos a una especie de bodega que estaba debajo de las gradas que llevaban al segundo piso, donde había acomodado un colchón y ahí pasé la noche.

Recién intentaba conciliar el sueño cuando de repente empezaron a sonar las alarmas y escuchaba tres voces diferentes en una conversación que no podía comprender, me imaginaba que estaban hablando en italiano, era una situación comprometedor porque no sabía si abrir la puerta de aquella “bodega” y saludar a todos o quedarme adentro, evitando incluso respirar para que no se percaten que había alguien al interior, pero no me dieron tiempo de pensarlo porque enseguida todos se marcharon del departamento y la calma volvió, el silencio que reinaba en el lugar fue ambiente perfecto para descansar.

Al despertar había perdido la noción del tiempo porque no tenía idea si había pasado minutos, horas o quizás días en aquella bodega durmiendo.

Cuando Anita volvió a aparecer, teníamos tantas cosas para charlar pero la pregunta fundamental era obvia, tenía curiosidad por saber si los amigos de ella sabían que había uno más en casa, las dudas fueron consumadas cuando ingresó al departamento Gabriela y nos encontró juntos en aquella bodega, era una de las personas que compartía el departamento, muy sociable, alegre, incluso algo burlona.



—Las cosas que hace el amor, cruzarse media Europa por volverla a ver —dijo dirigiéndose a mí.

—Y deberías creerme porque lo volvería hacer —respondí.

Con este comentario mi duda fue resuelta, ellos sabían que yo estaba ahí.

Los últimos en regresar a casa después de el largo día de trabajo fueron Johanna, quien se encontraba más tiempo en Bolzano, hablaba muy bien el italiano pero solo lo necesario, tuve la sensación que ahí todo giraba en torno a ella y Pedro que era cuñado de Gabriela, pero también era el más noble en esto por cuanto había llegado hace un año atrás a Italia.

Se podía notar en sus rostros el cansancio que tenían después de una larga jornada de “laboro”, pero la curiosidad por saber cómo iban las cosas en Ecuador no los dejaba dormir. Aquella noche y mantuvimos una interesante charla contestando cada pregunta que me hacían, además era lo menos que podía hacer porque me recibieron con los brazos abiertos.

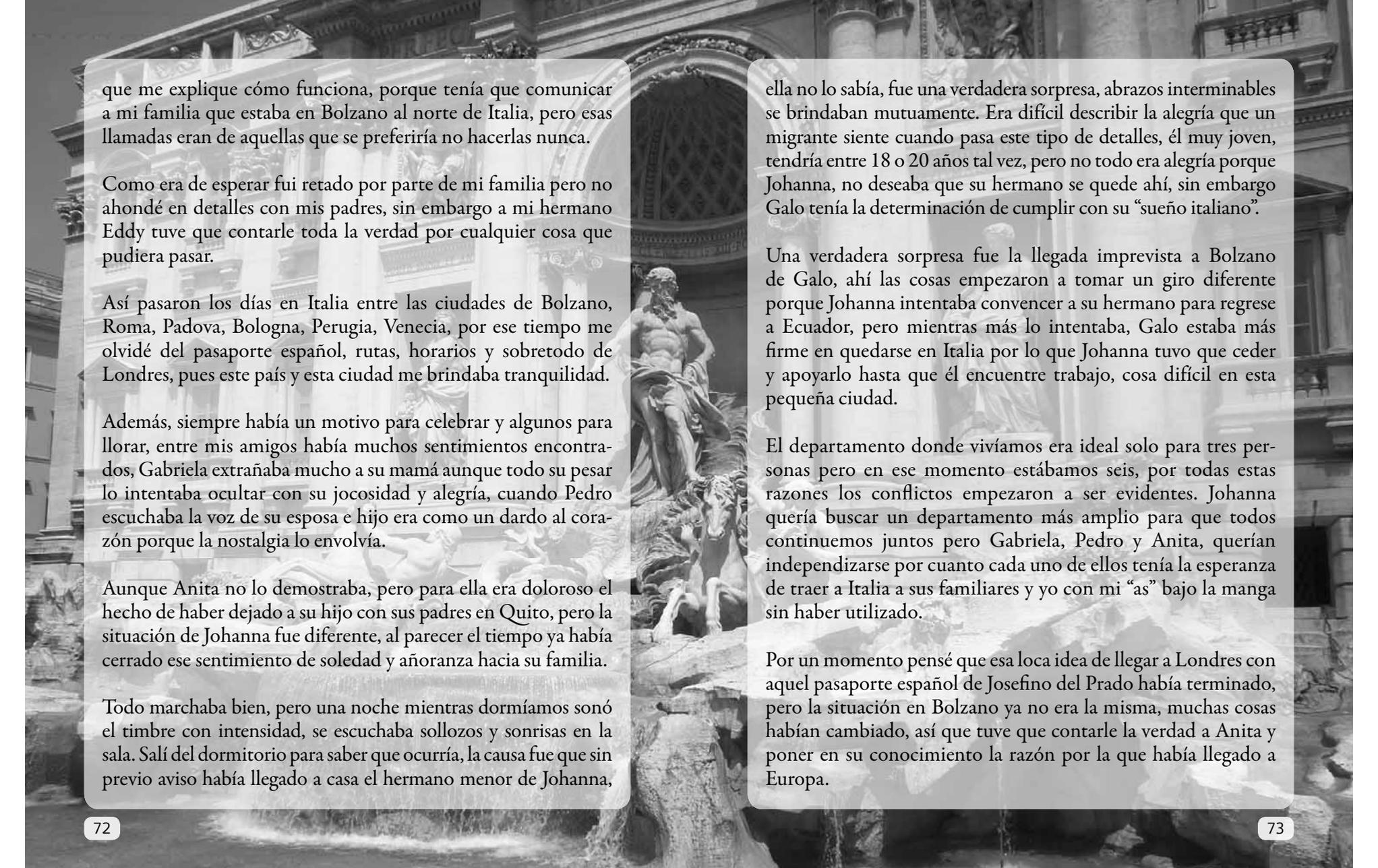
Durante los días posteriores empecé a colaborar con las distintas actividades que ellos tenían mientras buscaba empleo en esta ciudad, pero en especial ayudaba a Anita en la limpieza de una biblioteca en la mañana, para luego trasladarla en un “motorino” hasta el asilo de ancianos y por la noche terminar trabajando en una pizzería, eran como diez y seis horas de trabajo continuas.

En ese momento empecé a comprender cuál era la verdadera realidad de Europa o tal vez este continente posee diferentes formas de mostrarse, pero no tardaría en darme cuenta que así era esto, porque una Europa es la de los turistas aquella de descanso y derroche, pero otra muy diferente es la de los migrantes aquella de trabajo y ahorro; sin derecho a seguridad social, sin derecho a enfermarse porque otra persona esta lista y dispuesta para cumplir con esa labor.

Con el amanecer las calles de la ciudad se llenaban de bicicletas, unos iban y otros venían por la ciclovía, todos dirigiéndose de manera presurosa a los diferentes lugares para realizar el trabajo de las limpiezas en las primeras horas de la mañana, pero el detalle es que la mayoría de ellos o todos eran migrantes que estaban de manera indocumentada en Italia y esta labor se convertía en su única fuente de ingreso, todo aquello que los italianos ensucian iban los “indocumentados” y limpiaban.

Había otros como “Don Pancho” que se encargaban de trasladar parte de nuestra cultura sobre su espalda, el era un compatriota otavaleño que entretenía con el sonar de las queñas, zampoñas, guitarra y charango a los nativos de estas tierras, escuchar su show en cualquier rincón de Bolzano, era un verdadero espectáculo, especialmente en la Piazza Walther.

Pero hablar muy bien el idioma era fundamental para mejorar la situación laboral y de este beneficio gozaba Johanna, quien además de vivir por tanto tiempo en Italia, se había convertido en una experta en lo de las llamadas hacia el Ecuador, le solicité



que me explique cómo funciona, porque tenía que comunicar a mi familia que estaba en Bolzano al norte de Italia, pero esas llamadas eran de aquellas que se preferiría no hacerlas nunca.

Como era de esperar fui retado por parte de mi familia pero no ahondé en detalles con mis padres, sin embargo a mi hermano Eddy tuve que contarle toda la verdad por cualquier cosa que pudiera pasar.

Así pasaron los días en Italia entre las ciudades de Bolzano, Roma, Padova, Bologna, Perugia, Venecia, por ese tiempo me olvidé del pasaporte español, rutas, horarios y sobretodo de Londres, pues este país y esta ciudad me brindaba tranquilidad.

Además, siempre había un motivo para celebrar y algunos para llorar, entre mis amigos había muchos sentimientos encontrados, Gabriela extrañaba mucho a su mamá aunque todo su pesar lo intentaba ocultar con su jocosidad y alegría, cuando Pedro escuchaba la voz de su esposa e hijo era como un dardo al corazón porque la nostalgia lo envolvía.

Aunque Anita no lo demostraba, pero para ella era doloroso el hecho de haber dejado a su hijo con sus padres en Quito, pero la situación de Johanna fue diferente, al parecer el tiempo ya había cerrado ese sentimiento de soledad y añoranza hacia su familia.

Todo marchaba bien, pero una noche mientras dormíamos sonó el timbre con intensidad, se escuchaba sollozos y sonrisas en la sala. Salí del dormitorio para saber que ocurría, la causa fue que sin previo aviso había llegado a casa el hermano menor de Johanna,

ella no lo sabía, fue una verdadera sorpresa, abrazos interminables se brindaban mutuamente. Era difícil describir la alegría que un migrante siente cuando pasa este tipo de detalles, él muy joven, tendría entre 18 o 20 años tal vez, pero no todo era alegría porque Johanna, no deseaba que su hermano se quede ahí, sin embargo Galo tenía la determinación de cumplir con su “sueño italiano”.

Una verdadera sorpresa fue la llegada imprevista a Bolzano de Galo, ahí las cosas empezaron a tomar un giro diferente porque Johanna intentaba convencer a su hermano para regrese a Ecuador, pero mientras más lo intentaba, Galo estaba más firme en quedarse en Italia por lo que Johanna tuvo que ceder y apoyarlo hasta que él encuentre trabajo, cosa difícil en esta pequeña ciudad.

El departamento donde vivíamos era ideal solo para tres personas pero en ese momento estábamos seis, por todas estas razones los conflictos empezaron a ser evidentes. Johanna quería buscar un departamento más amplio para que todos continuemos juntos pero Gabriela, Pedro y Anita, querían independizarse por cuanto cada uno de ellos tenía la esperanza de traer a Italia a sus familiares y yo con mi “as” bajo la manga sin haber utilizado.

Por un momento pensé que esa loca idea de llegar a Londres con aquel pasaporte español de Josefino del Prado había terminado, pero la situación en Bolzano ya no era la misma, muchas cosas habían cambiado, así que tuve que contarle la verdad a Anita y poner en su conocimiento la razón por la que había llegado a Europa.

—Anita, mi objetivo es llegar a Londres con este documento —dije refiriéndome al pasaporte español—, entonces mientras más ahondaba en detalles su asombro aumentaba.

—¡Estás loco! —exclamó.

—Creo que sí —respondí.

Pero a la vez solicité guardar el secreto puesto que para mí era algo confidencial.

Después de contarle todo y con la motivación que me brindaba Anita, por ir en busca de mejores oportunidades y aprovechar la información que tenía en mi memoria, tomé nuevamente aquel documento entre mis manos, recogí la maleta y me embarque hacia Niza, sin antes pasar por la peluquería, comprar las lentillas de colores y el aro para la oreja izquierda.

Mientras me dirigía en tren hasta Niza, intenté recordar las últimas instrucciones que me dio Lolita, ir a una agencia de viajes y comprar un ticket de avión que me traslade hasta Londres específicamente al “Aeropuerto de Heathrow”, circunstancia nada complicada porque la persona de la agencia de viajes tomó los datos del pasaporte, el dinero, sin hacer preguntas y me entregó el boleto de avión.

Después, busqué un hotel para pasar la noche pero no podía dormir, aún sentía temor por hacer algo que evidentemente estaba mal pero no tenía ninguna salida, la encrucijada aún continuaba, era mi única y última oportunidad.

Al siguiente día tomé un taxi desde el hotel hasta el “Aeropuerto Internacional de Niza Costa Azul”, un verdadero lujo de aeropuerto, sus inmensos vitrales reflejaban la llegada del taxi en que viajaba hasta aquel lugar, el ambiente era sensacional pero debía proceder con cautela, entonces encendí un cigarrillo.

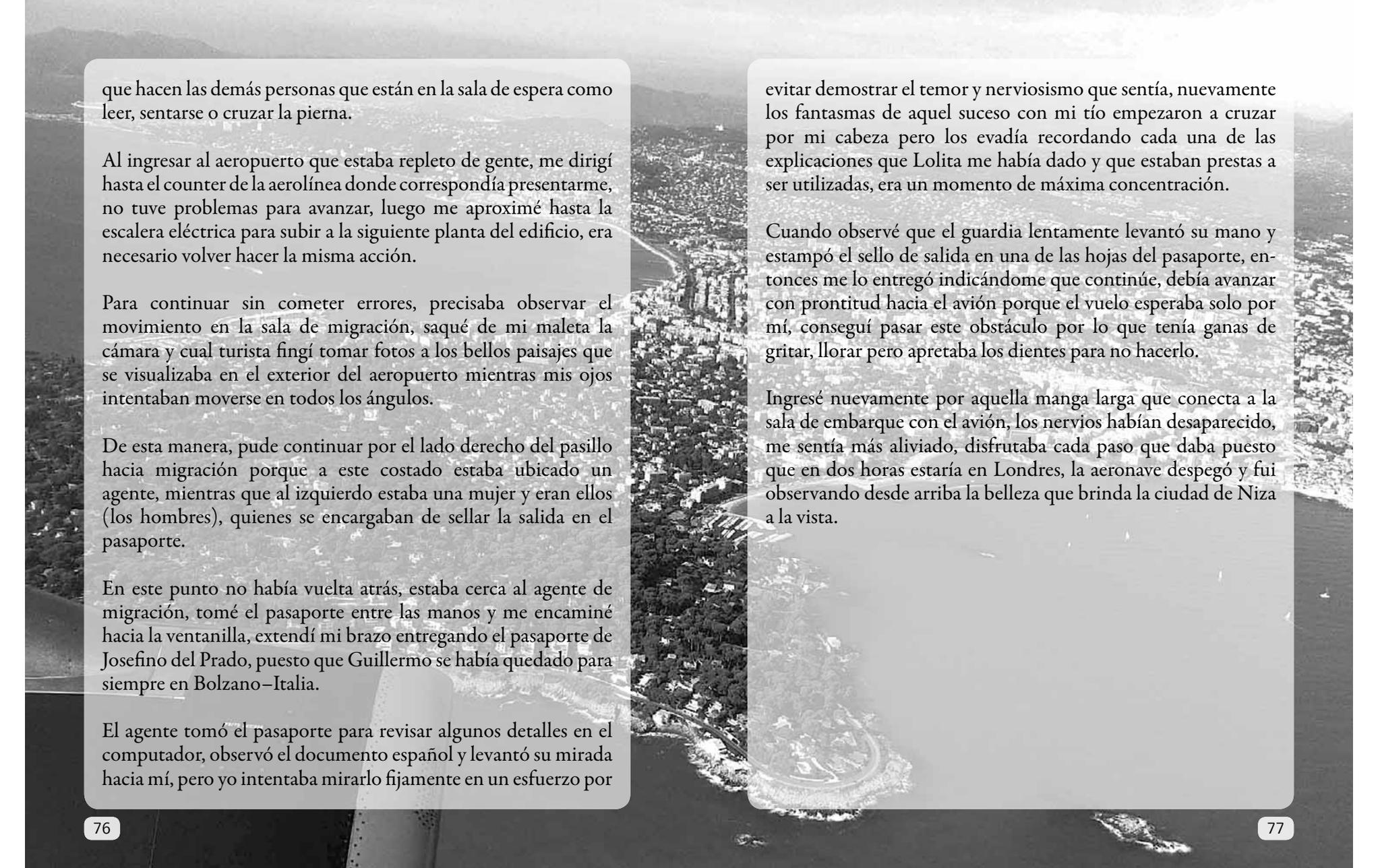
Mientras observaba el movimiento dentro del aeropuerto, intenté obtener la mayor cantidad de información visual para evitar hacer cualquier pregunta como.

—¿Dónde está migración? —¿Por donde tengo que dirigirme? —¿Qué documentos debía presentar?, puesto que mi español latino o mi inglés mal pronunciado no me ayudaban.

El detalle positivo de todo esto consistía en que era una ventaja que los europeos se hayan preocupado por poner señalización a todo por lo que fue fácil ubicar “départ international” tenía pocos minutos para pasar por migración y llegar hasta la sala de embarque.

Eran oportunos los consejos de Lolita y las experiencias por las que había pasado, que para no olvidar los apunté en una libreta, mientras leía pude recordar detalles como llevar alguna revista o periódico para leer, no mirar al piso, caminar con soltura, usar gafas para mirar hacia otro lado con más discreción.

Si encuentro un hombre y una mujer en migración evitar pasar por donde está ubicada la mujer porque ellas son propensas a hacer más preguntas de las debidas, es mejor pasar por donde está ubicado el hombre, procurar imitar algunas de las acciones



que hacen las demás personas que están en la sala de espera como leer, sentarse o cruzar la pierna.

Al ingresar al aeropuerto que estaba repleto de gente, me dirigí hasta el counter de la aerolínea donde correspondía presentarme, no tuve problemas para avanzar, luego me aproximé hasta la escalera eléctrica para subir a la siguiente planta del edificio, era necesario volver hacer la misma acción.

Para continuar sin cometer errores, precisaba observar el movimiento en la sala de migración, saqué de mi maleta la cámara y cual turista fingí tomar fotos a los bellos paisajes que se visualizaba en el exterior del aeropuerto mientras mis ojos intentaban moverse en todos los ángulos.

De esta manera, pude continuar por el lado derecho del pasillo hacia migración porque a este costado estaba ubicado un agente, mientras que al izquierdo estaba una mujer y eran ellos (los hombres), quienes se encargaban de sellar la salida en el pasaporte.

En este punto no había vuelta atrás, estaba cerca al agente de migración, tomé el pasaporte entre las manos y me encaminé hacia la ventanilla, extendí mi brazo entregando el pasaporte de Josefino del Prado, puesto que Guillermo se había quedado para siempre en Bolzano-Italia.

El agente tomó el pasaporte para revisar algunos detalles en el computador, observó el documento español y levantó su mirada hacia mí, pero yo intentaba mirarlo fijamente en un esfuerzo por

evitar demostrar el temor y nerviosismo que sentía, nuevamente los fantasmas de aquel suceso con mi tío empezaron a cruzar por mi cabeza pero los evadía recordando cada una de las explicaciones que Lolita me había dado y que estaban prestas a ser utilizadas, era un momento de máxima concentración.

Cuando observé que el guardia lentamente levantó su mano y estampó el sello de salida en una de las hojas del pasaporte, entonces me lo entregó indicándome que continúe, debía avanzar con prontitud hacia el avión porque el vuelo esperaba solo por mí, conseguí pasar este obstáculo por lo que tenía ganas de gritar, llorar pero apretaba los dientes para no hacerlo.

Ingresé nuevamente por aquella manga larga que conecta a la sala de embarque con el avión, los nervios habían desaparecido, me sentía más aliviado, disfrutaba cada paso que daba puesto que en dos horas estaría en Londres, la aeronave despegó y fui observando desde arriba la belleza que brinda la ciudad de Niza a la vista.

## Capítulo 6

# A las puertas del Reino Unido

**L**uego de algún tiempo de vuelo la aeronave estaba sobre el “Aeropuerto de Heathrow”, era difícil de creer, había visto algunos aeropuertos pero esto era una ciudad “hecha aeropuerto”. El avión aterrizó sobre suelo británico y desembarcamos, un bus nos esperaba para trasladarnos hasta el lugar donde estaban ubicadas las oficinas de migración, la frase me repetía la memoria “no despegarse de los europeos”,.

Así, me junté a uno de ellos y continúe caminando por aquel andén de color azul intentando no perderle la pista, al final del pasillo pude observar la insignia de la comunidad europea y estaba seguro que iba por buen camino.

Aquí todo iba muy rápido, puesto que no existía la posibilidad de tomar una foto o encender un cigarrillo para observar como era el movimiento, por lo que intenté ocultarme y pasar desapercibido entre los demás, así pude advertir que había muchos agentes de migración regados por todo lado, cámaras de seguridad por doquier, canes amaestrados.

Entre tanta incertidumbre, pude notar que las personas que iban por delante de mi, solo sostenían el pasaporte entre sus manos y abrían la credencial en la página donde estaba ubicada la foto con los datos, de esta forma pasaban por delante del agente de migración, hice lo mismo y pase sin problema.

Avancé hasta una zona inmensa por donde desfilaba el equipaje de los aviones que arriban, pero debía esperar por mi “bagaje” para retirarme de aquel sitio. La situación se volvía desesperante entre tanta multitud y cada uno de ellos intentando alcanzar sus respectivas maletas, pero mi concentración estaba dirigida en auscultar por donde era la salida de este lugar para “salir corriendo”.

Al fondo de aquel salón pude ubicar un símbolo que estaba representado por un círculo de color rojo con una línea horizontal de color azul que lo cruzaba por el medio y en ella decía “underground”, embarcarme en la línea “Picadilly” era el objetivo, según me explicó Lolita, pero tenía que cruzar el salón hasta el otro extremo.

Sujeté mi maleta y la retiré de aquella banda giratoria, la asenté sobre el piso y empecé a caminar con soltura, pero a medida que avanzaba hacia la salida comencé a apresurar el paso porque sentía desesperación por cruzar el umbral de aquella puerta hacia el exterior, estaba a pocos metros de conseguirlo, los pasos que me hacían falta podía contarlos con los dedos de la mano.

Todo cambió al sentir aquella mano sobre mi hombro, todo concluyó, los planes, sueños y anhelos sucumbieron, la decepción

ahogaba este momento de mi vida, levantaba mis ojos al cielo como buscando ayuda, una explicación o también resignación pero todo fue en vano, este fue el momento más cruel de esta aventura.

Aquellos tres agentes que se interpusieron entre la puerta de salida y yo, procedieron a detenerme, así tomaron posesión del pasaporte español y equipaje, me tomaron del brazo trasladándome hasta una oficina y me encerraron, no fue difícil distinguirlos de donde eran porque su acento los delataba, ella era española, otro mexicano y el último “boricua”, es decir todos comprendían y hablaban un fluido español aparte del idioma inglés.

El trabajo de ellos era “dar cacería” a diferentes personas del mundo que intentaban hacerse pasar por ciudadanos españoles para ingresar al Reino Unido, pero el objetivo de muchos migrantes indocumentados solo era buscar un futuro mejor para sus familias, una oportunidad de vida, el anhelo de alcanzar sus sueños e ilusiones que por circunstancias ajenas a ellos, su patria no estaba en posibilidades de ofrecerles.

El equipaje que llevaba conmigo lo colocaron sobre la mesa que había en la oficina y empezaron a sacar todo lo que había dentro, buscaban en cada uno de los bolsillos, introducían las manos por todos los rincones de la maleta, me imaginaba que el afán era saber si esta maleta tenía un “doble fondo” o algo así donde pudiera guardarse algo ilegal.

—Espera aquí y no te muevas —dijo el boricua.

Entonces el mexicano llegó con un can amaestrado y de acuerdo a las voces de mando que él daba al animal, este empezó a olfatear todo pero no encontraron absolutamente nada.

Los agentes se olvidaron de la maleta y empezaron a ocuparse de mí, la oficial española extendió su mano con un frasco para muestra y me solicitó que vaya hasta el baño, que estaba ubicado al fondo de la oficina y lo entregue lleno de orina. Me tranquilice porque intuí que ellos deseaban “asegurarse” si yo era una “mula”, como comúnmente se denomina a quienes transportan droga o algún estupefaciente, así que me dirigí hasta el aseo y procedí a llenar el recipiente para devolverlo al agente de migración, además no tenía nada que ocultar, inmediatamente ella preguntó:

—¿Deseas algo para beber?

Pero como ya me imaginaba cual era su duda, acepté.

—Por favor, que sea algo helado porque tengo sed.

Luego de refrescar la garganta el tipo con acento mexicano dijo:

—Por favor, tome asiento y póngase cómodo porque tiene que responder algunas preguntas.

—Gracias —respondí.

—Esto es algo de rutina y no tiene por qué preocuparse —acotó.

Pero la pregunta iba más allá de aquel ilógico y burdo cuestionario y la realizaban con insistencia.

—¿De dónde eres?, —dime ¿de dónde eres? —repetían con insistencia.

Fue el momento en que recurrí al silencio, convirtiéndose en mi mejor aliado, entonces las palabras de Lolita nuevamente vinieron a mi mente, responda absolutamente a todo con honestidad pero no estaba autorizado a decir que era de Ecuador porque en ese momento estaba perdido y sería el final de la travesía.

Luego de un momento llegaron los resultados de los exámenes de orina y los tres agentes se dieron cuenta que habían acertado en capturar a un migrante indocumentado, pero habían fallado en su intento por cazar una “mula” que lleve algo ilícito en el equipaje o dentro del organismo, el ceño de ira en sus rostros los delataba, estaban furiosos, se habían equivocado de “presa”, por lo que me dejaron solo por un momento en un gran salón y reflexionaba sobre la cantidad de personas que pasan por este lugar todos los días del año, cuyo “pecado” era buscar trabajo en tierra ajena.

Ese instante de meditación fue interrumpido por Johnny, la persona encargada de trasladar a los migrantes detenidos desde el aeropuerto hasta una prisión para migrantes indocumentados, junto con algunos documentos donde estaban mis huellas digitales, fotos, ticket de vuelo y el expediente que habían abierto.

Me embarcaron, cual vil delincuente, en un vehículo de la policía, sentía que las esposas estrangulaban mis manos, la baliza del patrullero giraba sin parar dando un tono azul y rojo a la escena de angustia.

Aquel personaje que me retiró del aeropuerto se sentó junto a mí, nunca comprendí cual era su intención, si cuidar de mí para que no me fugue o hacerme compañía porque al momento empezó una charla con su español mal pronunciado.

Entre conversación y conversación, pregunta y respuesta, apareció nuevamente aquella pregunta fundamental que buscaba una contestación para ser complementada.

—¿De dónde eres? —insistía.

Era definitivo, debía mantenerme concentrado porque primero lo intentaron por la mala, ahora lo intentaban por la buena pero opte por responder.

—No te comprendo.

Después de circular por algún tiempo en el patrullero, llegamos a ese lugar difícil de olvidar, la prisión de Polncrook, ingresamos por una pequeña puerta que ocultaba la amplitud que esta zona brindaba por adentro, en su interior había muchos detenidos, pero se podía notar que en su mayoría eran latinos, africanos y europeos del este. Todos nosotros caídos en desgracia, así que empezamos a caminar por un largo pasillo iluminado a “media luz” y a cada paso que daba, aparecía una nueva celda.

—Ingresa aquí —dijo un celador—, quedé encerrado entre cuatro paredes y con un destino incierto.

Las horas se hacían interminables en aquel calabozo pero al fin abrieron la puerta.

—Acompáñame —dijo el guardia.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—¡Solo sígueme, no preguntas! —respondió.

Me guió hacia el patio donde se encontraban todos los detenidos formados preparándose para pasar al comedor, en este lugar conocí a Didier según sus gestos y lo poco que comprendía intentaba explicarme que era francés, mientras que Nicolay dibujaba el mapa de Rusia sobre una servilleta y lo señalaba con su cuchara, por lo que deduje que intentaba explicarme que era ruso, en aquel momento comprendí lo importante de la mímica para comunicarse porque ninguno de nosotros hablaba un idioma en común.

Allí todos los días parecían ser los mismos, no había nada diferente por hacer, todo estaba mecanizado, en la mañana al desayuno en un gran comedor, luego pasábamos uno a uno, a la “entrevista” con un agente de migración, luego al almuerzo, posteriormente al patio a caminar, la cena y finalmente a dormir.

Era innegable el hecho que los detenidos habían sido bien instruidos por parte de los “coyoteros”, porque cada uno de no-



sotros sabíamos que no podíamos mencionar el país del que procedíamos, este detalle generaba incertidumbre entre los agentes de migración porque no tenían la seguridad de conocer hacia qué país enviarnos de vuelta, pero al parecer Didier era un tipo curtido en estos menesteres, con sus señas intentaba explicarme que no podían tenernos adentro por más de ochos días.

Una larga semana transcurrió para salir de aquel lugar. En el mismo patrullero y con el mismo conductor nos trasladaron al “Aeropuerto de Heathrow” para enviarnos de vuelta hasta la ciudad de Niza. Con esposas en las manos nos embarcaron, a Didier y a mí en el avión, pero era difícil ser objeto de murmullos y miradas acusadoras entre los pasajeros que viajaban en la aeronave, al arribar a la ciudad de Niza nos trasladaron en un patrullero hasta la estación de policía cercana, pasamos directamente hasta la oficina del comandante que con un fluido español solicitaba con insistencia la información.

—Por favor, dime de dónde eres —una y otra vez la misma pregunta.

Pero al no encontrar una respuesta positiva dijo:

—Te extenderé un “certificado” para que salgas de mi país máximo en 72 horas, caso contrario serás detenido y puesto a órdenes de la justicia francesa, —la pesadilla estaba por terminar.

También a Didier le extendieron un documento igual al mío, entonces salimos de la estación de policía y caminamos por un largo trayecto hasta llegar a la parada del eurail. Mientras

recorríamos las calles de Niza, él con sus gestos y pocas palabras en español intentaba explicarme lo difícil que es sobrevivir en la República del Congo.

Este era su verdadero país de origen, pero al llegar a la estación de tren, Didier se embarcó hacia París para volverlo a intentar, mientras yo no tenía idea hacia dónde dirigirme por lo que llamé a mi familia para buscar refugio, apoyo e ideas ya que la situación estaba complicada.

El problema no era salir de Francia, al contrario era hacia dónde ir sin pasaporte, con unos cuantos francos y un papel que me obligaba a salir de allí expulsado.

Tenía una sola opción que me sugirió mi madre.

—Llamé a Orlando y le comenté tu situación.

—¿Quién es él? —pregunté.

—Es un primo lejano que reside en España desde hace algún tiempo y esta legal —respondió mi madre.

Sin otra alternativa, no quedó más que comunicarme con él para solicitar su ayuda, así me embarqué de vuelta hasta Madrid, sin antes destruir aquel “certificado”, al llegar a la frontera entre España y Francia, la policía de migración española abordó el tren y me solicitó que baje del eurail por cuanto me encontraba indocumentado, no tenía un centavo en los bolsillos y además debía brindarles las explicaciones del caso.

No quedó otra que inventar una historia que había coordinado con Orlando y que además sea creíble, por lo que explique a los agentes que me encontraba de vacaciones en París y mientras tomaba algunas fotos alrededor de la torre Eiffel extravié mis documentos. Los agentes se miraban entre ellos con una sensación de duda pero inmediatamente actué y dije:

—Aquí tengo registrado el número de teléfono de mi primo, si ustedes desean llamen y confirmen mi versión.

Sin pérdida de tiempo llamaron a Orlando a preguntar mis datos, referencias y confirmar la historia que había inventado, tuve mucha suerte y pude continuar con el viaje hacia Madrid, mi situación era diferente a cuando llegué por primera vez a esta ciudad, porque adquirí mucha experiencia en esta travesía.

Como al inicio, nuevamente estaba en la estación de Atocha y Orlando esperándome afuera para llevarme hasta el piso donde vivía y apenas me vio preguntó:

—¿Cómo es eso que se van a Londres con un documento español?

—Disculpa primo, pero no sé de qué me hablas —respondí.

Sin más comentarios nos trasladamos hasta la estación de metro “Colombia” encontrándome nuevamente con la difícil realidad de los migrantes, porque en aquel pequeño departamento vivían muchas personas, como era normal, él se alojaba junto a su novia y la familia de Héctor, un amigo de Orlando, quienes habían

salido de Ecuador por la falta de oportunidades y especialización dentro de su rama, se dedicaban al mantenimiento de ascensores pero en España hicieron realidad el “sueño europeo”.

Definitivamente, pasaría junto a ellos ocupando su sala como dormitorio hasta que Fátima pueda conseguir otro pasaporte español para mí y volverlo a intentar.

El sentimiento de impotencia fue difícil de superar porque no tenía pasaporte ecuatoriano para trabajar, era incierto el tiempo que llevaría conseguir otro pasaporte español y además no tenía dinero, la única oportunidad que atesoraba en ese instante era entregar publicidad puerta a puerta en la localidad de Leganés, un sector alejado de Madrid.

En aquella ciudad había muchos latinos trabajando en la construcción. Día a día mientras trabajaba, observé como “crecían” los edificios y entre las manos que los iban moldeando, también habían manos ecuatorianas, me di cuenta de esto porque al pasar por ahí, “retumbaba” música de JJ., las bombas, pasillos. Pero para mí el objetivo era otro, razón por la cual cada peseta que ganaba era bien cuidada, ya que necesitaba salir con urgencia de la casa de Orlando. Además, sentía que mi presencia incomodaba a él y sus amigos, considerando que ellos ya necesitaban la sala.

Comprendí que en el exterior los problemas se hacen mucho más grandes y tienen la potestad de terminar con matrimonios, familias y la felicidad de los hijos, pues al llegar a casa un día, después de trabajar encontré a Orlando desesperado hablando por celular.

—¿Dónde estás? —¿Dónde estás? —preguntaba con insistencia—, espérame ahí, ahora voy.

Después de colgar y dirigiéndose a mi, dijo:

—Por favor, acompáñame hasta el Parque del Retiro.

Mientras nos dirigíamos para allá, Orlando me explicaba que Héctor quería terminar sus días en Madrid porque encontró mejores condiciones de vida para sus hijos, mientras el deseo de su esposa era regresar a Ecuador.

—Y... —respondí— como intentado que me comente todo.

—Ella decidió abandonarlo junto a sus dos hijos, se marchó a Quito.

—¿Por qué? —pregunté.

—Considera que esto “no es para ella”, porque pasó por las aulas de la Universidad Central de Ecuador y tiene un título universitario, todo este sacrificio para trabajar en un supermercado de “quinta” en Madrid, era inadmisibile para ella —respondió.

Al llegar al famoso parque en la “sección ecuatorianos”, el escenario era “dantesco”, mientras más nos adentrábamos en sus entrañas aparecían más botellas de licor y cerveza tirados sobre los pasajes y áreas verdes. Como consecuencia del alcohol las discusiones y pleitos entre “paisanos” se hacían presentes a plena luz del día y otras personas en completo estado de embriaguez

yacía sobre el piso, además del imponente olor de aquella “comida típica” tan tradicional de nuestro país que ambientaba el lugar.

En un rincón del parque y bajo un árbol encontramos a Héctor, se encontraba hundido en el alcohol y tenía una gran depresión, suplicaba por la esposa e hijos, su hogar llegó al fin, él era una de muchas personas para quienes la migración y el “sueño europeo” terminó con su familia, además fue el inicio de un sin número de problemas para Orlando y Héctor que volvieron un infierno a aquel lugar para vivir.

Pero no todo era malo, cuando regresé a casa recibí una buena noticia, la llamada de mi tía Pepa que avivaba nuevamente mi esperanza.

—Te llamará una señora, debes coordinar todo con ella —dijo sin más detalles.

También, pude hablar con mi tío Edwin, estaba en Londres, lo había logrado al tercer intento y por una nueva ruta que Fátima y sus asesores estaban “investigando” que tan “rentable” era.

La ruta consistía en un largo viaje en tren que necesitaba un transbordo tras otro desde Madrid hasta llegar a Roma, unos cuantos kilómetros más hacia el sur y estaba en Ciampino, donde había un aeropuerto con menos vigilancia, menos policías, menos servicios y más barato, una oferta inigualable para este tipo de negocio. Desde aquel lugar un vuelo hasta el aeropuerto de Luton al norte de Londres era la vía perfecta para llegar al objetivo.



## Capítulo 7

### El segundo intento

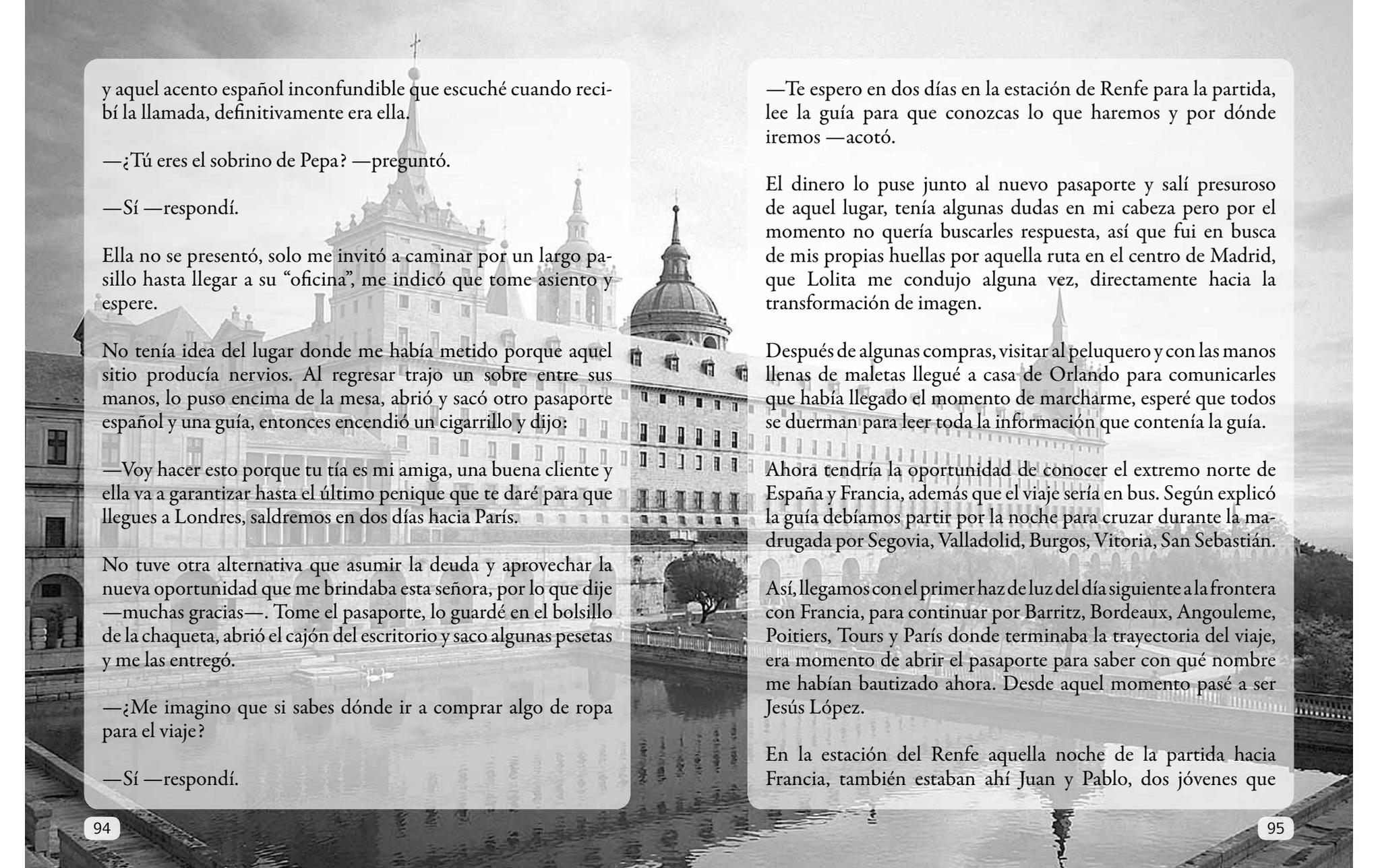
**P**asaban los días y no había ninguna noticia, era incierto el tiempo que debía pasar hasta que nuevamente puedan conseguirme otro pasaporte español, la espera continuó.

Finalmente, luego de algunas semanas recibí la llamada de una mujer.

—Hola Guillermo —dijo—, no preguntes quien soy.

Comprendí que no quiso identificarse, solo me citó en un bar por el centro de Madrid, obviamente no estaba en condiciones de preguntar nada, además no tenía de donde elegir porque era la única opción que tenía. El día de la reunión no fui a repartir la publicidad y decidí ir al encuentro con la “señora misteriosa”, viajé en metro hasta el centro de Madrid, caminé por una calle angosta con un concentrado olor a cigarrillo.

Una vez ubicada la taberna ingresé por la estrecha puerta donde me recibió una mujer de baja estatura, tez blanca, cabello rubio



y aquel acento español inconfundible que escuché cuando recibí la llamada, definitivamente era ella.

—¿Tú eres el sobrino de Pepa? —preguntó.

—Sí —respondí.

Ella no se presentó, solo me invitó a caminar por un largo pasillo hasta llegar a su “oficina”, me indicó que tome asiento y espere.

No tenía idea del lugar donde me había metido porque aquel sitio producía nervios. Al regresar trajo un sobre entre sus manos, lo puso encima de la mesa, abrió y sacó otro pasaporte español y una guía, entonces encendió un cigarrillo y dijo:

—Voy hacer esto porque tu tía es mi amiga, una buena cliente y ella va a garantizar hasta el último penique que te daré para que llegues a Londres, saldremos en dos días hacia París.

No tuve otra alternativa que asumir la deuda y aprovechar la nueva oportunidad que me brindaba esta señora, por lo que dije —muchas gracias—. Tome el pasaporte, lo guardé en el bolsillo de la chaqueta, abrió el cajón del escritorio y saco algunas pesetas y me las entregó.

—¿Me imagino que si sabes dónde ir a comprar algo de ropa para el viaje?

—Sí —respondí.

—Te espero en dos días en la estación de Renfe para la partida, lee la guía para que conozcas lo que haremos y por dónde iremos —acotó.

El dinero lo puse junto al nuevo pasaporte y salí presuroso de aquel lugar, tenía algunas dudas en mi cabeza pero por el momento no quería buscarles respuesta, así que fui en busca de mis propias huellas por aquella ruta en el centro de Madrid, que Lolita me condujo alguna vez, directamente hacia la transformación de imagen.

Después de algunas compras, visitar al peluquero y con las manos llenas de maletas llegué a casa de Orlando para comunicarles que había llegado el momento de marcharme, esperé que todos se duerman para leer toda la información que contenía la guía.

Ahora tendría la oportunidad de conocer el extremo norte de España y Francia, además que el viaje sería en bus. Según explicó la guía debíamos partir por la noche para cruzar durante la madrugada por Segovia, Valladolid, Burgos, Vitoria, San Sebastián.

Así, llegamos con el primer haz de luz del día siguiente a la frontera con Francia, para continuar por Bartz, Bordeaux, Angouleme, Poitiers, Tours y París donde terminaba la trayectoria del viaje, era momento de abrir el pasaporte para saber con qué nombre me habían bautizado ahora. Desde aquel momento pasé a ser Jesús López.

En la estación del Renfe aquella noche de la partida hacia Francia, también estaban ahí Juan y Pablo, dos jóvenes que

tenían entre 18 y 20 años de edad respectivamente, sus padres trabajaban desde hace algún tiempo atrás en Escocia y estaban dispuestos a pagar cualquier cantidad de dinero para que la “mujer misteriosa” los traslade desde Cañar–Ecuador hasta Edimburgo–Escocia. En los exteriores de la estación aquella mujer se acercó a nosotros para darnos las últimas explicaciones.

—No caminen junto a mí, procuren seguirme a una distancia prudente y no me pierdan de vista, tengan sus pasajes de autobús que vamos abordar por la puerta “C”, cuando llegemos a París nos reuniremos —acotó.

En el interior del autobús Juan, Pablo y yo viajábamos por separado en la parte posterior del vehículo, mientras que la mujer viajaba entre los primeros asientos.

El lugar era lo de menos, cualquier asiento era confortable y cómodo, definitivamente viajar por Europa en avión, tren o autobús era un placer, me sentía tan cómodo que me había quedado dormido toda la noche, al despertar Juan dijo:

—Ya pasamos por la ciudad de Bayonne y estamos rumbo a Bordeaux.

—¡Qué bien! —exclamé.

Llegamos a Francia y no hubo revisión de documentos, ni de maletas, peor preguntas porque habíamos pasado la frontera en las primeras horas de la madrugada y no hubo control. Era impresionante como esta mujer tenía todo “fríamente calculado”



a pesar de correr el riesgo, pero el margen de error era mínimo, esta estrategia me parecía conocida.

El resto del viaje fue sin contratiempos y como estaba planificado, de esta manera París nos brindaba la bienvenida con la torre Eiffel imponiéndose en el horizonte y el río Sena acompañando el trayecto del bus.

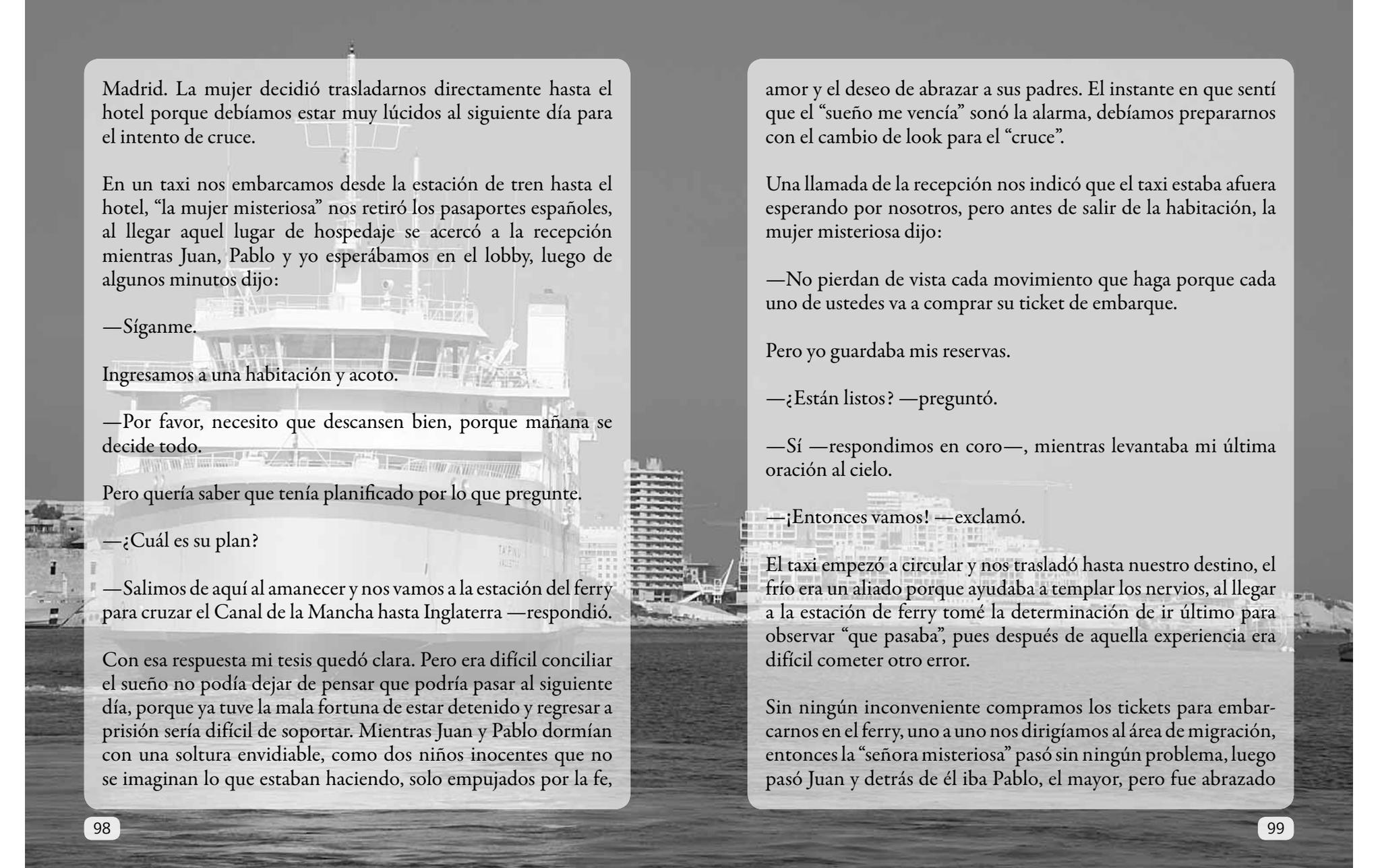
Al llegar a la estación cada uno de nosotros bajaba del transporte por su lado como disimulando no conocernos, caminábamos unos detrás de otro por las calles de París hasta llegar a un local de comida rápida cerca de la estación, en este lugar nos volvimos a reunir y nos explicaba

—Desde aquí vamos avanzar hasta Calais en tren.

No tenía idea donde estaba ubicada la ciudad de Calais por lo que con pretexto de ir al baño, me alejé por un momento de la reunión a comprar un mapa de Francia de aquellos que usan los turistas.

Luego de revisar el mapa comprendí lo que tenía en mente la “mujer misteriosa” para alcanzar el objetivo que era llegar a Inglaterra. Nos embarcamos en tren pero de igual manera no íbamos juntos, todos procurábamos mantener la distancia, la aventura continuó por las ciudades de Amiens y Boulogne para finalmente llegar a Calais.

Una brisa fría que acariciaba la cara nos dio la bienvenida, sumamente cansados porque había sido un largo viaje desde



Madrid. La mujer decidió trasladarnos directamente hasta el hotel porque debíamos estar muy lúcidos al siguiente día para el intento de cruce.

En un taxi nos embarcamos desde la estación de tren hasta el hotel, “la mujer misteriosa” nos retiró los pasaportes españoles, al llegar aquel lugar de hospedaje se acercó a la recepción mientras Juan, Pablo y yo esperábamos en el lobby, luego de algunos minutos dijo:

—Sígueme.

Ingresamos a una habitación y acoto.

—Por favor, necesito que descansen bien, porque mañana se decide todo.

Pero quería saber que tenía planificado por lo que pregunte.

—¿Cuál es su plan?

—Salimos de aquí al amanecer y nos vamos a la estación del ferry para cruzar el Canal de la Mancha hasta Inglaterra —respondió.

Con esa respuesta mi tesis quedó clara. Pero era difícil conciliar el sueño no podía dejar de pensar que podría pasar al siguiente día, porque ya tuve la mala fortuna de estar detenido y regresar a prisión sería difícil de soportar. Mientras Juan y Pablo dormían con una soltura envidiable, como dos niños inocentes que no se imaginan lo que estaban haciendo, solo empujados por la fe,

amor y el deseo de abrazar a sus padres. El instante en que sentí que el “sueño me vencía” sonó la alarma, debíamos prepararnos con el cambio de look para el “cruce”.

Una llamada de la recepción nos indicó que el taxi estaba afuera esperando por nosotros, pero antes de salir de la habitación, la mujer misteriosa dijo:

—No pierdan de vista cada movimiento que haga porque cada uno de ustedes va a comprar su ticket de embarque.

Pero yo guardaba mis reservas.

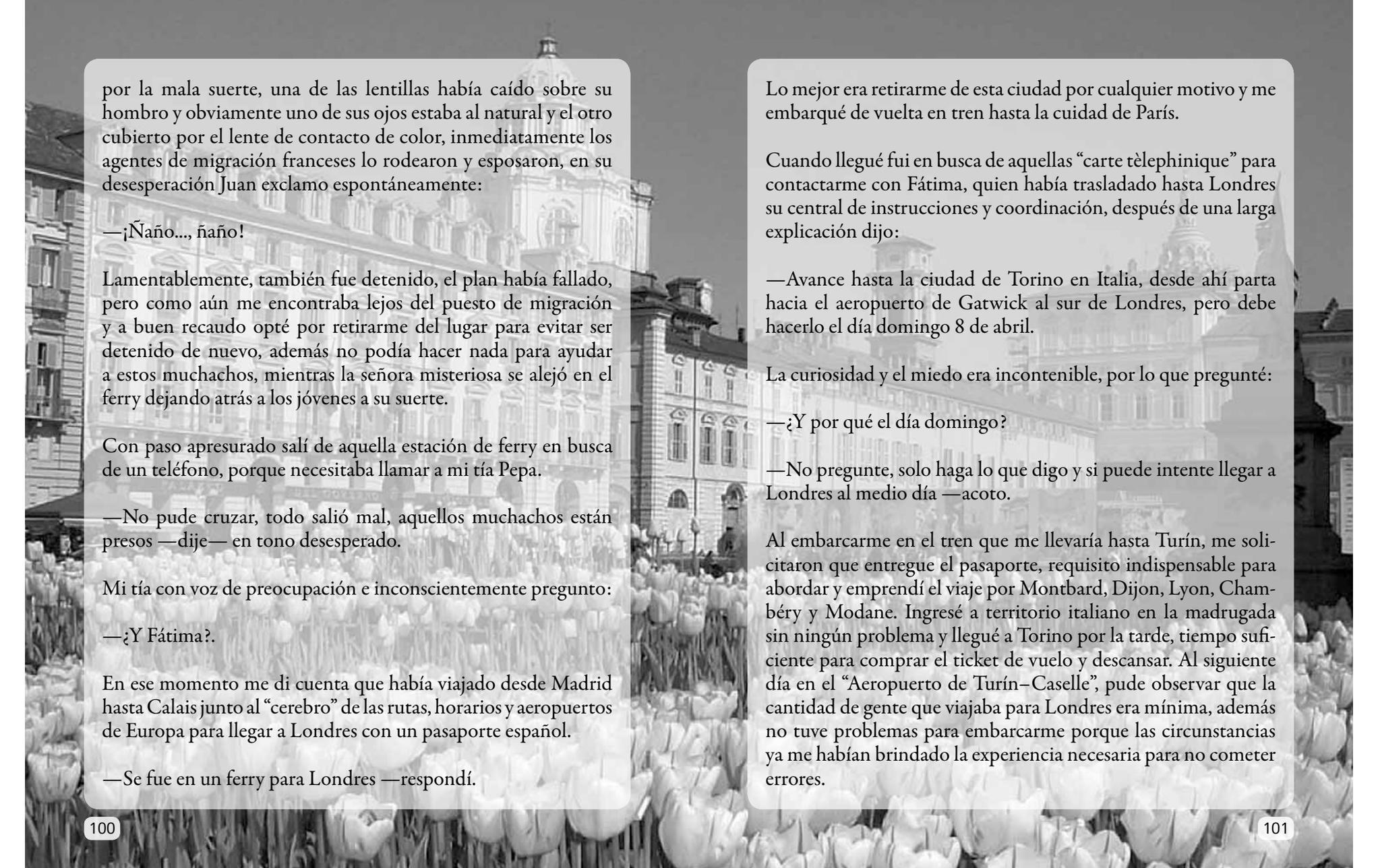
—¿Están listos? —preguntó.

—Sí —respondimos en coro—, mientras levantaba mi última oración al cielo.

—¡Entonces vamos! —exclamó.

El taxi empezó a circular y nos trasladó hasta nuestro destino, el frío era un aliado porque ayudaba a templar los nervios, al llegar a la estación de ferry tomé la determinación de ir último para observar “que pasaba”, pues después de aquella experiencia era difícil cometer otro error.

Sin ningún inconveniente compramos los tickets para embarcarnos en el ferry, uno a uno nos dirigíamos al área de migración, entonces la “señora misteriosa” pasó sin ningún problema, luego pasó Juan y detrás de él iba Pablo, el mayor, pero fue abrazado



por la mala suerte, una de las lentillas había caído sobre su hombro y obviamente uno de sus ojos estaba al natural y el otro cubierto por el lente de contacto de color, inmediatamente los agentes de migración franceses lo rodearon y esposaron, en su desesperación Juan exclamo espontáneamente:

—¡Ñaño..., ñaño!

Lamentablemente, también fue detenido, el plan había fallado, pero como aún me encontraba lejos del puesto de migración y a buen recaudo opté por retirarme del lugar para evitar ser detenido de nuevo, además no podía hacer nada para ayudar a estos muchachos, mientras la señora misteriosa se alejó en el ferry dejando atrás a los jóvenes a su suerte.

Con paso apresurado salí de aquella estación de ferry en busca de un teléfono, porque necesitaba llamar a mi tía Pepa.

—No pude cruzar, todo salió mal, aquellos muchachos están presos —dije— en tono desesperado.

Mi tía con voz de preocupación e inconscientemente pregunto:

—¿Y Fátima?.

En ese momento me di cuenta que había viajado desde Madrid hasta Calais junto al “cerebro” de las rutas, horarios y aeropuertos de Europa para llegar a Londres con un pasaporte español.

—Se fue en un ferry para Londres —respondí.

Lo mejor era retirarme de esta ciudad por cualquier motivo y me embarqué de vuelta en tren hasta la ciudad de París.

Cuando llegué fui en busca de aquellas “carte téléphinique” para contactarme con Fátima, quien había trasladado hasta Londres su central de instrucciones y coordinación, después de una larga explicación dijo:

—Avance hasta la ciudad de Torino en Italia, desde ahí parta hacia el aeropuerto de Gatwick al sur de Londres, pero debe hacerlo el día domingo 8 de abril.

La curiosidad y el miedo era incontenible, por lo que pregunté:

—¿Y por qué el día domingo?

—No pregunte, solo haga lo que digo y si puede intente llegar a Londres al medio día —acoto.

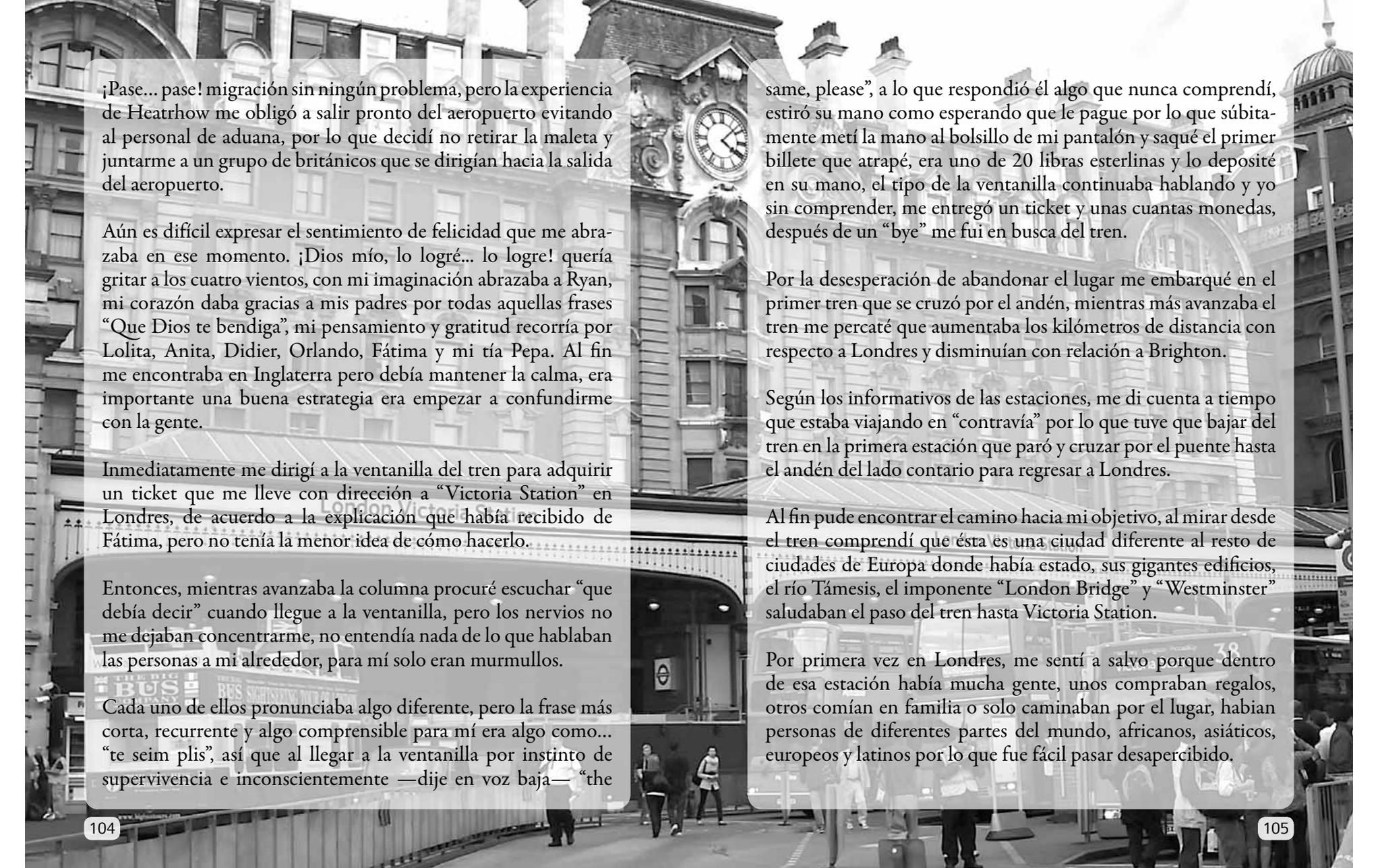
Al embarcarme en el tren que me llevaría hasta Turín, me solicitaron que entregue el pasaporte, requisito indispensable para abordar y emprendí el viaje por Montbard, Dijon, Lyon, Chambéry y Modane. Ingresé a territorio italiano en la madrugada sin ningún problema y llegué a Torino por la tarde, tiempo suficiente para comprar el ticket de vuelo y descansar. Al siguiente día en el “Aeropuerto de Turín-Caselle”, pude observar que la cantidad de gente que viajaba para Londres era mínima, además no tuve problemas para embarcarme porque las circunstancias ya me habían brindado la experiencia necesaria para no cometer errores.

## Capítulo 8

# Londres, objetivo alcanzado

**C**onseguí desplazarme con tranquilidad hasta el aeropuerto de Gatwick, el avión aterrizó justo al medio día. Como lo señaló Fátima, desembarcamos pero en ese aeropuerto se podía sentir un ambiente de fiesta, todo era algarabía y felicidad; muchos globos colgaban de las puertas, serpentinas en los corredores y grandes cartelones que decían “Happy Mother’s Day”, pero no me confiaba por lo que procuré caminar con cautela por los pasillos de color azul, correspondiente a la Comunidad Europea hasta llegar a migración.

Preparé el pasaporte español entre mis manos e intenté respirar profundamente, caminar con elegancia porque el momento de la verdad había llegado. Al avanzar paso a paso hacia la oficina de migración me llevé una sorpresa porque, a la distancia, pude observar un solo policía de migración con apariencia de “bonachón”, quien se encargaba de brindar la bienvenida a los turistas con una gran sonrisa, ¡no podía creer lo que veía! todos pasaban, no solicitaban ningún documento, las puertas abiertas de par en par para todos.



¡Pase... pase! migración sin ningún problema, pero la experiencia de Heathrow me obligó a salir pronto del aeropuerto evitando al personal de aduana, por lo que decidí no retirar la maleta y juntarme a un grupo de británicos que se dirigían hacia la salida del aeropuerto.

Aún es difícil expresar el sentimiento de felicidad que me abrazaba en ese momento. ¡Dios mío, lo logré... lo logre! quería gritar a los cuatro vientos, con mi imaginación abrazaba a Ryan, mi corazón daba gracias a mis padres por todas aquellas frases “Que Dios te bendiga”, mi pensamiento y gratitud recorría por Lolita, Anita, Didier, Orlando, Fátima y mi tía Pepa. Al fin me encontraba en Inglaterra pero debía mantener la calma, era importante una buena estrategia era empezar a confundirme con la gente.

Inmediatamente me dirigí a la ventanilla del tren para adquirir un ticket que me lleve con dirección a “Victoria Station” en Londres, de acuerdo a la explicación que había recibido de Fátima, pero no tenía la menor idea de cómo hacerlo.

Entonces, mientras avanzaba la columna procuré escuchar “que debía decir” cuando llegue a la ventanilla, pero los nervios no me dejaban concentrarme, no entendía nada de lo que hablaban las personas a mi alrededor, para mí solo eran murmullos.

Cada uno de ellos pronunciaba algo diferente, pero la frase más corta, recurrente y algo comprensible para mí era algo como... “te seim plis”, así que al llegar a la ventanilla por instinto de supervivencia e inconscientemente —dije en voz baja— “the

same, please”, a lo que respondió él algo que nunca comprendí, estiró su mano como esperando que le pague por lo que súbitamente metí la mano al bolsillo de mi pantalón y saqué el primer billete que atrapé, era uno de 20 libras esterlinas y lo deposité en su mano, el tipo de la ventanilla continuaba hablando y yo sin comprender, me entregó un ticket y unas cuantas monedas, después de un “bye” me fui en busca del tren.

Por la desesperación de abandonar el lugar me embarqué en el primer tren que se cruzó por el andén, mientras más avanzaba el tren me percaté que aumentaba los kilómetros de distancia con respecto a Londres y disminuían con relación a Brighton.

Según los informativos de las estaciones, me di cuenta a tiempo que estaba viajando en “contravía” por lo que tuve que bajar del tren en la primera estación que paró y cruzar por el puente hasta el andén del lado contrario para regresar a Londres.

Al fin pude encontrar el camino hacia mi objetivo, al mirar desde el tren comprendí que ésta es una ciudad diferente al resto de ciudades de Europa donde había estado, sus gigantes edificios, el río Támesis, el imponente “London Bridge” y “Westminster” saludaban el paso del tren hasta Victoria Station.

Por primera vez en Londres, me sentí a salvo porque dentro de esa estación había mucha gente, unos compraban regalos, otros comían en familia o solo caminaban por el lugar, habían personas de diferentes partes del mundo, africanos, asiáticos, europeos y latinos por lo que fue fácil pasar desapercibido.

Un detalle imposible de omitir era el inmenso tablero ubicado en la explanada de la estación que al cambiar los horarios, arribos y destinos de los diferentes trenes, emitía un singular sonido.

No podía entretenerme en nada, debía continuar según la explicación de Fátima, por “Victoria Station” pasaban tres de las líneas “underground”, la “Circle” representada por el color amarillo, “District” en verde y “Victoria” de celeste, nuevamente gracias a toda la información que colocan los europeos en estos lugares para evitar que ningún detalle pase por alto, pude llegar hasta el andén correspondiente a la línea Victoria que conduce hasta la estación de Finsbury Park.

Sin problema me embarqué en el tren que estaba relativamente vacío, un efusivo saludo que mantenían dos mujeres españolas captó mi atención, ellas se deseaban mutuamente ¡un feliz día de la madre!, ahí comprendí que todo Londres estaba “enfestado” y nadie interesado en hacer preguntas o solicitar pasaportes.

Al avanzar el tren hacia el noreste de Londres y viajar con tranquilidad escuché “next station Finsbury Park”, era la parada donde debía bajarme, al salir de la estación el ambiente en ese lugar era extraño, parecía una ciudad de medio oriente inmersa en una de las principales ciudades de occidente, la mayor parte de publicidad en los locales comerciales y restaurantes del sector estaban escritos en inglés y unos símbolos incomprensibles para mí.

Intentando no extraviarme caminé hasta que pude ubicar la dirección que me había dictado mi tía Pepa y la tenía guardada en mi memoria, me acerqué con prudencia a la puerta de la

casa para timbrar, pero antes de tocar, se abrió la puerta y me recibió de mala manera un “llamingo”, uno de aquellos paisanos que habían llegado al Reino Unido hace mucho tiempo atrás y su estancia en el lugar era legal. Mi tía Pepa se había casado con aquel hombre en Londres, quién estaba en desacuerdo con la manera en que nosotros habíamos llegado, pero no presté atención a su actitud y preferí abrazar a mi tía como muestra de agradecimiento.

A los pocos minutos de haber llegado a la casa de mi tía Pepa y mientras conversaba con ella sonó su celular, era Fátima que quería hablar conmigo.

—Estoy en una cafetería árabe que está cerca de la estación del metro, venga necesito hablar con usted —dijo.

Mi tía decidió acompañarme a pesar de que no se encontraba bien, pues había tenido una discusión con Juan, su esposo, quería saber qué había pasado entre ellos pero hay momentos en la vida que las palabras sobran, con todo fuimos a la cita, pero apenas nos encontramos con Fátima, sin más preámbulos dijo:

—Ya está en Londres ahora necesito que firme este documento.

Al revisar aquel papel comprendí que era el portador de una deuda por 8000 dólares, caso contrario tenía que devolver el pasaporte español, por lo que tuve que asumir este pago.

Mientras firmaba aquel documento pensé en los inconvenientes que mi presencia generaba a mi tía y su esposo, por lo tanto de-

cidí no regresar al departamento a ocasionarle más problemas, con los inconvenientes que una persona tiene cuando vive en el extranjero era suficiente, consideré que era bastante el haberme ayudado a llegar hasta Londres.

—Tía, adelántese a la casa porque necesito hablar con Fátima de algunos detalles.

—Entonces te espero para cenar —respondió.

Pero no, solo fue un pretexto para empezar a buscar mi propio camino por Inglaterra, además estaba seguro que Dios nunca me abandonaría en esta tierra tan lejana, emprendí mi caminata sin un rumbo fijo, paso a paso y sin percatarme había llegado a Finsbury Park, me sentía muy cansado y me recosté sobre una banca que había en el lugar, el sueño empezó a ganar espacio en mi cuerpo.

En una situación extrema, me había quedado dormido sobre esa banca cubierto con un abrigo de color plomo, pero el intenso frío de la madrugada me obligó a despertarme y buscar un cerillo para encender el cigarrillo y así sosegar el hambre que tenía. Alcancé a escuchar a unas personas hablar en español sobre la vereda del parque en una estación de bus y sin pensarlo dos veces, me acerqué a preguntar.

—¿Por favor, podrían ayudarme?

Sus rostros estaban cubiertos de asombro.

—Pareces latino —¿De dónde eres? —preguntó uno de ellos.

—Soy de Ecuador —respondí.

Inmediatamente abrieron un bolso, sacaron una manzana y me brindaron.

—Nosotros también somos de Ecuador y vamos a trabajar —acotó.

Como era de imaginar la serie de preguntas empezaron.

—¿Qué hacías ahí? —¿Cómo te llamas? —¿Que te pasó?

Pienso que sintieron algo de lástima mirarme así, les comenté lo que había sucedido y me pidieron que les acompañe porque tal vez podían ayudarme.

Viajamos en bus hasta la estación “St. Paul’s”, mientras más nos acercábamos al lugar donde ellos trabajaban, pude observar por la ventana del bus que aumentaba la cantidad de latinos que circulaban por esa zona. Trabajaban en un imponente edificio que tenía impreso las siglas “O&A” en las puertas de ingreso, estaba ubicado al costado izquierdo de la iglesia de St. Paul.

—Espera aquí por favor, iremos por el supervisor —dijo una de las chicas.

Al poco tiempo salió de aquel edificio un señor de baja estatura, aquellas ojeras por debajo de sus ojos reflejaban la cantidad de años de trabajo que tenía en Londres.

—Hola, me llamo José —y tú ¿Cómo te llamas? — ¡pero el de a de veras! —exclamó.

Detalle que me sorprendió, por lo que pude entender que él sabía todo, incluso lo de los pasaportes españoles, comprendí que con él debía ser directo.

—Me llamo Guillermo —respondí.

—Te ves de lo peor..., eres de Ecuador..., ¿cierto?

—Si, así es —respondí.

Me invitó a pasar al interior de aquella gran construcción por la puerta “A” y mientras caminábamos por los pasillos del edificio, se podía observar mucha gente haciendo la limpieza de las oficinas, unas personas limpiaban los escritorios, otros aspiraban la alfombra, baños etc., todo debía estar nítido antes de las ocho de la mañana, momento en que llegarían los “oficinistas”.

Los murmullos del lugar eran comprensibles para mí, porque el idioma español predominaba entre sus temas de conversación y los acentos eran inconfundibles había ecuatorianos, colombianos, bolivianos, venezolanos, chilenos, argentinos, peruanos y hasta brasileños, toda Sudamérica en un mismo lugar.

Por momentos me imaginé que para José, moverse dentro de este inmenso edificio, era como moverse dentro de su propia casa, caminamos por algunos andenes y llegamos hasta el “subsuelo 1”, aquí ingresamos a una bodega que tenía un fuerte olor

a químicos debido a todo el material de limpieza que guardaban en este lugar.

—¿Debes tener hambre? —preguntó.

Con un movimiento de cabeza asentí que sí.

—No te muevas de aquí, enseguida regreso.

Al volver trajo algunos panes con una taza de café caliente, que en estas circunstancias para mí era un verdadero festín, pero el detalle más importante en el lugar fue que en un rincón había una vieja esponja sobre el piso, la miraba con ansiedad.

Sin más reflexión me recosté después de servirme el desayuno, por un instante sentí que mi alma abandonó mi cuerpo, se alejaba de aquella bodega de Londres, cruzó el Océano Atlántico y de pronto apareció Ryan para acompañar mi descanso, podía sentir a mi hijo frente a mí, jugábamos, conversamos y reíamos, pero el ruido a mi alrededor me despertó, era un hombre que colocaba algunas toallas en su carrito de aseo.

—Disculpa por haberte levantado, me llamo Darío —dijo.

—No te preocupes —respondí.

Mientras ayudaba a cargar su carrito de limpieza, él comentaba.

—Vivo hace mucho tiempo en Londres y trabajo en este lugar todo el día.

Entre charlar y ayudarlo a Darío, transcurrieron los minutos, me imagino que él comprendió mi situación e inmediatamente dijo:

—En la casa que vivo hay un dormitorio que van a desocupar en algunos días, por el momento podrías acomodarte en el sofá de la sala si tu deseas.

—Claro que sí —respondí.

Y daba gracias a Dios porque al fin encontré un lugar para vivir.

—Te paso viendo, el momento que termine mi trabajo para irnos a casa —acotó—. Y se retiró a continuar con sus labores.

Al poco tiempo regresó José y tuve que comentarle casi todo sobre mi vida, mientras me comentaba cómo se sobrevive en Inglaterra y entre la tertulia intuí que había encontrado un buen amigo.

Después de algún tiempo escuché a lo lejos —¡Jesús..., Jesús, vamos!—, en ese instante recordé que había dejado de llamarme Guillermo para ser llamado Jesús y tenía que empezar acostumbrarme, pero antes de retirarnos José dijo:

—Te espero el día de mañana a las 05h00 para que empieces a trabajar.

Era bueno para empezar, junto a Darío abandonamos el edificio y caminamos hasta la estación “Cannon Street”, teníamos que viajar en la línea verde, pues la “District line” nos llevaría hasta casa.

Mientras el tren avanzaba yo intenté memorizar los nombres de Monument, Tower Hill, Aldgate East, Stepney Green, Mile End, Bow Road, Bromley by Bow, West Ham, hasta llegar a Plaistow, estas eran las paradas de metro por las que tendría que pasar para llegar a casa. Empecé a cronometrar el tiempo de viaje desde “Cannon Street” hasta “Plaistow” para evitar llegar atrasado al trabajo.

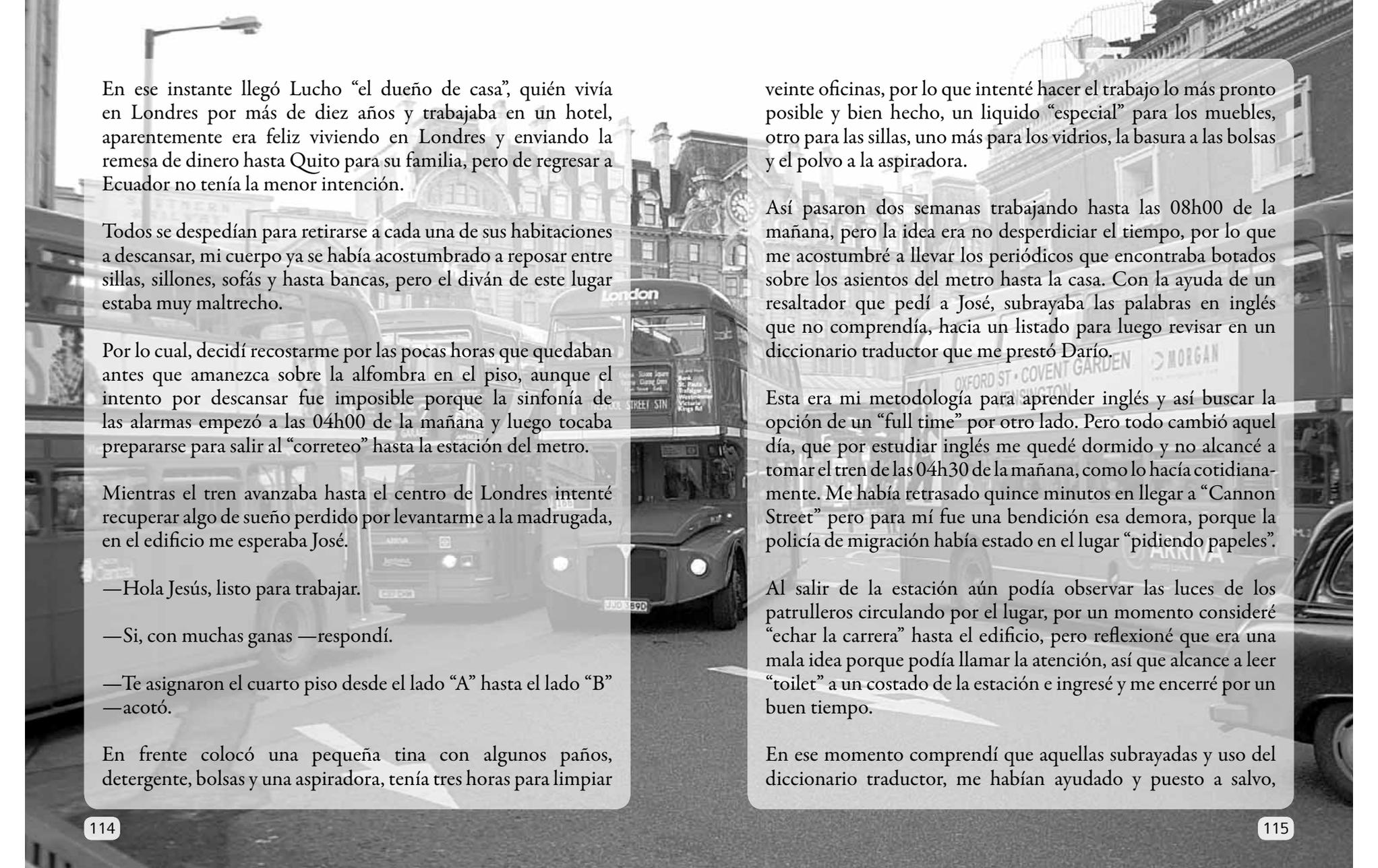
Observaba cada detalle que había en la estación de tren para ingresar y salir de los andenes y proceder de buena manera en caso de alguna “emergencia”. Era una estación muy modesta parecida a la de Bolzano, no había nada fastuoso, ni opulente, pero el local de periódicos a la salida de la terminal, hacía la diferencia en este lugar, bajamos por unas gradas y empezamos a caminar por el sector hasta llegar a “Salmen Road”, donde estaba ubicada la casa.

Al ingresar, Darío me invitó a tomar asiento en la sala, llamó a Tania quien era su novia y nos presentó, pero mientras conversábamos se escucharon gritos en la parte superior de la casa.

—Tranquilo Jesús, por eso les pedimos que desocupen la habitación.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque Sara es ecuatoriana y Marek es Polaco, él tiene costumbres diferentes a las nuestras y se hace complicado compartir con ellos, por lo tanto se regresan a vivir a Polonia —acotó.



En ese instante llegó Lucho “el dueño de casa”, quién vivía en Londres por más de diez años y trabajaba en un hotel, aparentemente era feliz viviendo en Londres y enviando la remesa de dinero hasta Quito para su familia, pero de regresar a Ecuador no tenía la menor intención.

Todos se despedían para retirarse a cada una de sus habitaciones a descansar, mi cuerpo ya se había acostumbrado a reposar entre sillas, sillones, sofás y hasta bancas, pero el diván de este lugar estaba muy maltrecho.

Por lo cual, decidí recostarme por las pocas horas que quedaban antes que amanezca sobre la alfombra en el piso, aunque el intento por descansar fue imposible porque la sinfonía de las alarmas empezó a las 04h00 de la mañana y luego tocaba prepararse para salir al “correteo” hasta la estación del metro.

Mientras el tren avanzaba hasta el centro de Londres intenté recuperar algo de sueño perdido por levantarme a la madrugada, en el edificio me esperaba José.

—Hola Jesús, listo para trabajar.

—Si, con muchas ganas —respondí.

—Te asignaron el cuarto piso desde el lado “A” hasta el lado “B” —acotó.

En frente colocó una pequeña tina con algunos paños, detergente, bolsas y una aspiradora, tenía tres horas para limpiar

veinte oficinas, por lo que intenté hacer el trabajo lo más pronto posible y bien hecho, un liquido “especial” para los muebles, otro para las sillas, uno más para los vidrios, la basura a las bolsas y el polvo a la aspiradora.

Así pasaron dos semanas trabajando hasta las 08h00 de la mañana, pero la idea era no desperdiciar el tiempo, por lo que me acostumbré a llevar los periódicos que encontraba botados sobre los asientos del metro hasta la casa. Con la ayuda de un resaltador que pedí a José, subrayaba las palabras en inglés que no comprendía, hacía un listado para luego revisar en un diccionario traductor que me prestó Darío.

Esta era mi metodología para aprender inglés y así buscar la opción de un “full time” por otro lado. Pero todo cambió aquel día, que por estudiar inglés me quedé dormido y no alcancé a tomar el tren de las 04h30 de la mañana, como lo hacía cotidianamente. Me había retrasado quince minutos en llegar a “Cannon Street” pero para mí fue una bendición esa demora, porque la policía de migración había estado en el lugar “pidiendo papeles”.

Al salir de la estación aún podía observar las luces de los patrulleros circulando por el lugar, por un momento consideré “echar la carrera” hasta el edificio, pero reflexioné que era una mala idea porque podía llamar la atención, así que alcance a leer “toilet” a un costado de la estación e ingresé y me encerré por un buen tiempo.

En ese momento comprendí que aquellas subrayadas y uso del diccionario traductor, me habían ayudado y puesto a salvo,

después de algunas horas salí de aquel baño que me sirvió de refugio y me dirigí hasta “O&A” porque sentía la obligación de explicar a José la razón por la que no pude llegar a trabajar.

Cuando llegué al edificio la sorpresa fue mayúscula, José y algunos “cleaners” aún se encontraban haciendo la limpieza y era casi el medio día, al verme se alegró y dijo:

—Eres un hombre con suerte porque detuvieron a la mayoría y otros huyeron del lugar.

—Me escondí en un baño —respondí.

Noté que él estaba desesperado por el trabajo.

—¿Puedo ayudar en algo?

—Claro que sí —respondió enseguida.

Nos dirigimos hasta el subsuelo a tomar un carrito de aseo y lo llenamos de material de limpieza.

—Por favor, limpia los baños de los lados “A” y “B” porque el muchacho que hace este trabajo lo detuvo migración esta mañana en “Cannon Street” y lo más seguro es que lo deporten a Colombia.

Con el carrito lleno hasta el tope empecé a recorrer por los pasillos del edificio limpiando los baños, cambiando toallas, colocando paños desechables, todo debía estar nítido. Observé

por la ventana que empezaba a oscurecer, pero logré terminar todo el trabajo y sentía satisfacción. Era la primera vez que estaba cansado desde que llegué a Europa y la razón, una larga jornada de trabajo.

Mientras caminaba hacia el subsuelo a dejar el carrito apareció un muchacho.

—Por favor, espera aquí porque José te busca por todo el edificio, me llamo Xavier y bienvenido —exclamó.

—Gracias —dije— sin comprender el porqué de su recibimiento.

Xavier sacó del bolsillo su teléfono celular y me pasó una llamada, era José.

—Jesús te espero en la salida de la puerta “A”.

Al salir del edificio llovía torrencialmente por lo que José me invito a pasar al restaurante del lugar a servirnos un té y dijo:

—Richardson está complacido con tu manera de trabajar.

—¿Quién es Richardson? —pregunté.

—Richardson es dueño de la empresa que brinda el servicio de limpieza en este edificio y otros más, pero el tema es otro y espero que te interese.

—¿Quieres trabajar “full time”? —preguntó.

—Claro, necesito trabajar —respondí.

—¿Pero me imagino que no tienes cuenta bancaria?

—Aquí no, pero en Ecuador si.

—Soltó una carcajada y... entonces tendrás que arriesgarte a abrir una cuenta aquí, porque sin cuenta no puedes trabajar con nosotros —acotó.

No comprendía absolutamente nada.

—Por favor, explícame.

—Considera que si no hay cuenta bancaria tampoco hay “full time”, quisiera ayudarte de alguna manera pero no puedo, tendrías que conformarte con las tres horas de la mañana y nada más —respondió.

—¿Qué debo hacer?

—Memorizar los datos del pasaporte, “ponerte” igualito como estás en la foto y buscar alguien que te acompañe al banco para que hable por ti, pero debe ser pronto —respondió.

Mientras viajaba en el tren de regreso a casa pensé en que todo esto era una locura y además muy arriesgado, pero no tenía salida porque necesitaba trabajar para pagar la deuda a Fátima, enviar dinero a Ecuador para Ryan, pagar el arriendo a Darío y para los gastos personales en Londres. Además, al trabajar

tres horas al día no llegaría a ningún lado por lo que tenía que arriesgarme.

La buena noticia que me brindó Darío me alentó.

—Sara y Marek se marcharon a Polonia, pasa a tu dormitorio —dijo.

Sentí mucha alegría porque empezaba a encontrar mi lugar en Londres.

Después de haber pensado toda la noche cuánto requería aquel trabajo, fui hasta “O&A” en busca de José a pedirle ayuda porque había tomado la decisión de hacerlo.

—Toma la línea negra del metro y viaja hasta la estación “Elephant and Castle”, ahí no tendrás problema en encontrar una peluquería que está atendida por una ecuatoriana, porque en ese lugar está concentrado la mayor cantidad de paisanos en Londres, le explicas como debe lucir tu cabello con eso de los “rayitos”, por ahí mismo consigues unas lentillas del mismo color que la foto del pasaporte español y vamos al banco más cercano.

Salí raudo del edificio y siguiendo las explicaciones de José, fui hasta aquel lugar e ingresé al “Shopping Center” que estaba al frente de la estación de tren, definitivamente su interior se parecía a alguna calle del “Ipiales” o al Parque del Retiro en Madrid, nunca me imaginé que en este lugar hubiera tantos ecuatorianos, la bandera tricolor aparecía en la mayoría de locales comerciales con productos nacionales, envió de remesas

hacia Ecuador, revistas, hasta el periódico del día anterior se podía encontrar y todo en español, era como estar en mi país.

Todo salió de maravilla porque nuevamente estaba “transformado”, procuré apurarme hacia la estación de tren pero varios olores conocidos invadieron mi olfato, los ceviches, secos, tortillas se hacían presentes, pero al constatar mi realidad en los bolsillos del pantalón tenía que conformarme con observar, olfatear y avanzar nuevamente hasta el edificio, para encontrarme con José en la bodega del subsuelo 1.

Al mirarme no podía contener su risa y exclamo:

—En verdad que estás diferente.

Pero yo no podía apreciar la diferencia porque en mi esencia continuaba siendo el mismo.

—Ponte el uniforme de la empresa —acotó.

Me facilitó una camisa de color blanco con el logotipo que decía “Sham” y un pantalón color negro.

—Voy a colaborar porque necesitas trabajar por tu hijo.

—Pero también por las deudas, incluso para comer —respondí.

—En el banco no vas a decir ni una sola palabra, si necesito que hagas un movimiento con tu cabeza como señal que estás de acuerdo pisaré tu pie, caso contrario te quedas quieto. ¿Me comprendes?

—Sí, todo está claro —respondí.

—Entonces, encomiéndate a Dios y vamos.

José y yo empezamos a caminar con destino al banco pero no dejaba de pensar si la aventura llegaría solo hasta ahí, a cada paso recordaba todo el sufrimiento para encontrar mi “sueño europeo”, intentaba traer a la memoria las oraciones que aprendí durante la “primera comunión” en la iglesia del barrio y elevaba mis ojos al cielo como buscando una solución a mis problemas económicos. Al llegar al banco pude verme reflejado en los grandes cristales de la puerta de ingreso y pedía a Dios que ésta sea la “última prueba de fuego”, porque ya no tenía arrestos para más barbaridades.

Una señorita nos recibió muy cordialmente y nos invito a tomar asiento para atendernos, mi amigo interlocutor empezó a charlar con ella e inmediatamente le extendió el pasaporte español para que proceda a revisar los datos, en ese momento agradecía a Dios por no comprender nada de lo que hablaban entre ellos porque la incertidumbre hubiese sido peor.

De repente la chica del banco tomó el teléfono, marcó un número y miles de ideas invadieron mi cabeza: —¡Tal vez llamó a la policía; —¡Me esperan afuera; —O quizás entran y me detienen aquí mismo —me respondía.

Sentía que los ojos se humedecían, pero debía controlarme porque las lentillas podrían desacoplarse de los ojos. Gritaba a mis adentros —¡Dios solo quiero trabajar, ayúdame..., ayúdame!

—suplicaba con el pensamiento—. En ese instante ella esbozó una pequeña sonrisa en su rostro con la que expresaba su amabilidad, tomó el pasaporte español, se levantó de su lugar de trabajo y se fue.

Apenas se retiró la chica del lugar, empezaron las preguntas:

—¿Qué paso José?

—¿A quién llamo?

—¿Para donde fue con el pasaporte español?

—Ahora no Jesús, solo tranquilízate —dijo.

Empecé a imaginar que algo estaba mal, quería levantarme y salir corriendo, pero José como intuyendo que iba hacer dijo:

—Quédate ahí sentado y no vayas a cometer ninguna tontería.

Al poco tiempo, ella regresó hasta su escritorio con un varios documentos y los puso frente a mí para que firme, por lo que cerré mis ojos y mientras pensaba en todas mis necesidades me convencí que no tenía otra alternativa para salir adelante en este gigante de Europa. Luego de firmar la respectiva documentación ella me miró fijamente y dijo algo que no comprendí, entonces sentí que José me asestó un “pisotón”.

—Si..., si o mejor dicho... yes —respondí—, acompañado con un movimiento de cabeza asintiendo que estaba de acuerdo, luego

me entregó la tarjeta y una chequera. José se puso de pie y dijo —bye—, eso sí era comprensible para mi, además significaba que teníamos que irnos.

Por momentos me sentía triste por lo que hice, pero después escuché a José decir:

—Jesús, estás adentro el empleo es tuyo —dijo.

Me retiró la chequera y la rompió.

—Esto no necesitas, solo la tarjeta para que puedas retirar tu sueldo del cajero es suficiente.

Sentí que había encontrado mi rumbo y que empezaba algo nuevo para mí. Gracias a Dios, al pasaporte español, a la apertura de la cuenta y a José, me encontraba empleado, desde ese instante disponía de poco tiempo para vivir porque en aquel edificio trabajaba alrededor de 16 horas diarias, todos los días de lunes a sábado.

Con el pasar de los días fui aprendiendo nuevas cosas, conociendo nuevos lugares y haciendo nuevos amigos; al mismo tiempo la imagen de mi hijo se desvanecía en la memoria, los rostros de mis padres que llevé de recuerdo, cada vez eran más borrosos y las llamadas telefónicas a Ecuador menos frecuentes por la falta de tiempo, el cansancio y porque en lugar de ser un apoyo, eran una “daga al pecho” por el dolor que causaban.

Definitivamente Europa me había “curtido”, sentía que poco a poco la esencia de Guillermo dejaba de existir porque Jesús había

An aerial view of London, showing the city's skyline with various buildings and the River Thames. The image is used as a background for two text boxes. The text boxes are semi-transparent and contain Spanish text. The overall tone is reflective and personal.

tomado posesión de su cuerpo, mente y emociones, porque “el español” es un hombre trabajador, solitario, antisocial y mecanizado, porque todo estaba cronometrado en su vida.

La vida en Londres fue un suspiro porque debía levantarme a las 04h00 para estar a las 04h30 en la estación de “Plaistow”, llegar unos minutos antes de las 05h00 al edificio para empezar a bajar los desechos que recolectaban los “cleaners” de cada oficina por el montacargas hasta el subsuelo 2, donde reciclaban la basura del edificio.

Antes de las 08h00 una ducha para luego colocarme el uniforme, ir hasta la bodega del subsuelo 1 para tomar el carrito y empezar a limpiar los baños del lado “A” y “B”. A las 10h00 de la mañana tenía que dejar de lado cualquier cosa que estaba haciendo porque la biblioteca, ubicada en el último piso del edificio, debía estar limpia para la atención al público que empieza a las 11h00; luego de esto retomaba la limpieza de los baños hasta casi a las 13h00, momento en que me reunía con José y los muchachos para ir a almorzar.

Luego de la comida debía ir hasta la cocina del edificio, retirar la basura de un gran contenedor para depositarla en el exterior del edificio, inmediatamente dirigirme al área de mantenimiento para aspirar y asear.

Pasadas las 18h00, salía del edificio y caminaba hasta “Angel Street” a dos cuadras del lugar, para recolectar la basura de las oficinas, labor que terminaba entre las 20h30 a 21h00, regresaba al edificio para tomar una ducha, cenar y dirigirme hasta casa, a

eso de las 22h30 a 23h00. Los días sábados de las 07h00 hasta las 19h00 también hacía varias labores de limpieza dentro del edificio, las deudas contraídas y la responsabilidad con Ryan me obligaron a trabajar en este horario.

A pesar de no haber tiempo para la vida social, sentía la obligación de encontrarme con mis tíos Edwin y Pepa que los extrañaba, por lo que nos citamos en un restaurante italiano ceca de “Oxford Circus” para cenar juntos. La pizza quedó sobre la mesa, porque las penas y alegrías en Inglaterra tenían que contarse en un “pub” y con unas “pintas”. La hazaña se cumplió y este era motivo para celebrar hasta el amanecer.

Así, los días se hicieron semanas, las semanas se hicieron meses y en este tiempo pude pagar las deudas y ahorrar algunos dólares en Ecuador, situación que fue del agrado para mi familia y mía también, pero la soledad empezó a perturbar mi mente. A pesar de que el trabajo me ayudaba a estar ocupado, los amigos, las farras, el turismo por las aldeas aledañas a Londres, incluso el tren a control remoto del que me habló Zoe ya no me llamaba la atención.

Todos estos detalles no brindaban la misma sensación que da un abrazo, caricia o beso, por lo que nuevamente Bolzano se convertía en la parada obligatoria para mis llamadas a Anita, soñaba con que ella cometa la misma locura de viajar hasta Londres para compartir mi vida junto a ella.

## Capítulo 9

### Reencuentro, despedida y amor

**L**as múltiples llamadas de mi hermano Eddy me desconcertaban, intentaba no darle oídos, porque de manera insistente me decía:

—Ñño por favor, ayúdame a ir para Londres.

—Acá es difícil, mejor dedícate a estudiar —respondía.

No deseaba este régimen de vida para nadie, peor para mi hermano quien no estaba acostumbrado a las madrugadas, al sofocante calor en verano o el gélido frío en invierno del norte de Europa, pero pude notar en su tono de voz que él estaba decidido a intentarlo y para hacerlo necesitaba que alguien de mi familia interviniera por él, así una noche al llegar a casa después de trabajar recibí la llamada telefónica de mi mamá.

—Por acá la situación está muy grave mijito.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque no hay trabajo, son días difíciles, y te pido que le ayudes a tu hermano a viajar hasta Londres.

Ante la desesperación de mi madre no podía negarme por lo que accedí a su pedido y autoricé tomar el dinero que tenía ahorrado de las remesas enviadas y prepare el viaje para mi hermano.

Sin darme cuenta había caído en el mismo carrusel de mi tía Pepa, porque ahora era yo quien estaba en su puesto y Eddy en el mío. Notaba mi propio reflejo, esperanza e ilusión cuando abandoné mi país para volar hasta Londres, por lo que no tuve otra alternativa que contactar a Fátima para solicitar su ayuda.

—Cómo es la vida, ahora eres tú quien ayuda —dijo.

—Así es, necesito su colaboración para que mi hermano pueda llegar hasta Londres —respondí.

—Usted sabe que todo ha cambiado y los precios también.

—¿Cuánto cuesta sus servicios? —pregunté en forma tajante.

—El precio del pasaporte es 3000 dólares y para la estadía en Madrid, hasta que él pueda embarcarse a Londres serían 2000 dólares y más 2000 dólares del pasaje aéreo, total serían 7000 dólares —acotó.

Ese era el valor a la gloria para mi hermano, la vía para todos quienes deseaban llegar hasta el Reino Unido era la misma y

para él no era la excepción, por lo tanto la primera parada era Madrid y la segunda el departamento de Lolita.

A los pocos días Fátima se comunicó conmigo.

—Tengo todo listo para el viaje de su hermano.

—¿Cuál será la ruta? —pregunté.

—Voy a enviarle por Torino.

—Pero yo pasé por ahí.

—Por lo mismo.

—Me parece una buena opción.

—Si usted pasó por ahí existe una alta probabilidad que él también pueda pasar.

Me parecía lógica la reflexión de Fátima e intenté confiar en la decisión que ella había tomado.

Fue imposible contener la felicidad que sentía porque después de mucho tiempo podría disfrutar de las festividades de diciembre junto a mi familia, pues sentía que con mi hermano llegarían más familiares. De inmediato, hablé con Darío y los muchachos del “flat” para comentarles que mi hermano compartiría mi habitación hasta ubicarnos en otro departamento, José me

ofreció un empleo para Eddy en el área de reciclaje del edificio, así que tenía todo listo para recibir a mi hermano.

La algarabía terminó después de la llamada de mi madre, hundida en un sollozo de lamento, fue fulminante escucharla.

—Acaba de llamar tu hermano, está detenido, todo falló —dijo.

No sabía que responder, ni cómo consolar el dolor que ella sentía, mis ojos se humedecían por las lágrimas y me imaginaba la desesperación de Eddy, las preguntas, policía, prisión y la historia se volvía a repetir.

Nuevamente apareció mi ángel de la guarda, Anita a quién le comenté lo sucedido con Eddy e inmediatamente se movilizó desde Bolzano hasta Torino, en busca de mi hermano y con la colaboración de un amigo italiano sacaron de prisión al detenido, pero no había dinero suficiente en ese instante para volverlo a intentar, por lo que su estadía en Bolzano se prolongó.

Las mismas ideas que yo tenía en aquel momento ahora las escuchaba reflejadas en mi hermano.

—Quiero quedarme en Italia —decía.

—Debes intentar una vez más —respondí con insistencia.

—No quiero volver a pasar por esa fea experiencia.

Luego de algunos meses, Anita pudo convencerlo para que regrese hasta Madrid a esperar por el otro pasaporte y una nueva ruta, bajo la guía de Fátima.

—Ñaño me voy para Ciudad del Faro, en el extremo sur de Portugal y desde ahí debo embarcar hasta el “Aeropuerto de Stansted”, por favor reza por mi —acoto.

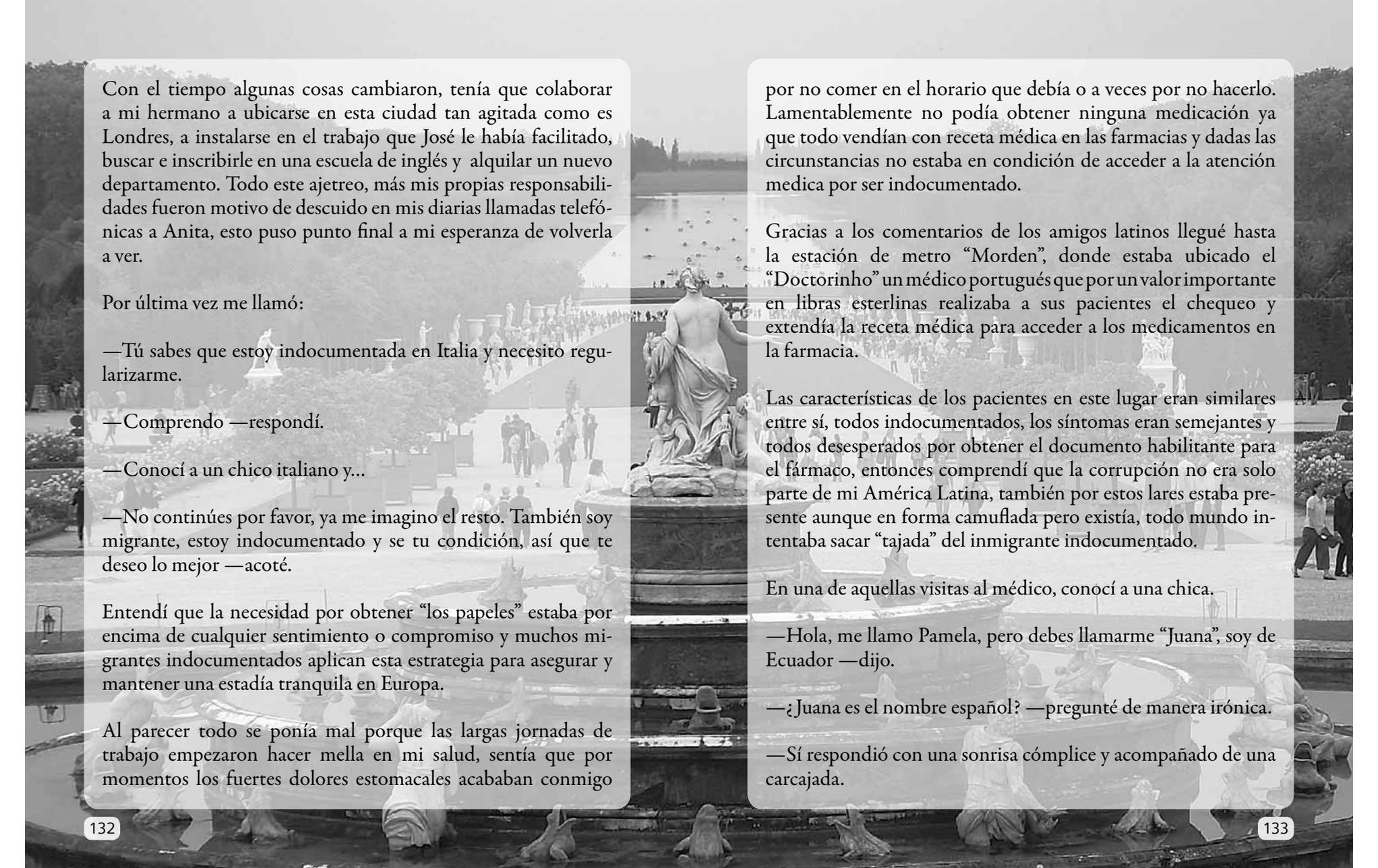
Dios escuchó mis plegarias y esta vez sí pudo llegar a Londres por la nueva ruta, horario y con el nuevo pasaporte español.

Al encontrarnos sellamos con un fuerte abrazo la bienvenida.

—Gracias ñaño..., gracias ñaño —repetía con insistencia—, hundido en un gran sollozo.

Esta fue una preocupación menos para mi madre, pero noté que ya no era el mismo adolescente que vi por última vez en el Aeropuerto Mariscal Sucre aquel día de la partida, éramos diferentes porque los años, la vida y experiencia nos habían cambiado por completo. Lo que no cambiaba y se mantenía firme, según Eddy era el deseo de los primos, tíos, tías, sobrinos por llegar al Reino Unido.

En efecto, cuando llamaba a mi madre siempre me comentaba alguna novedad sobre la familia: —Hoy salió tu tía Elvira, y después de algunas semanas. —Hoy se embarcó tu tía Enriqueta. —Tus primos ya están por Madrid. Así, muchos de mis familiares llegaban a Londres cada uno de ellos por su propia ruta, aventura e historia.



Con el tiempo algunas cosas cambiaron, tenía que colaborar a mi hermano a ubicarse en esta ciudad tan agitada como es Londres, a instalarse en el trabajo que José le había facilitado, buscar e inscribirle en una escuela de inglés y alquilar un nuevo departamento. Todo este ajetreo, más mis propias responsabilidades fueron motivo de descuido en mis diarias llamadas telefónicas a Anita, esto puso punto final a mi esperanza de volverla a ver.

Por última vez me llamó:

—Tú sabes que estoy indocumentada en Italia y necesito regularizarme.

—Comprendo —respondí.

—Conocí a un chico italiano y...

—No continúes por favor, ya me imagino el resto. También soy migrante, estoy indocumentado y se tu condición, así que te deseo lo mejor —acoté.

Entendí que la necesidad por obtener “los papeles” estaba por encima de cualquier sentimiento o compromiso y muchos migrantes indocumentados aplican esta estrategia para asegurar y mantener una estadía tranquila en Europa.

Al parecer todo se ponía mal porque las largas jornadas de trabajo empezaron hacer mella en mi salud, sentía que por momentos los fuertes dolores estomacales acababan conmigo

por no comer en el horario que debía o a veces por no hacerlo. Lamentablemente no podía obtener ninguna medicación ya que todo vendían con receta médica en las farmacias y dadas las circunstancias no estaba en condición de acceder a la atención médica por ser indocumentado.

Gracias a los comentarios de los amigos latinos llegué hasta la estación de metro “Morden”, donde estaba ubicado el “Doctorinho” un médico portugués que por un valor importante en libras esterlinas realizaba a sus pacientes el chequeo y extendía la receta médica para acceder a los medicamentos en la farmacia.

Las características de los pacientes en este lugar eran similares entre sí, todos indocumentados, los síntomas eran semejantes y todos desesperados por obtener el documento habilitante para el fármaco, entonces comprendí que la corrupción no era solo parte de mi América Latina, también por estos lares estaba presente aunque en forma camuflada pero existía, todo mundo intentaba sacar “tajada” del inmigrante indocumentado.

En una de aquellas visitas al médico, conocí a una chica.

—Hola, me llamo Pamela, pero debes llamarme “Juana”, soy de Ecuador —dijo.

—¿Juana es el nombre español? —pregunté de manera irónica.

—Sí respondió con una sonrisa cómplice y acompañado de una carcajada.

De esta manera, empezó a surgir el bello sentimiento del amor en mí, su compañía me brindaba tranquilidad, felicidad y alegría. Después de asimilar el adiós de Anita y por consejo del “Doctorinho”, decidí reducir el horario de trabajo y junto a Pamela viajamos por gran parte del Reino Unido, desde “Thurso” (Escocia), hasta “Hastings” (Inglaterra,) y desde “Penzance” (Gales), hasta “Aberdeen” (Escocia), aprendí a perder el miedo por andar con un pasaporte que no era el mío en una tierra, que con el pasar del tiempo empecé a sentirla como propia.

Los años me dieron la experiencia para movilizarme con precaución y saber que había muchas, pero muchas personas en igual condición que la mía, quienes preferíamos pasar desapercibidos y metidos en el “personaje español” que por aquellas circunstancias de la vida, el destino nos cruzó y nos hizo uno solo.

## Sinopsis de la obra

**E**l anhelo por alcanzar las metas e ilusiones en la vida, empuja a muchas personas a migrar hacia cualquier país del primer mundo; pero entre el punto de partida y el punto de llegada, existe un sin número de experiencias que merecen ser contadas.

Guillermo, es un joven que un día cualquiera empieza su aventura desde Quito–Ecuador y llega a Europa para intentar hacer realidad sus sueños, pero en el camino comprende que la única forma de lograr su objetivo es con un documento que no es suyo.

Su viaje se desarrolla entre España, Francia e Italia, en avión, tren y bus por paisajes alpinos y playas del mediterráneo, entre migrantes legales e ilegales (mal llamados), entre la angustia y la esperanza de algún día volver a su terruño.

Esta es una historia de la vida real, que cuenta como un migrante llegó a Londres–Inglaterra con un pasaporte español bajo el brazo y logró alcanzar el “sueño europeo”. El costo fue perder la esencia, historia y hasta su propio nombre, que lo cambió por Jesús.

